



716 17
DAN

PS

12 bis

1



123

EL CONGRESO DE UTRECHT

LAS LUCHAS FRATRICIDAS DE ESPAÑA

PLAN COMPLETO DE LA OBRA

PUBLICADO

- 1.—El testamento de Carlos II.**
- 2.—La Saboyana.**
- 3.—Austrias y Borbones.**
- 4.—El primer Carlos III.**
- 5.—Almansa.**
- 6.—La Princesa de los Ursinos.**
- 7.—El Archiduque en Madrid* y**.**
- 8.—El Congreso de Utrecht* y**.**

EN PREPARACIÓN

- 9.—El triunfo de las lises.**
- 10.—Aun hay Pirineos.**

94-DAN

LAS LUCHAS FRATRICIDAS DE ESPAÑA

EL CONGRESO DE UTRECHT

POR

ALFONSO DANVILA

*

SEGUNDA EDICIÓN

ESPASA-CALPE, S. A.

BILBAO

MADRID
Ríos Rosas, 24

BARCELONA
Cortes, 579

1931



ES PROPIEDAD
Copyright by Espasa-Calpe, S. A.
Madrid, 1931
Published in Spain

Papel expresamente fabricado por LA PAPELERA ESPAÑOLA

TALLERES ESPASA-CALPE, S. A., RÍOS ROSAS, 24.—MADRID



PRIMERA PARTE

EL CONGRESO DE UTRECH

I

—Advierte, Anselmo del Castillo, vil escritor-zuelo de jácaras y almanaques, que estás hablando con el gran Tácito, el austero yerno de Agrícola, el autor de las Historias y los Anales llegados hasta vosotros, así como de otra porción de libros que la envidia de sus émulos y el orgulloso despecho de los Césares romanos hicieron desaparecer para desconsuelo eterno de los aficionados a las buenas letras.

—No lo olvido, señor Tácito, pero repito que nos encontramos en una Torre muy cerca de Zaragoza, y que tengo que abandonaros, bien a mi pesar, pues hoy es el 27 de Enero de 1711, fecha famosa en los fastos cesaraugustanos, por esperarse dentro de pocas horas la entrada solemne de la Reina Doña María Luisa Gabriela de Saboya, con el Serenísimo Príncipe de Asturias Don Luis, en la capital de Aragón, libre ya de austriacazos traidores, gracias al memorable triunfo de Villaviciosa, y traídos por la Majestad Católica de Don Felipe V, *el Animoso*, función a que debo asistir en cumplimiento de las órdenes de mi señora Doña

Casilda de Solís y Centelles, quien se halla muy cerca y podrá confirmar todos mis asertos.

—Nada me digas de personas ni cosas que me son completamente extrañas. Tú eres mi liberto, y como tal nadie puede mandarte sino yo. Estamos, es cierto, en la España Citerior, provincia Edetana. Habitamos desde hace tiempo una viña familiar, vecina a Salduba, sobre las márgenes de un afluente del Iberus. Los germanos y los britanos dominan a Barcino y Tarraco, mientras los francos, aliados con los hispanos, luchan por arrojar a los bárbaros del otro lado del mar. La victoria de vuestras huestes en Centróbriga parece acentuar por el momento la superioridad de los naturales del país. Trátase, pues, de una de esas grandes contiendas entre provincias del Imperio que constituyeron siempre mi especialidad, y por eso he principiado a comentarla en el nuevo libro que titularé *Las Décadas*, donde estudiaré, no ya el pasado, como hacen los historiadores vulgares, sino el futuro, porque para eso, y no para otra cosa, dejé temporalmente mi reposo de los Campos Elíseos.

—Los augurios deben entonces de haber advertido al insigne Tácito de la felicidad increíble que acaba de sonreír a las armas borbónicas en los últimos sucesos, y del inminente fin de esta cruel guerra en que las pobres Españas llevan consumidos tantos tesoros y tantas vidas, con objeto de conservar la integridad de su monarquía.

—Mira, muchacho, no me hables de augures ni de vaticinios, porque, ahora que estamos solos, te confieso que, aunque los utilicé hartas veces en mis escritos, siempre dudé de ellos y nunca me atreví a juzgar con certidumbre si las cosas de los mortales están gobernadas por el hado o por accidente y casos fortuitos. Tú, que las das de astró-

logo, podrás consultar la esfera, para ver lo que te sugiere la disposición de los planetas respecto de esta tierra, que siempre pecó de turbulenta y de combatir sin otra mira que la honra o la fidelidad a la fe jurada, conceptos tan vagos como estorbosos cuando se procura el engrandecimiento y conservación de los estados.

—Sí; conozco vuestras ideas al respecto y líbrame Minerva de combatirlas; mas, sin recibir el auxilio de los dioses, ¿de qué suerte se las arreglará su merced para seguir escribiendo *Las Décadas* y dilucidar lo que sucederá en el porvenir, tan revuelto y tan turbio?

—El único procedimiento consistiría en invocar a Júpiter...

—¿No acabáis de afirmar que esos recursos os inspiran duda y desconfianza? ¿Para qué solicitar entonces ayuda al soberano del Olimpo?

—Para que me conceda sus rayos, aunque sea por breve tiempo, y aclarar así las filas de los beligerantes, quitando de en medio los obstáculos que se oponen al término de la lucha. ¿Que el caudillo de los germanos, al que llamáis Emperador, estorba? ¡Pues se le suprime por muerte natural o forzada! ¿Que los Príncipes asociados al gobierno de las Galias, a quienes la plebe denomina Duques de Borgoña, pretenden abandonar al hermano aquí establecido? ¡Pues se les elimina en cualquier forma! ¿Que los Procónsules y Legados de Bretaña se obstinan en arruinar el mundo? ¡Pues se les expulsa del Gobierno y se negocia con otros! Las cosas se encuentran en un punto que, si la Parca no interviene inopinada y rápidamente, como sucedía en Roma, acabarán de desangrarse los humanos y perdurará la intranquilidad en la tierra por largos años.

—¡Con tal de que a la postre, y después de tantos sacrificios, no sean los españoles quienes paguen el arreglo en vuestro libro, y no se ajuste aquél a espaldas nuestras, como viene sucediendo con todos, desde que falleció Don Felipe II!...

—¡La posteridad restituye a cada cual el honor que le es debido; los contemporáneos acostumbra a ignorar cuanto no les resulta útil tener presente!

—¿Pues sabéis que resultará justa la historia que así se escriba, aunque sea Tácito quien la firme? Gracias que el Duque de Vendôme, el vencedor de Brihuega, el nuevo Gedeón de España, conquistará dentro de poco Barcelona, y decidirá de una vez la guerra, obligando al Archiduque a refugiarse en un navío inglés o cogiéndole prisionero, para forzar a los aliados a desistir de todas sus ambiciones.

—¡Poco conoces el mundo y los resortes de la política, miserable hijo de Híspalis, si tal supones o lo imagina tu pueblo! ¡Yo no puedo anticipar semejantes absurdos! A los francos, que son vuestros actuales dueños, no les conviene que las presentes guerras se terminen en la península ibérica, ni menos que sea ésta quien dicte al mundo las condiciones del arreglo definitivo, porque permitirlo equivaldría a consolidar la preponderancia de España y a perder los frutos de una política observada desde hace muchos años con tenacidad y fortuna pasmosas por sus Reyes y Ministros.

—¿Y se atrevería el gran Tácito a proclamar semejantes monstruosidades ante unos ejércitos recién victoriosos, y una nación sedienta todavía de laureles? ¡Mal hayan entonces las historias y los historiadores, por talento que tengan, si con sus escritos favorecen el desánimo y acreditan la injusticia, menospreciando las virtudes de los pue-

bles y despojándoles por adelantado de todo el fruto de sus legítimos afanes!

—¿Pues qué quieres, dí? ¿Que os engañe a sabiendas, como casi siempre hicieron vuestros cronistas, dejándoos presentir un futuro quimérico de venturas y entonando un himno de admiración a las virtudes de la raza, para que vuestra natural vanidad se acreciente, y nadie, ni vosotros mismos, reconozca el original de mi traslado? ¡No! Los pueblos fuertes, como las criaturas, se nutren y desarrollan en contacto con la realidad que les circunda, no evitándola ni desentendiéndose de ella, sino esforzándose por corregirla y mejorarla incesantemente. Ningún beleño es comparable al de la gloria pasada, y cuanto mayor fué ésta, más terrible resulta el efecto que produce en las entrañas donde penetra. La historia, entiéndelo bien, fabricante de ilusiones; la historia, es decir, la enseñanza de la moral, está muy por encima de todas las mezquinas ambiciones y de todas las conveniencias particulares de un día. Es la conciencia de la humanidad, la contemporánea de los siglos, el alma del recuerdo, la maestra de la vida. Si desde el palacio de los Césares desciende a las miserias de la Suburra, lo hace porque necesita penetrar en todas partes para reflejar la existencia del conjunto y sacar de su estudio una lección que oriente el destino de la humanidad hacia fines mejores. Si a veces critica despiadada los errores, o se entretiene mostrando las lacras de sus preferidos, nunca debe ser con maldad, sino con cariño, para que mirándose los descendientes de los retratados en aquel espejo, traten de no imitarlos o mediten sobre los desaciertos pasados. Buscar la verdad, o por lo menos la verosimilitud, sin pesfallecimientos ni claudicaciones, ha de cons-

tituir el único norte de todo comentador que se respete. Por eso mi máxima favorita, cuando trabajaba en Italia, fué esta: *Ne quid falsi dicere audeat, ne quid veri non audeat.*

—Eso no impidió, Maestro, que, tanto en vuestra época como en las anteriores y sucesivas, se desfigurase la realidad de los sucesos, mostrándolos cada autor según acomodaba a sus propios intereses o a los de la patria respectiva. Vos mismo confesasteis que los historiadores mienten durante la vida de los malos Príncipes por miedo, y al día siguiente por odio; lo cual equivale a declarar que en el mar de la historia la verdad navega siempre entre dos escollos: la ignorancia y la pasión.

—Acaso, desvergonzado truhán, no yerres por lo que toca a muchos detalles y aun a grandes sucesos que, a pesar de todos nuestros esfuerzos, quedan envueltos en la sombra del misterio. Mas, ¡qué importa! La verdad en la historia no es obra de una generación, ni siquiera de un siglo, y se parece a la luz de aquellas antorchas que en los juegos clásicos pasaban de mano en mano, sin consumirse ni perder su resplandor, cada vez más atrayente, más angustioso. Si me atreviera a emplear un símil, te diría que la historia no representa sino el relato de un movimiento que jamás se detiene.

—¿Y en el movimiento por venir, no podría dejarnos su merced a los pobrecitos españoles tal y como estábamos antes de iniciarse la guerra?

—¡Imposible! ¡La hora de reducirnos a vuestros límites naturales ha sonado!

—¿Según eso nos condenaréis a perder Flandes?

—Por supuesto.

—¿Y las posesiones de Italia?

—¡No quedará un Ministro de vuestro Rey en ellas!

—¿Cerdeña y Sicilia nos las dejaréis al menos?

—¿Para qué las queréis? ¿De qué os sirven? Las colonias merecen conservarse cuando rinden utilidad a la metrópoli o sirven de punto de apoyo a las flotas en el comercio provechoso con los países remotos. Consideradas de otra suerte, sólo representan estorbo o motivo para verse envueltos de continuo en largas y estériles contiendas. Quedaréis reducidos a la Península y a las Indias. Con eso os bastará para desempeñar nuevo papel en el mundo, si es que la tremenda lección resulta suficiente.

—¡España y las Indias nada más! —protestó Anselmo del Castillo fingiéndose indignado—. ¡Valiente manera de arreglar las cosas! ¿Y el contentarnos con esa miseria será toda la ventaja que saquemos de haber cambiado el curso de nuestra existencia, entregándonos resignados en poder del extranjero? Pues si tal profecía resultara cierta, vuestro libro sería muy mal recibido, y se levantarían las piedras para rechazarlo, y nos entregaríamos a Carlos III o a quien fuese, continuando la guerra hasta sepultarnos en los escombros de nuestras destruídas ciudades, como hicieron los de Sagunto y Numancia en tiempo de vuestros ascendientes...

La anterior baladronada, desviando la conversación del cauce reposado que seguía, tuvo la virtud de encolerizar a Don Jaime de Centeiles, quien dejando de lado la calma que caracterizaba sus discursos, comenzó a gritar deasforadamente:

—¡Así, así hablan las personas que nunca pisaron los campos de batalla, o los que ganaron en ellos riquezas a costa de sus hermanos, o los que

nada tienen que perder y desean que los demás acaben de perderse! ¡Calla, desventurado; calla y no me hagas abandonar la serenidad augusta de los inmortales, hablando de la continuación de la guerra!

Intimidado Anselmo por el aspecto del anciano, cuya excitación iba en aumento a medida que su extraviada imaginación evocaba los fantasmas del pasado, quiso enmendar la falta y echar el caso a broma; pero ya era tarde para corregir el daño.

—¡La guerra! —proseguía clamando el fingido Tácito, con voces descompuestas—. ¡La guerra es la peor de las plagas que pueden azotar a la humanidad! ¡Es la negación de todos los derechos y todas las piedades! Ningún imperio sería capaz de resistirla, y los que se fundan exclusivamente gracias a ella, desaparecerán roídos por el vicio de origen. La guerra es la consagración de todas las injusticias y todos los despojos; pero cuando se torna fratricida, cuando ensangrienta la patria común, envolviéndola en una ola de delirio, resulta un algo tan abominable, que la lengua no encuentra palabras con que condenarla ni ofrecerla a la execración de las generaciones venideras. Las luchas internas son las más estúpidas, las más largas, las más crueles, las que mayor odio engendran, las que peores pasiones despiertan entre vencedores y vencidos. Sus consecuencias son incalculables y su espectáculo acaba por enloquecer y obligar a maldecir de la ferocidad de los hombres. Yo he asistido a alguna y preferiría cegar mil veces antes que volver a contemplar sus estragos. ¡Pueblos contra pueblos! ¡Hermanos contra hermanos! ¡Religiones contra Religiones!... ¡Hijos contra padres!... ¡Devastaciones, sacrilegios, robos, incendios, monstruosidades de toda especie!... ¡Sangre!, ¡sangre

siempre!..., ¡sangre por cualquier lado!, ¡sangre que sube hasta los labios..., sangre que anega el corazón...!

Al llegar a este punto de sus imprecaciones, el aspecto del noble Don Jaime de Centelles habíase transformado por completo haciéndole perder la lucidez incoherente que caracterizaba su estado, para convertirle en una especie de energúmeno que aterraba con sus alaridos el silencio de la torre, mientras recorría el cuarto a grandes pasos, cual si se tratase de una fiera enjaulada, o como si buscase un arma con que pulverizar al imprudente adversario.

Cohibido éste, y temiendo por la integridad de su persona al ver que el anciano se apoderaba de un palo, adelantando hacia él en actitud amenazadora, comenzó entonces a pedir auxilio y a tratar de escaparse, aunque sin conseguirlo, con la facilidad que imaginara en un principio.

Al estrépito de los gritos y al retumbar de los golpes, no tardaron, sin embargo, en acudir las horrorosas criadas de Bañeres, Asvinda y Aniceta, que continuaban junto a los Centelles. Poco después apareció en la puerta la huesuda faz del escudero Dimas, seguido de la vieja Corra, blandiendo su legendaria escoba. Y, finalmente, abriéndose paso entre sus huestes, mostróse, sonriente y enérgica, Casilda de Solís, quien haciéndose cargo inmediatamente de la situación y afrontándola valerosa, corrió hacia el anciano, diciendo con aquella voz que penetraba los corazones de cuantos la escuchaban:

—¿Pero qué ha sucedido aquí? ¿Quién ha ofendido al insigne Tácito para hacerle perder su proverbial compostura y caballerescos modos? Seguro que la culpa será de algún malandrín que no

sabe respetar el genio, ni estima como es debido las lecciones de la experiencia. ¡Salga en seguida de aquí el culpable y espere en la ergástula el castigo que merece tamaño desacato! Y vosotros, esclavos, acudid en auxilio de vuestro señor y conducidle a los jardines, mientras mis manos preparan el bálsamo que calmará los espíritus del ilustre entre los ilustres, para que vuelva a las tareas de que el mundo espera tanto fruto.

El eco de las anteriores palabras, la mirada irresistible que las acompañaba; aquella decisión y autoridad que la existencia había impuesto a Casilda y que parecían irradiar como un nimbo de respeto en torno de la doncella, principiaron a influir en la excitación del demente, que dejó caer el palo con que amenazaba a Castillo, y fué retrocediendo poco a poco, hasta recostarse en el muro más lejano, para continuar allí vomitando injurias y denuestos, cada vez menos claros e inteligibles.

Sin amedrentarse por el hosco aspecto del anciano, ni alterar la blandura de sus expresiones, acercósele su sobrina, comenzó a arreglarle cabello y traje, y acarició el nublado rostro, insistiendo en la necesidad de salir afuera y olvidar melancolías, tratándole con el mimo de una madre, mientras el imprudente Anselmo desaparecía silenciosamente y los servidores se acercaban a fin de hacerse cargo de su irresponsable patrón.

El procedimiento no pudo conseguir mejores resultados. Sosteniendo su actitud de defensa y obstinándose en no reconocer por sus nombres a ninguno de los que le circundaban, dejóse llevar Don Jaime hasta el exterior, donde todo era claridad y reposo.

El sol de invierno doraba la tierra y los secos

troncos de los árboles. Por doquier extendíase la vista, mostraba la naturaleza su recompensa por el esfuerzo del labrador. Ningún ruido turbaba la paz augusta del campo, ajeno a las inquietudes y las pasiones de la ciudad. Un aire frío y sutil, procedente de la vecina sierra, contribuía a infundir fortaleza y a desvanecer quimeras.

Desprendiéndose de los brazos que le sujetaban, el señor de Centelles adelantó algunos pasos y principió a dirigir la palabra en voz queda a los pajarillos y aves domésticas que picoteaban el suelo, como si fueran ellos los únicos seres capaces de comprender y compartir sus misteriosas angustias.

—¡Pobre Señor de mi alma! —murmuró la Corra, en valenciano, contemplándole de lejos—. ¡Los hombres te dejaron sin cabeza, pero su maldad no llegó hasta robarte el corazón! ¡San Jorge castigue a Borja, el hijo malvado que te trajo a este trance, y a todos los que le ayudaron en su infame obra. Amén!

II

Los años y los sufrimientos habían marcado efectivamente con su huella inexorable aquel rostro de facciones tan nobles, trocando su máscara y haciendo huir para siempre de sus labios la sonrisa. Viejo, encorvado y caduco, perdido en el piélago de sus insondables cavilaciones durante días enteros, transcurrían los años para el desgraciado caballero con monotonía abrumadora, dejándose llevar de un lado para otro por su sobrina o sus criados sin preguntar nunca la razón, y aparentando no darse cuenta de nada de lo que a su alrededor sucedía.

Recluído en una habitación, de la que generalmente negábase a salir; rodeado de toda clase de libros que hojeaba de continuo sin mostrar predilección hacia ninguno, la fiereza de las crisis delirantes que a los comienzos de su extravío tanto dieran que hacer a las personas que le cuidaban, había ido poco a poco cediendo para dar lugar a períodos de relativa calma, en que a veces gustaba de conversar y discurrir con el buen sentido de otros tiempos, por más que sus razonamientos, si ordenados y hasta elocuentes a ratos, partieran

siempre de una base irreal, mezclando en desconcertante amalgama lo cierto con lo disparatado.

La presencia junto a él de Anselmo del Castillo, maestro en acomodarse a todos los genios y en inventar distracciones para todas las edades, contribuyó en parte al alivio de Don Jaime, pues habituado al comercio del buscón, llamábale o dejábase llevar de la corriente que le impulsaba a contradecir al astrólogo, evitando por lo general ambos el referirse a los sucesos del día, especialmente a los que se desarrollaban en el reino de Valencia, como si a ellos continuaran unidas las espantables memorias de Bañeras y de la tragedia en que naufragara la razón y la fe del Señor de Centelles.

Decidido por tal causa a refugiarse en el pasado, desde su instalación en las cercanías de Zaragoza, donde le condujera el afán de Casilda por huír de Madrid y escapar a las pesquisas de Jenaro de Pereda, la locura de Don Jaime había ido adoptando diferentes manifestaciones, siendo entre todas la más peregrina la de juzgarse encarnado en el alma de algún personaje de la antigüedad, manía que se prolongaba más o menos según los casos, haciéndole expresarse durante todo el tiempo que duraba la alucinación como hubiera podido hacerlo el original de su metamorfosis, alarde que no costaba mayor esfuerzo al caballero gracias a las humanidades aprendidas en su juventud, que, por otro fenómeno cerebral, conservaba en la memoria con mayor exactitud aún que antes de la traidora enfermedad.

Hipócrates, Cicerón, Aristóteles y otros varios talentos insignes, ocuparon en desiguales períodos un lugar absorbente en el anormal funcionamiento de las facultades de Don Jaime, hasta dar con el

gran Tácito, cuyas obras habían constituido siempre la mayor de las delicias, no sólo para el noble valenciano, sino para su íntimo amigo e irremplazable consejero mosén Vicente, Rector de Bañeres.

La personificación de Tácito, que permitía en cierto modo aplicar sentencias y opiniones antiguas a casos y cosas recientísimas, obtuvo mejor fortuna con el enfermo que ninguna de las antecedentes, y ya se cumplían varias semanas de repetir la comedia con positivos resultados, ayudando en ella la buena voluntad de Casilda y el gracejo de Anselmo, cuando la discusión entablada aquella mañana sobre los futuros tratados de paz, y terminada por la crisis a propósito de las luchas fratricidas, dió al traste con los optimismos de la familia, privando al anciano de toda cordura y todo dominio sobre sí mismo.

La pesadumbre de Anselmo al considerar el mal fin de la pasada entrevista, y las responsabilidades que pudieran caberle en la agravación del caballero, era tan grande, que no sabía cómo disculparse ni qué hacer para conseguir el perdón de Casilda, por lo cual permaneció mohino en un rincón hasta que la propia Señorita de Solís vino a buscarle, y, desviando la conversación de lo que ya resultaba irremediable, comenzó a reprocharle suavemente su descuido en emprender la marcha a Zaragoza, donde tantas novedades se preparaban y tan necesaria resultaba su presencia para cumplir las delicadas misiones que le habían sido encomendadas.

Una de ellas, aunque no la más importante, consistía en visitar a la tía de Casilda, Doña Matutina Fernández de Solís, Azafata de la Reina, que aquella misma tarde debía llegar a la capital

aragonesa, procedente de Calahorra, formando parte del séquito de la Saboyana, bajo las inmediatas órdenes de su constante favorecedora la Excelentísima Señora Princesa de los Ursinos, Camarera Mayor de Su Majestad.

Doña Matutina ignoraba hasta entonces el lugar exacto del retiro de su sobrina, sabiendo únicamente, por un aviso que ésta le dejara cuando escapó de Madrid, que se dirigía al reino de Aragón. La embajada de Anselmo, autorizada por la correspondiente carta de creencia, consistía, por tanto, en explicar de palabra a la Azafata dónde se encontraba la torre de Casilda, que era en las cercanías de la Cartuja de Aula Dei, así como las dificultades en que se veía la doncella de visitarla inmediatamente, debidas al temor de ser descubierta por alguna de las personas que la buscaban y que debían seguir ignorando en absoluto su paradero. Doña Matutina sería, pues, la única depositaria del secreto: y el odio que la rencorosa Solís seguía profesando a Jenaro de Pereda, junto con su pasión por la intriga y los misterios, constituían segura garantía de que la confidencia no saldría de los labios de la reservadísima Azafata, muy halagada seguramente en el fondo por la confianza con que la distinguía su ex pupila.

El único inconveniente para llevar a buen término la misión estribaba en la antipatía que siempre manifiestara Doña Matutina respecto de Anselmo, cuando, favorecido por Doña Mayor de Flón, se atreviera el famélico hampón a desafiar las iras de la copetuda favorita de Ana de la Trémoille. Claro que si el emisario de Casilda osaba presentarse en Palacio con el apellido que la Solís conocía y detestaba, corría riesgo de no ser recibido ni escuchado por la orgullosa trapisondista; pero, dicho-

samente para el caso, desde su salida de Madrid, y por varias y fundadísimas razones, entre las que se contaba la de hacer más difícil el descubrimiento del paradero de los Centelles, el gran Castillo había decidido trocar segunda vez de nombres en su ajetreada existencia, adoptando los muy sonoros de Domingo de Triana, con que era conocido por las diversas personas que frecuentaba en Zaragoza.

Domingo de Triana, convertido en otro hombre, de aspecto e indumentaria bastante presentables, con el agudo ingenio más despierto que nunca, y dotado del aplomo insustituible que a todo sinvergüenza proporciona la seguridad del sustento en una casa honrada, podía, por consiguiente, presentarse en el Alcázar de los Soberanos y penetrar hasta la empingorotada Doña Matutina, quedando después de su cuenta el ganar la atención, ya que no el aprecio de la desconfiada palaciega.

Tan arriesgada entrevista no constituía, sin embargo, el único motivo del viaje de Anselmo a Zaragoza, pues los encargos de su señora extendíanse a otros particulares, interesantísimos para los proyectos que seguían dominando el corazón y el cerebro de la doncella.

Entre aquellos figuraba el de recoger la correspondencia de Trincas en el Convento de Capuchinos, donde el bizco ex sacristán de Bañeres enviaba sus fantásticas cartas, redactadas mitad en valenciano y mitad en un idioma que se parecía al castellano, gracias a las cuales estaba Casilda informada de cuanto sucedía a Jenaro, quien por entonces encontrábase ya restablecido de las heridas sufridas en la batalla de Villaviciosa y satisfechísimo con el encuentro de su hermana y el ascenso conseguido en la carrera militar como premio a sus últimas hazañas.



Verdaderamente, había resultado genial la idea de Anselmo de colocar al desconocido y vivísimo Trincas en el camino de la Duquesa de Sahagún, cuando ésta saliera de Zaragoza en compañía de su abuela la Marquesa de Villarrubia para reunirse en Madrid con el Conde de Ecija, pues merced a la habilidad del hijo de Bañeres en servir de correo a Doña Serafina para sus comunicaciones con Jenaro, habilidad que acabó convirtiéndole en servidor de Pereda y suplente de las ausencias de Nardo, pudo Casilda confirmar las sospechas que desde un principio la asaltarán respecto del lazo que unía a los hermanos, y descubrir emocionada la persistencia de Jenaro respecto de su primer amor, así como los esfuerzos de toda especie realizados por el joven para encontrarla y obtener su perdón.

Frescas aún las memorias de los sufrimientos padecidos en Madrid y de las pecaminosas relaciones del infiel galán con la Marquesa de Teruel, cuando su innata generosidad y el agradecimiento al nombre de Renato de Vaureal le hicieran salvar a Adelaida del furor de las turbas cortesanas, la primera idea de Casilda consistió en huir, en desaparecer para siempre de la vecindad de Jenaro, en evitar que Doña Copla, la esposa de Zorraquín, pudiera traer al contrito mancebo hasta sus pies: en castigar al traidor con su ausencia y su aparente olvido; pero las noticias que poco a poco le iba comunicando Trincas, las confidencias arrancadas por el mismo a Nardo, y la campaña emprendida por Doña Serafina en cuanto conoció el objeto del misterioso amor de su hermano, para descubrir el refugio de la fugitiva, consiguieron ir minando la fortaleza de ésta hasta el punto de hacerla escribir en un minuto de exaltación aquella

carta que, llegada en los momentos más oportunos, contribuyó a sostener el espíritu del vacilante Pereda e infundirle la persuasión de que aún era querido y de que el premio, tan deseado como inútilmente perseguido hasta entonces, dependía de su constancia y de su comportamiento futuro.

El conocimiento de lo sucedido en Villaviciosa, y sobre todo de las heridas de Jenaro, que al principio inspiraron serias inquietudes, estuvo, sin embargo, a punto de dar al traste con las reservas y timideces de la Señorita de Solís, quien, enloquecida ante la idea de perder al objeto de su pasión, resolvió presentarse en Brihuega y hasta llegó a trasladarse a Zaragoza, recibiendo allí nuevas cartas de la Alcarria en que se le notificaba la convalecencia del enfermo y la alegría que a él y a sus acompañantes inundaba, viéndose por fin reunidos y dichosos los hermanos en aquel lugar, donde nada les faltaba y todos los habitantes esforzabanse en hacerles fácil y llevadera la vida.

Semejantes noticias, unidas a los falaces argumentos de Anselmo, egoístamente contrariado ante la posible reconciliación de los amantes y el fin de su privanza en la casa de Centelles, entibiaron, por un fenómeno singular, la decisión de Casilda, moviéndola, después de mucho discurrir, a volver junto a su tío. La doncella sabía perfectamente que, no sólo de su antiguo novio, sino de las dos grandes señoras que le atendían, sería recibida con todos los honores y efusiones dignos del caso. Y, sin embargo, una cortedad irresistible, un temor inexplicable a mostrarse⁹ de improviso en aquel medio, tan superior y distinto al suyo propio; a interrumpir con su presencia aquellas escenas de íntima y reservada felicidad, en que después de tantos años disfrutaban por primera vez los dos her-

manos las dulzuras del afecto, paralizaron todas las iniciativas de la enamorada, como antaño sucediera en Almansa, decidiéndola a permanecer invisible, recatada en su asilo, sin más consuelo que las noticias que le transmitía Trincas sobre la mejoría de Jenaro, y sin otra compañía que la del tío loco y la del triunfante Anselmo, quien, por más que su conciencia le recordara a diario la deslealtad con que pagaba los anteriores beneficios de Pereda, no podía menos de sentirse satisfecho con prolongar aquella situación indefinida, que tantos beneficios le reportaba y en la que sus sentimientos comenzaban a tomar mayor parte de lo que el mismo truhán hubiera deseado.

—¡No!, ¡aún no ha llegado mi hora! —solía repetir Casilda en presencia del hipócrita buscón, cual si quisiera darse fuerzas para resistir a la tentación de volar junto a Jenaro—. ¡Aún es demasiado pronto! ¡Hoy se sienten contentos y no me necesitan para nada! Mi seriedad, mi falta de atractivos brillantes, me empequeñecerían todavía más a sus ojos, comparándome involuntariamente con las personas que le rodean, como le sucedía siendo niño en Madrid. ¡Que me siga buscando, que todavía pene un poco, que continúe deseándome aún, en compensación de lo que yo he penado y he desesperado durante años y años, creyendo haber perdido para siempre el afecto de su alma! ¡No es en la alegría, ni en el reposo de una existencia regalada, donde hemos de volver a encontrarnos Jenaro y yo, sino en la necesidad y en el dolor, para convencernos de que es imposible que vivamos el uno sin el otro!...

Y en esta batalla, que Anselmo se guardaba muy bien de contradecir ni desvanecer, fueron pasando las semanas, hasta que una carta de Trincas hizo

saber a Casilda el regreso de Nardo a Madrid en compañía de Almudena, por encontrarse enfermo de cuidado el hijo, y la salida con su patrón para el frente de batalla, por distinto camino del de Zaragoza, a fin de reunirse al Regimiento de Don Feliciano de Bracamonte, donde se juzgaban indispensables los servicios del pundonoroso Teniente Coronel Don Jenaro de Pereda.

Al propio tiempo acompañaba el ex sacristán la noticia de que las Duquesas de Sahagún y de los Cameros, más amigas y más unidas que nunca, se disponían a instalarse en la Capital de Aragón, para entablar la primera el recurso de nulidad de su matrimonio ante los tribunales eclesiásticos, y para esperar la segunda junto a la Corte el arribo del pusilánime esposo y toda la ilustre prole, refugiados en Andalucía desde antes de la entrada de los ejércitos aliados en Madrid, y en viaje a toda prisa hacia Zaragoza apenas se supo por aquellas feraces tierras el triunfo de Felipe V sobre Carlos III, comprendiéndose la necesidad de realizar alguna demostración pública para congraciarse con el vencedor y hacer olvidar en Palacio las veleidades del más antiguo de los Duques españoles.

Faltaríase a la verdad en esta crónica si se omitiera consignar que la nueva de la incorporación de Jenaro al ejército, y sobre todo el convencimiento de que no pasaría por Zaragoza, como Casilda suponía, sorprendió de manera muy desagradable a la sobrina de Don Jaime de Centelles, y hasta la hizo sentir no pocos y tardíos remordimientos por sus escrúpulos y por su falta de decisión en aceptar la coyuntura que acababa de ofrecerle la Provi-
dencia para terminar de una vez con todos sus afanes. Pero reaccionando pronto de aquella pasa-



jera flaqueza, y conformándose una vez más, sin protestar, con la sentencia del destino, resolvió la doncella valerse del servicial Anselmo para averiguar la fecha de la llegada de Doña Serafina y Doña Blanca a la ciudad, no tardando en saber cuanto la interesaba, así como la instalación de ambas damas en el palacio de Alfranca, junto al Ebro, no lejos de la ciudad, en atención a estar ocupados por el momento todos los buenos alojamientos de Zaragoza con motivo de la presencia del Rey y de los principales personajes borbónicos en la capital aragonesa.

Casilda experimentaba viva simpatía desde mucho tiempo atrás por la Niña de Plata; pero desde que conocía la odisea de Doña Serafina en Toledo y las pruebas de afecto que prodigaba a su hermano, aquella simpatía habíase convertido en admiración sin límites, considerándola como el auxiliar más precioso con que Jenaro de Pereda podría contar siempre en la existencia.

Por ello, y enterada también de la situación complicadísima por que atravesaba la Duquesita de Sahagún, de sus honestas inclinaciones hacia Don Fadrique de Córdoba, y de las perversas cualidades que caracterizaban a su esposo nominal, el Señor Conde de Ecija, sentíase obligada a proteger y ayudar a la hermana de su prometido en cuanto le fuere dable, permaneciendo a la mira de lo que sucediera en Alfranca, dado el propósito de las damas de permanecer indefinidamente allí.

Animada por tales sentimientos, y procurando disimular el reciente disgusto que la recaída de Don Jaime le proporcionaba, esmerábase, pues, la Señorita de Solís en multiplicar sus recomendaciones al picarón Castillo, que la escuchaba embelesado, sin detenerse a pensar que la broma o la ironía son

los recursos a que suelen acudir las almas tímidas para manifestar su verdadero modo de ver y juzgar personas o cosas.

—No se olvide el buen Domingo de Triana —insistía graciosa la doncella— de visitar con motivo de las fiestas a todos sus conocidos de la ciudad y de retener cuanto escuche sobre los señores de Alfranca, pero no pregunte ni aparente demasiado interés por Doña Serafina, sino más bien por Doña Blanca, con objeto de esquivar sospechas. Y entérese bien de lo que se murmure sobre operaciones de guerra, especialmente si se tratara de la de Barcelona, que tan cavilosa me trae. ¡Mucho cuidado con la capital y sus tentaciones! No vaya a entretenerse demasiado el pecador con sus impresores, ni se ocupe por ahora de nuevos almanaques y profecías, pues ya sabe el miedo que le tengo a esas cosas, aunque hace bien en publicarlas con el nombre supuesto de Píscator de Sevilla, pues a conocer el verdadero los Examinadores sinodales acaso tuviere un disgusto el atrevido profeta. En fin, no quiero detener más al Señor Anselmo Domingo, porque el tiempo vuela, y, si no se apura en su camino, acaso lleguen los Reyes a Zaragoza antes que él. Sus Majestades, según mis noticias, durmieron anoche en Mallén y a estas horas deben de estar almorzando en Alagón, así que queda estrictamente el tiempo de ponerse en el puente de piedra antes de que aparezca la comitiva. ¡Conque, andando... y a ver si dentro de poco recibo fresquitas todas las noticias que me importan...!



III

—¡Qué mujer y qué disposición la de Casilda, con ese su aire modosico que parece se asusta de todo! —pensaba el sugestionado Anselmo, mientras caballero en su macho, uno de los raros animales que habían logrado escapar en la torre a las incesantes requisas de austriacos y borbónicos, dirigíase hacia el puente de madera que atravesaba el Gállego, camino de Zaragoza—. ¡Qué belleza tan suave, y qué modo tan natural de apoderarse de cuantos corazones se le acercan! En todo Aragón, ni en España, ni en el mundo entero, existe una criatura más perfecta ni un hombre que se merezca semejante manojo de rosas. ¡Y Jenaro de Pereda menos que ninguno! ¿Qué ha hecho ese barbilindo desde que empezó a apuntarle el bozo sino dejarse querer de unas y otras como si no tuviera valor ni voluntad para decidirse por sí mismo a emplear su gusto? Dicen que ahora la llora y que daría su vida por encontrarla. ¡A saber si es cierto, y si no se derretirá el doncel delante de la primera catalana que le ponga los ojos tiernos! ¡Bien hace Casilda en no ablandarse y en esperar quietecita en su casa que la vengán a buscar y se

hinquen en el suelo para que les perdone! ¡Lo que dice ella, aunque lo diga con la boca chical, ¡que siga penando, por desagradecido, por veleidoso, por...! ¡No será él sólo quien pene, suspirando por algo que nunca será suyo...!

Abstraído en estas reflexiones, que le tocaban en lo más recóndito de su ser, no había reparado hasta entonces el viajero en la variedad de personas que procedentes de las huertas vecinas iban interponiéndose en su marcha, hasta que, al llegar al cruce de las tres vías que se reunían frente al río, vióse forzado a detenerse para ceder el paso a una carroza tirada por cuatro mulas, que venían a todo correr desde el camino de Villafranca, levantando a su paso nubes de polvo. Los peatones, y aun los jinetes, cegados por aquella especie de avalancha, se apartaron a un lado murmurando maldiciones, y el coche, sin disminuir su velocidad, enfrentó el angosto puentecillo, desapareciendo por él y alcanzando la otra orilla del Gállego en medio del asombro de los espectadores.

La travesía no fué, sin embargo, tan instantánea que Anselmo dejara de reconocer en las personas que ocupaban el carruaje a las Duquesas de los Cameros y de Sahagún, quienes sin duda dirigíanse a Zaragoza para cumplir con el deber de besar la mano de la Saboyana, apenas se instalara la Real Familia en las casas del muy alto y poderoso Señor Don Manuel de Rocafull y Rocaberti, Conde de Peralada, sitas en el Coso y conocidas vulgarmente con el nombre del palacio de los Gigantes, que era la residencia elegida para hospedar a los soberanos durante la permanencia de éstos en la capital de Aragón.

—¡Vaya unas estampas de mujeres y un tufo a señorío que se siente de media legua! —continuaba

murmurando Castillo, mientras proseguía su ruta entre un gentío cada vez más compacto—. ¡La de los Cameros parece una Dolorosa, atravesada por los siete puñales, de majestuosa que es! ¡Y por lo que toca a la Duquesita que tanto nos preocupa, nadie diría que acaba de pasar lo que Trincas cuenta, porque lleva una cara de Pascua como si no hubiera vertido lágrimas en su vida! ¡Nada, que esta gente de las alturas no se parece a nosotros, ni cuando se quita los zapatos! Y como simpática sí que ha de serlo la Doña Serafina, y como decidida, también, porque a cualquiera que se le ponga enfrente se lo lleva por delante. ¡Hày que ver! ¡Atreverse en esta tierra de curas a pedir la nulidad del matrimonio y negarse rotundamente a volver a pisar la casa del marido, porque está enamorada de otro!... ¡También es cierto que a sinvergüenza y a desleal no existe hombre que gane al Señor Conde de Ecija! ¡Y hasta puede que la Niña de Plata triunfe en esto, como triunfó en lo de reunirse al hermano, y en lo de tenérselas tiesas con esa prima tan feróstica que se llama Doña Leonisa, y que vuelve locos a los hombres con sus ojos de basilisco! ¡No, y lo que es como quererse el día que se encuentren, van a quererse con mi ama...! Además ¿quién es capaz de no adorar a Casilda conociéndola...?

La enternecida memoria del buscón comenzó entonces a evocar el recuerdo de su primer encuentro con la doncella en Madrid, el original modo de llegar hasta sus plantas, y la bondad con que aquella criatura, toda indulgencia, le había recibido y alentado, deteniéndole al borde del abismo que se abría ante su miseria e inclinándole a cambiar de existencia y a emplear su ingenio en cosas menos arriesgadas y más dignas de personas de-

centes. El comercio con Don Jaime, después, y el continuo roce con aquel espíritu desequilibrado, pero repleto de ciencia, había servido además para extender considerablemente la ilustración de Anselmo y depurar su gusto, poniendo al alcance de su entendimiento multitud de libros que desconocía y colmando algunos de los inmensos vacíos característicos de su cultura.

Cierto que, como las viejas mañas tarde o nunca se pierden, a pesar del refinamiento de Castillo, la inclinación del antiguo secretario de Lord Ramsbockle a lo sobrenatural y maravilloso persistía en el admirador de Casilda de Solís, a despecho de todos los consejos de ésta, traduciéndose tales inclinaciones en el levantamiento de horóscopos y en la confección de recetas mágicas para quienes las solicitaban dinero en mano, no siendo esto lo peor, sino las claudicaciones y riesgos a que de continuo le exponían sus visitas a la ciudad, así como el trato con algunos intermediarios de su turbia clientela, personajes del hampa, en cuya compañía sentíase íntimamente feliz el aspirante a personaje, por recordarle sin duda los buenos tiempos de crápula en compañía de la Beata Clara, de tostada memoria.

Para justificar ante su propia conciencia semejantes desfallecimientos de la voluntad, solía el buscón alegar la disculpa de que al reincidir en aquellas trápalas hacía lo movido por el deseo de aturdirse, de olvidar cosas imposibles, y obedeciendo al propósito de no resultar demasiado gravoso a la Señorita de Solís. Pero lo cierto era que, acostumbrado desde niño a la vida de aventuras y al desorden de las necesidades, ningún dique resultaba capaz de contener al truhán en sus caídas, ni de reprimir sus instintos viciosos.

Deseando sacar algún fruto positivo de las atropelladas lecturas en casa de Don Jaime, no habían transcurrido, por ejemplo, muchos días, sin que Anselmo, o por mejor decir Domingo de Triana, trabase amistad con cierto impresor, sumamente raro, que vivía en un callejón sin nombre, afluente de la calle del Salvaje, en pleno centro de la antigua judería, y que se dedicaba a dar a la estampa cuanto caía en sus manos de algún provecho, amén de ejercer clandestinamente otros oficios que nunca habían podido dilucidarse satisfactoriamente.

Este hombre singular llamábase Samuel Roca y tenía una hija contrahecha, inteligente y muy anti-pática, de nombre Feliche, que sabía más que Lepe, y que, apenas hubo conversado media hora con Castillo, le propuso sin el menor empacho la composición de una jácara contra el Archiduque y de otra contra Felipe V, mediante razonable estipendio.

Anselmo, sorprendido por la osadía y resuelto a desconcertar a la jorobada, aceptó sin vacilar la oferta, y, desde entonces, comenzaron a rodar por mentideros y conventos sus producciones literarias, reducidas al principio a versos o prosa en que se refería algún suceso político o guerrero de actualidad: firmadas más tarde por Domingo de Triana y extendiéndose a toda clase de materias, jocosas unas, científicas otras, hasta culminar finalmente en la publicación de un volumen en octavo, bastante bien editado, que circuló por Aragón y aun por Castilla en el último trimestre del año de gracia de 1710 con el rimbombante título de: *El Non Plus Ultra de el Lunario y Pronóstico Perpetuo, general y particular para cada Reino y Provincia, compuesto por el Gran Piscator de Sevilla, Profesor de Matemáticas, y expurgado según el expurgatorio de la Santa Inquisición.*

El éxito que alcanzó tan disparatado epítome, y la curiosidad que despertó en Zaragoza el apodo del anónimo escritor, tras del cual creían adivinar los lectores a todos los maldicientes de su conocimiento, junto con las ganancias que el librejo valió a su autor, acabaron por trastornar el seso de Domingo de Triana, haciéndole juzgarse digno ya de todas las empresas y resolviéndole a continuar por aquel camino, sin vacilaciones ni encogimientos de ningún género, aunque conservando por de pronto el incógnito para intrigar mejor al público y evitarse además cualquier disgusto con las autoridades cesarugustanas.

Obsesionado por tales perspectivas de encumbramiento, apenas se encontraba solo el astrólogo, principiaba a fabricar castillos en el aire, pretendiendo adivinar el futuro, y, muy a menudo, como en la tarde de la entrada de la Reina en Zaragoza, solía conversar consigo mismo para abreviar el camino y convencerse de la solidez de sus razonamientos.

¡Qué satisfacción tan grande, en efecto, representaría para su vanidad la conquista del aprecio de curiosos y eruditos! ¡Qué orgullo sentiría de triunfar, después de tanto desdén y tanto menosprecio como llevaba sufridos desde su más tierna edad! ¡Verse convertido de la noche a la mañana en objeto de la curiosidad general, solicitado por los libreros que hasta entonces se mofaron de sus esperpentos y chocarrerías! ¡Admirado, sobre todo, por la Señorita de Solís, que siempre le considerara con cierta lástima, manteniéndole en un nivel subalterno, y sin ocurrírsele siquiera que debajo de aquel pecho de parásito pudiera latir un corazón como los demás y alentar unas aspiraciones ilimitadas y conscientes!...

Aquella compasión y aquel aire protector de Casilda era precisamente lo que más dolía al futuro autor de libros inmortales y lo que a veces motivaba sus peores extravíos. Porque en el fondo, Anselmo se consideraba igual, si no superior a cuantos hombres conocía, principiando por Jenaro de Pereda, cuya suerte en la existencia envidiaba y a quien juzgaba muy por bajo de sus propios méritos y talentos.

¿Hasta cuándo perdurarían en el mundo aquellas absurdas barreras, inventadas por los privilegiados de la fortuna para mantener la diferencia de castas y condenar a unas al vilipendio, mientras otras disfrutaban egoístas de los placeres y las riquezas? ¡Todos debían ser iguales, clasificándose según sus posibilidades y no según su nacimiento! ¿Por qué tratar a unos de bellacos y a otros de caballeros, cuando todos cometían las mismas faltas? ¿Qué responsabilidad podía exigirse a los pecadores, si las circunstancias les habían obligado a delinquir para defenderse del abandono y del hambre? ¿No podía llegar a redimirse el pasado con perseverancia y voluntad?...

¡Sí!, ¡sí!, ¡por lo que a él tocaba, tenía que imponerse!, ¡tenía que remontarse de la nada! Lo primero que había de hacer era seguir escribiendo y popularizando su seudónimo. A los almanaques seguirían una serie de sueños y visiones retrospectivas, en que, aprovechando su maleante experiencia, mostraría al vivo todos los defectos y los vicios de aquella sociedad multiforme e inquieta, fluctuando siempre entre la exageración decadente de los Austrias y la influencia de los nuevos usos importados de Francia. A la invasión de costumbres, gustos y modismos extranjeros, opondría el Píscator de Sevilla, o Domingo de Triana, la

recia tradición de los grandes escritores del siglo de oro, tomando como modelo a Don Francisco de Quevedo, que era el autor que admiraba con mayor sinceridad y entusiasmo. Después vendría la publicación de los grandes libros que rumiaba su cerebro: estudios de filosofía, tratados de medicina práctica, novelas ejemplares, ensayos de crítica histórica, exámenes concienzudos y metódicos de cuantos errores o supersticiones obstaculizaban el adelanto del genio nacional, anquilosado por la rutina, el miedo y las censuras eclesiásticas. La época era propicia para novedades, pues se presentía la implantación de otros sistemas y otras direcciones. ¿Por qué no había de ser él, Anselmo del Castillo, el arquitecto de tan magna obra y el iniciador de la moderna escuela literaria que revolucionaría todo lo existente!... ¡Quién sabía si al cabo, y desengañada de las veleidades de Jenaro de Pereda, no volvería también Casilda sus ojos hacia él, viéndole convertido en un gran hombre...!

Aquí llegaba el ambicioso buscón en sus soliloquios, cuando de pronto se detuvo la caballería que montaba, imposibilitada de seguir adelante, y, bajando la vista, que tan alta tenía puesta, encontróse frente al Ebro, con la ciudad de Zaragoza extendida ante sus ojos, señorial, misteriosa, sobria de color, tal y como la había admirado bastantes veces en un cuadro existente en el Alcázar de Madrid, obra de Juan Bautista del Mazo, enriquecida con numerosas figuras de mano del inmortal Velázquez.

La misma luz y el mismo tono dorado de las elevadas márgenes, interrumpidas por abruptas sendas y reflejándose en las aguas del anchuroso río; la misma graciosa silueta de los altos edificios de ladrillo, y las empinadas torres de los templos,

recortándose airoso sobre el purísimo cielo. Los Conventos de los Carmelitas y las Agustinas Descalzas, iniciando la serie antes del puente de Tablas; la Magdalena, dejando en primer término las esbeltas agujas del palacio de los Arzobispos, vecino de las históricas Casas del Reino; la mole de la mozárabe Seo, frente al puente de piedra, separada de las cúpulas del Pilar por las parroquias tradicionales de San Lorenzo, Santiago, San Andrés y San Pedro; y tras de los azulejos policromos de la basílica de la Patrona de Aragón, destacándose sobre un arenal, la Torre Nueva, con su graciosa inclinación, y la grandiosa de San Pablo, irguiéndose cual defensa feudal, hasta concluir en la lejanía con el alarde del Convento de Santo Domingo y las tapias bajas que por aquel lado limitaban la ciudad cesaraugustana.

Como en la pintura de Mazo, abigarrada multitud pululaba también por la ribera, quien a pie, quien a caballo, luciendo sus mejores galas para competir en la solemnidad que se preparaba, y, mientras algunos esquifes entoldados surcaban los espejos del padre Ebro, allá, en la cinta clara de la Ronda, distinguíase confuso el ir y venir de jinetes y peatones, el alegre marchar de soldados al son de músicas y tambores, el solemne discurrir de carrozas cuyas obscuridades se destacaban sobre los amarillentos edificios, en los que ondeaba al viento la altanería de los reposteros colgados por balcones y ventanas, o la sinceridad de los gallardetes y colchas colocados en las casas más modestas, para festejar la entrada de Sus Majestades con el Príncipe heredero, suceso que por celeste permisión coincidía con la noticia hecha pública horas antes de la rendición de Gerona, rescatada de poder del Archiduque por las tropas del Duque de Noailles.

IV

Penetrando en la ciudad por la puerta del Angel y dirigiéndose, calle de Cuchillería adelante, hasta doblar la de Platería, con intención de dirigirse al Mercado, convenciósese pronto Anselmo de los inconvenientes que ofrecía el atravesar vías tan concurridas, caballero en su macho, pues aunque la mayor parte de los zaragozanos acudía a la puerta del Carmen y al paseo de Trinitarios, situado extramuros junto al gran Convento del mismo título, por presumirse que Sus Majestades entrarían desde allí en la ciudad, era tal el número de forasteros llegados con motivo de las anunciadas fiestas, que aún quedaba gente para todo, y la población presentaba, no obstante las desventuras y trastornos recientes, un aspecto de bullicio que pocas veces se recordaba haber presenciado en la cabeza de Aragón.

Verdadero o fingido, el júbilo de sus habitantes por ver restituído tercera vez en la Capital al nieto de Luis XIV, quien después de la terrible derrota del barranco de la Muerte el año anterior, casi a las puertas de la ciudad, parecía condenado a perder para siempre la corona de Fernando el Católico, resultaba verdaderamente extraordinario

y acaso superior al manifestado otras veces en honor del Archiduque; bien es verdad que, desengañados de la ayuda de éste, hallábanse persuadidos pueblo y prohombres de la inutilidad de toda resistencia contra las autoridades borbónicas, así como de que la conducta más práctica para hacer olvidar a los vencedores sus pasadas inconsecuencias consistía precisamente en exagerar la alegría y la conformidad por el triunfo de Felipe V, actitud tanto más fácil de observar cuanto que los fueristas empedernidos y los defensores intransigentes de las libertades aragonesas acababan de emigrar o servían en Barcelona a Carlos III, convencidos de que nada tenía que esperar su causa de la nueva dinastía, y de que el mejor servicio que podían hacer a sus paisanos era dejarles que se concertaran como pudieran con los Ministros que les tocasen en suerte.

Ignorándose los detalles del itinerario que seguirían los Reyes en su entrada, por haber salido aquella mañana muy temprano al encuentro de Sus Majestades la Junta provisional de Gobierno, presidida por Don Antonio Aslor, Caballero mesnadero y de la Sagrada y Militar Religión de San Juan, Comendador de Villarluengo, los vecinos, esperanzados con que su calle podía merecer la visita de los Soberanos, habían engalanado todas las de la ciudad ostentando hasta los más humildes ramos y flores de papel o trapo, amén de toda clase de hachones, faroles y lamparillas, que peligraban no poder ostentar a la noche el brillo de sus iluminaciones a causa del fuerte ventarrón reinante desde el mediodía.

Sorteando peligros y deseoso de desembarazarse de su cabalgadura, dirigióse Anselmo hacia San Juan de los Panetes, saliendo a la Ronda por el

postigo del Ebro viejo y tornando a entrar por la Tripería, hasta dar en la calle de Predicadores con un callizo angosto que se llamaba del Arpa, donde quedaba la posada de San Jerónimo, que era el sitio preferido por el astrólogo para reposar en Zaragoza las horas que le dejaban libres sus numerosas ocupaciones.

Una vez a pie, siguió calle de Predicadores abajo, hasta la puerta de Sancho, y apretando el paso al encontrarse junto a las tapias del huerto de las Fecetas, pudo enfrentar la Aljafería a tiempo que el correr de la multitud denunciaba la proximidad de la comitiva regia.

Los guardias walones que, mandados por su Capitán el Príncipe de T'Serclaes Tilly, precedían a la estufa Real, doblaban en aquel momento a la derecha, dejando atrás el antiguo palacio de los Monarcas de Aragón, con el Convento de Agustinos Recoletos; y el prolongado séquito de carrozas oficiales, coches, carros y acémilas que formaba las Casas de Sus Majestades, tomaba la misma dirección, ondulando y deslizándose por el paseo de Trinitarios, como interminable serpiente de relumbrantes y multicolores anillos.

Aquel terreno era, por su naturaleza y por la estación que corría, el más seco y árido de toda la campiña; pero el afán y la industria de los labradores, a quienes se encomendara el adorno, habíalo convertido en ameno, no dejando planta verde y olorosa por trasladar al paseo, colocando además en éste tres arcos iguales fabricados con laurel, de los cuales servía el de en medio para embellecimiento del Calvario que hacía frente, y los colaterales para el paso de los Reyes, luciendo todos sendos tarjetones cubiertos de divisas y epigramas reveladores, en cuanto la brevedad cabía, del amor y

rendimiento, un tanto tardíos, de los vasallos aragoneses hacia sus Augustos Soberanos.

De estos arcos corrían dos calles de murtas y arrayanes que dejaban para el tránsito un espacio de seis coches, dilatándose todo el trecho, que por una parte se extendía al extremo de la huerta de la Encarnación, y por otra a encontrar el camino del de Capuchinos.

No contentos con tal transformación, los improvisados escenógrafos habían levantado en el ángulo que hacía el paseo de San Jerónimo, opuesto al de Trinitarios, dos tablados cubiertos de alfombras, en cuyos teatros se representaban diversas danzas en estilo jocoso, estilo que constituía la nota dominante de todos los festejos, por entender sus organizadores ser aquél el medio con que se demostraba mejor el regocijo y la sinceridad del afecto.

Conmovidísimos los Señores de la Junta interina de Gobierno, que ya habían derramado tiernas lágrimas al besar las manos de la Saboyana y del lindo Príncipe de Asturias donde toparon con el séquito de Felipe V, trataban por cuantos medios les eran posibles de mantener sus puestos de honor cerca de la dorada carroza, protegida de vidrios, donde tomaban asiento los soberanos, espiando inquietos los menores gestos de Felipe V y Doña María Luisa, colocados en el testero, y comentando con edificante fervor los infantiles movimientos del heredero de la Corona, sentado frente a sus Augustos Padres en las faldas de la teniente de Aya Doña María Antonia de Salcedo, que venía haciendo servicio de Aya en ausencia de la señora Princesa de los Ursinos, retenida en Calahorra por unas fiebres que la tenían bastante molesta desde varios días atrás.

Anselmo del Castillo, que a fuerza de codazos

y empellones había conseguido aproximarse al vehículo de Sus Majestades, y hasta creído distinguir dentro el impasible rostro de Don Felipe y la simpática pero demacrada carita de la Saboyana, advirtió cómo los conductores recibían orden del primer Caballerizo, Conde de Montenuovo, de tomar por la puerta del Carmen, donde se levantaba un arco de proporcionada arquitectura, formado de tres cuerpos, en el segundo de los cuales aparecía un dosel bordado de oro bajo el cual lucía un retrato del Rey a caballo, tan valientemente parecido que o por los espíritus que al pintor pudo infundir el original, o por la osadía con que se atrevió al empeño, lograba también su pincel el epíteto de «animoso».

Vestía Don Felipe en aquel lienzo traje de campaña, y, por capricho del artista, que acaso no fuera sino consejo de alguna persona acostumbrada a lisonjear y a complacer en sus lisonjas, tenía el cuerpo y el semblante como inclinados hacia Cataluña, por cuya circunstancia leíase debajo el siguiente epigrama:

Non fugit hostilem Turmam, sed pergit ad Arma
Fortior ictuo agit Jupiter, atque Leo
Quo fugis Enceleades? Quo gens inimica cucurrit?
Sub Jove semper erit; subque Leone caudet.

Entraron con esto Sus Majestades en la ciudad, y comenzaron a circular por sus estrechas y entoldadas vías, navegando la carroza entre ondas de gente, cuyas voces de aclamaciones eran tales, que, no obstante el repique general de campanas y las salvas de artillería del castillo, ni el sonido de unas ni el estruendo de otras se hacía perceptible al oído. Los Conventos de la Encarnación, de San Ildefonso y del Carmen tenían todo el espacio que se contaba desde la Puerta hasta su plaza, adornado

de lucidísimas tapicerías y colgaduras, con otros primores en que porfiaba el deseo de su fineza con los impulsos del viento. En la plaza del Carmen alzábase un tablado donde danzaban ocho niños, vestidos tan uniforme y graciosamente, que constituía particular diversión el verlos. A cada paso aumentaba la animación, y con ella los vítores; y así, en esta forma, encaminóse la Real Comitiva por la calle de Santa Fe, pasando de ella a la del Azogue, ambas adornadas de cuantos paños ricos pudo hallar la diligencia de sus vecinos, hasta terminar en la plazuela llamada de las Trébedes, donde creció tanto la muchedumbre que, por más que procuraba despejarla el tropel de los guardias, fué preciso detener por un brevísimo rato el curso de la Real estufa.

Miraba en derechura al Coso esta plazuela, y otra calle colateral por el lado izquierdo, llamada de la Albardería, mediando entre las dos un edificio que, por cierta talla de figurones que le servía de adorno, conocíase bajo el nombre de «la casa de las monas», haciendo frente aquellos tres parajes a la memorable cruz y mausoleo de los innumerables mártires, y formando en línea recta tres arcos sobre un teatro de planta de medio ochavo, al que servía de resguardo y cortina la referida casa.

A esta fábrica, muy próxima del palacio de los Gigantes, y coronada de columnatas y adornos de toda especie, correspondía otra análoga del opuesto lado del Coso, junto al Convento de San Francisco, y, para hacer unión de ambas y formar una especie de circo que sirviera de escenario amplísimo a las funciones que se preparaban, habíanse corrido dos vallas, una de cada banda de la calle, que enlazaban por sus extremos las anteriores construcciones, embalconadas con pilastras imitando jaspe y coro-

nadas con blandoncillos donde asegurar las hachas de las luminarias.

Multiplícábanse los emblemas y los jeroglíficos por todos aquellos efímeros monumentos, donde se colmaba de elogios a las Majestades Borbónicas, ya en latín ya en castellano, y se ponía como hoja de perejil a los enemigos aliados, singularmente a los ingleses, a quienes se suponía, con hispano optimismo, deshechos y arruinados del todo, gracias a las últimas victorias de Felipe V y como justo castigo a la recalcitrante herejía de sus Monarcas, debiéndose tales agudezas y sales al ingenio de las Comunidades Religiosas de la ciudad, que llevaban trabajando más de quince días en perpetrar tales composiciones, con las que aspiraban a manifestar su amor a los Reyes, de quienes llevaban renegando siete años seguidos.

Anselmo del Castillo, que estaba al tanto de los entretelones de la comedia que se representaba aquella tarde, como quien llevaba mucho tiempo residiendo en Zaragoza y tratando con toda clase de personas, no podía menos de sonreír leyendo las hiperbólicas alabanzas o los pretenciosos disparates consignados en tarjetones y carteles, que demostraban bien a las claras el equivocado concepto de la mayoría de los españoles respecto de la potencialidad de su patria y de la superioridad de ésta respecto las demás naciones del orbe.

En un medallón, dos lirios coronados llegaban con sus puntas al cielo, mientras se veían por tierra cadáveres con cuya sangre regábanse las raíces, sirviendo de letra lo siguiente:

El modo con que estas lises
Crecen hasta las estrellas
Es regado con la sangre
De enemigos de la Iglesia.



En otro se admiraba un haz de armas diferentes, que una mano bajada del cielo cortaba con un sable, rezando la inscripción:

Si al tanto monta de Dios,
Es pigméo, el de Alejandro;
Por más que apriete la liga,
Mas le aprieta Dios la mano.

Los había breves, aunque no peores, como el de un león abrazado a unos lirios, que decía:

Mientras estemos unidos,
Por más que combata el Norte,
No hay contratiempo que importe

Y aun abundaban las composiciones largas y conceptuosas, con el agravante de acrósticos y chistes del más perverso de los gustos.

—¡Señor! ¡Señor! —repetía el aspirante a restaurador de la literatura nacional leyendo semejantes insulseces, que parecían destinadas a engañar niños o entretener gente baja—. ¿Serán tan ciegos los que mandan que, al presenciar estas cosas, no se den cuenta del convencionalismo de cuanto les rodea, y de que cada cual va en todas partes a su negocio, siendo tan falsos los ditirambos que se prodigan, como el mármol, las flores y el oro de esos bastidores de lienzo y esas columnas de cartón, destinados a desaparecer mañana, o a perder sus colores y su brillo al primer chaparrón que descarguen las nubes?

Mas, según lo que podía apreciarse, entre tantos millares de paseantes como circulaban por el Coso, era Anselmo el único que pensaba del anterior modo, pues mientras se perdía de vista la carroza de los Reyes, penetrando en la mansión de los Paraleda por el enorme zaguán, y continuaba el

interminable desfile de los varios centenares de Oficiales que en aquella época componían la estricta intimidad de dos Soberanos, invadía la calle principal de Zaragoza, colgada y adornada de arriba abajo como ninguna de la ciudad, cuanto de más distinguido se contaba en ella, precipitándose damas y caballeros hacia los tablados donde se retorcián los danzantes, fisgando los palacios y casas, cuyos balcones aparecían repletos de invitados, o apiñándose ante los tarjetones y pinturas para descifrar su significado, celebrando a porfía, después, los gárrulos donaires o las macarrónicas sentencias, cual si se tratase de inspiraciones dignas de los más excelsos númenes del Parnaso o reflejasen efectivamente el verdadero modo de pensar y sentir del pueblo cesaraugustano en aquella fecha.

Descorazonado el admirador de Casilda de Solís ante semejantes pruebas de la humana estulticia, y comprendiendo que nada nuevo se ofrecería ya a su juicio en aquel palenque de la frivolidad, donde lentamente iban penetrando cuantos coches existían en la ciudad, seguidos de Caballeros, militares y paisanos, vestidos todos con sus mejores galas y resueltos a permanecer estrujándose allí hasta que se encendieran las iluminaciones, resolvió aprovechar el tiempo y economizar las fuerzas, subiendo a saludar a los Señores de Barberán de Cuevas, familia que habitaba en una de las primeras casas junto a la de los Marqueses de Camarasa, desde donde podía curiosearse cuanto sucedía en la calle y además se divisaba perfectamente la fachada del palacio que servía de residencia a Sus Majestades.



V

Las reuniones en el edificio que los zaragozanos conocían generalmente con el nombre de las casas de Hortigas, caracterizábanse por el prudente recato y la solemne tiesura que sabía imprimirles su director Don Buenaventura Barberán de Cuevas, natural de Teruel, persona de gran arraigo entre la magistratura, hombre de orden y autor en sus mocedades de cierta versión castellana del poema de Ovidio intitulado *Pulex*, e impresa con el título de *Traducción a la pulga de Ovidio, de Buenaventura Barberán de Cuevas*.

La digna esposa de tan conspicuo personaje llamábase Doña Eufrasia de Hortigas y Cucalones, y se distinguía por la opulencia extraordinaria de sus carnes, que le habían merecido en Zaragoza el apodo de Doña Tambora, con que generalmente era designada, así como por el origen immaculado de los apellidos que ostentaba orgullosa y en cuyas genealogías nadie se atrevía a profundizar para no dar enojos a la interesada, que se preciaba de ser la única conocedora de los treinta y siete tronques que, por caminos a cual más tortuosos, la enlazaban a cuanta familia ilustre se contaba en el antiguo Reino de Huesca.

De este matrimonio intachable, que jamás se viera conturbado en veintitrés años de cristiano vínculo, sino por las desazones naturales a toda existencia humana, había no obstante surgido, a partir del segundo semestre de 1707, un serio motivo de discordia que amenazaba en ocasiones dar al traste con la dicha conyugal, y que, lejos de atenuarse con el tiempo, iba en aumento según se desarrollaban los sucesos políticos, descubriendo en la obesa Doña Eufrasia veneros de dialéctica y aciertos de improvisación que podían competir dignamente con sus talentos de heráldica y sus maravillosas creaciones culinarias, prez y orgullo de Zaragoza.

Remontábase la discrepancia de criterio entre los esposos a la publicación del memorable Decreto del 29 de Junio de 1707, por el cual Felipe V, a raíz de la victoria de Almansa, derogaba para siempre los famosos fueros aragoneses y valencianos, dando uno de los pasos más graves que se conocen en la historia civil de España, y valiéndose de aquellas palabras dictadas por Don Melchor de Macanaz, amigo muy admirado por cierto de Don Buenaventura Barberán, que decían:

«Considerando haber perdido los Reinos de Aragón y Valencia y todos sus habitantes, por la rebelión que cometieron, faltando enteramente al juramento que me hicieron como a su legítimo Rey y Señor, todos los fueros, privilegios, exenciones y libertades que gozaban... y tocándome el dominio absoluto de los referidos reinos de Aragón y Valencia, pues a la circunstancia de ser comprendidos en los demás que tan legítimamente poseo en esta Monarquía, se añade ahora la del justo derecho de la conquista que de ellos han hecho últimamente mis armas con el motivo de su rebelión... He juzgado por conveniente, así por esto, como por mi

deseo de reducir todos mis reinos de España a la uniformidad de unas mismas leyes... gobernándose igualmente por las leyes de Castilla, tan loables y plausibles en todo el Universo, abolir y derogar enteramente, como desde luego doy por abolidos y derogados, todos los referidos fueros, privilegios, prácticas y costumbres...»

Las discusiones entre los esposos Barberán con motivo de todas y cada una de las anteriores palabras, se hicieron crónicas, arreciando según las probabilidades de triunfo de las armas borbónicas o aliadas, hasta venir a transformarse, después de la batalla de Villaviciosa y la retirada de Sterhemberg a Cataluña, en un franco e insolente triunfo por parte del borbónico Don Buenaventura, que abrió de par en par las puertas de su mansión a los nuevos Oficiales de Felipe V, encabezados por Don Melchor de Macanaz, y en una trágica y aparente resignación por parte de Doña Eufrasia, que suspiraba sin cesar y rehuía siempre que le era posible la conversación de los intrusos, refugiándose con mayor ardor que nunca en sus trabajos de repostería y en el recuerdo de sus vetustos pergaminos, que le mostraban como un ejemplo ancestral el cuartel de su escudo en que figuraba un gato cerval griso, rampante en campo de oro, y debajo una campana sin lengua.

Componíase la familia de los Barberán, además de sus cabezas, de una hija moza, llamada Petronila, de bastante buen parecer, aunque un tanto anémica y por demás nerviosa, que desde niña padecía la manía de enamorarse perdidamente de imágenes o de retratos de personajes célebres, y que, apenas mujer, mostraba una tendencia peligrosa a fijar la atención en cuanto varón bien parecido tropezaba en su camino o era ponderado delante de

ella con alguna insistencia, sin que sus progenitores se diesen cuenta de nada, gracias a la singular habilidad de la jovencita para esconder sus verdaderos sentimientos y engañar siempre que quería a Doña Eufrasia.

Tampoco demostraba ésta mucha penetración respecto de su hijo Bartolito, nacido mucho después que Petronila y feísimo engendro con cara de simio, tan pésimamente educado que resultaba insoportable a todo el mundo, por más que los padres disculparan los defectos del horrible crío con el achaque de las convulsiones que desde muy pequeño le tenían retrasado, convulsiones que, aprendidas a fingir perfectamente por el rapazuelo, apenas tuvo uso de razón, constituían además el pretexto para que la odiosa criatura se saliera con todos sus gustos y no hubiese consentido en aprender nada, salvo un poco de doctrina cristiana que a duras penas pudo meterle en la ruda mollera el confesor de su madre, Fray Juan de Escolano, Prior del Convento de San Ildefonso.

Justamente la simulación de los ataques de Bartolito constituía la causa del favor que Anselmo del Castillo gozaba en casa de Hortigas, pues invitado a visitar al supuesto epiléptico por un fraile capuchino de su amistad, a las primeras de cambio reconoció el astuto andaluz en el accidentado infante que aquel ataque no era de ley, pareciéndose prodigiosamente a los de varios santos de pega y convulsionarios de profesión que él había frecuentado años atrás, en vista de lo cual dióse maña para hacer comprender al vástago de los Barberanes que cesara en su comedia si no quería ponerse enfermo de veras, advertencia que bastó para que Bartolito volviera rápidamente en sí y nunca tornara a privarse delante de Anselmo.



Por tal motivo los agradecidos padres no sabían qué hacerse con el improvisado doctor, ni cómo decidirle a encargarse de la educación del niño, en calidad de ayo, empleo que de continuo le estaban ofreciendo y que Castillo hubiese aceptado ya, a no ser por los atractivos de la torre de Centelles, pero que representaba una solución de reserva para el precavido bellacón si el negocio de las letras marchaba mal o la sobrina de Don Jaime se decidía por fin a casarse con Jenaro.

Concurrían de ordinario a casa de los Barberán personajes no muy divertidos, pero interesantes y representativos de la mentalidad más corriente por entonces en el reino aragonés, contándose entre ellos algunos miembros de la Junta provisional de Gobierno, especialmente Don José Virto de Vera y Don Miguel de Samper, decimoquinto Cronista de Aragón y heredero en tan honorífico cargo de Don José Lupercio Panzano, fallecido en 1705.

El magisterio y la curia tenían lucida representación en Don Miguel Abió y Costa, Canónigo de la Metropolitana y Rector de la Universidad aquel año de 1711, y en Don Tomás Broto y Pérez, Maestrescuela de la Seo, Juez Apostólico de la Santa Cruzada y subdelegado de las tres Gracias, a más de Predicador estimadísimo entre las beatas cesar-augustanas.

Don Diego Franco de Villalba, Abogado de los Reales Consejos, Auditor general de Guerra, representaba junto a Don Buenaventura las modernas tendencias centralizadoras, en compañía de Don Antonio Ferriz y del culto franciscano Fray José Antonio de Hebrera, orador elocuente y panegirista infatigable de santos y Príncipes.

Bastantes caballeros más, todos de filiación borbónica para desesperación de D.^a Eufrasia,

frecuentaban la casa de Hortigas, pero cuando ésta se vestía de fiesta y su propietario agotaba cumplimientos y agasajos, era cuando se dignaba visitarla Don Melchor de Macanaz, residente desde hacía poco en Zaragoza, siempre abrumado de trabajo, siempre locuaz con exceso, siempre batallador y agresivo, siempre convencido de que poseía la mejor cabeza de España, y de que, si le dejaban, lograría poner en orden la hacienda patria, enderezar su política internacional y sacarla del marasmo suicida en que la tenían amodorrada la ignorancia de sus gobernantes anteriores y las demasías autoritarias de la Inquisición y de la Santa Sede.

Doña Eufrasia de Hortigas y Cucalones, católica, apostólica, romana, por los cuatro costados, sufría horriblemente oyendo aquellas jactancias, disfrazadas de anhelos redentores, pero guardaba una actitud impenetrable, cual cuadraba a la sangre de que descendía, refugiándose para disimular sus congojas en el exiguo seno de su amiga predilecta Doña María Andrea de la Coma, sobrina del último Justicia de Aragón Don Segismundo Montes, y tan amante de las ultrajadas libertades como pudiese haberlo sido la propia madre del degollado Lanuza.

Mientras las personas mayores se atormentaban así, la gente joven, es decir Petronila y sus amiguitas, reían y charlaban a escondidas del terrible Bartolito, envidiosísimo de la hermana, confiándose secretos en voz queda y aparentando trabajar en alguna labor de bolillo o frontal de altar, con los oídos bien abiertos a los asuntos que se trataban en la habitación de al lado, donde se discutía generalmente de política, se comunicaban noticias de la guerra o barruntos de la deseada

paz, y, sobre todo, poníase sobre el tapete el magno problema de las innovaciones administrativas que se preparaban en Aragón, para reemplazar el antiguo régimen, innovaciones en que casi todos los concurrentes a la tertulia de Don Buenaventura, comenzando por éste, aguardaban naturalmente alcanzar alguna prebenda que les compensara de los pasados sacrificios y de los peligros a que se vieran expuestos antes de la victoria definitiva de Felipe V.

Por suerte para Anselmo, la tarde de la entrada de los Reyes era mayor la concurrencia que de costumbre y no se encontraba en ella el Señor de Macanaz, llamado a Palacio con motivo de la rendición de Gerona, todo lo cual contribuía a que la atmósfera del primer estrado resultara más despejada que de costumbre, y a que Doña Eufrasia luciera la facundia y el don de gentes que le caracterizaban, deslumbrando a sus huéspedes con un agasajo de chocolate ofrecido en pintadas mance-rinas y con apareados bizcochos y nevados, que nada tenían que envidiar a los de las monjas Catalinas, ni a las de Altabás, y superaban en mucho a los de Calatayud, sin que se omitieran vasos de aguanafe o de hidromiel, acompañados de mil golosinas, ni tampoco dejaran de circular las cajitas de rapé aromatizado con el exquisito orégano de las montañas alto-aragonesas, que tanto complacía al Rector de la Universidad y al maestrescuela de la Seo.

El acto que acababa de celebrarse y las pruebas de amor dadas por los zaragozanos a sus legítimos Reyes, constituían, como era natural, junto con la noticia de la rendición de Gerona, el tema de las conversaciones entre la gente seria, que no cabía en su pellejo de puro contento al considerar

realizadas sus más vivas aspiraciones, esforzándose Don Diego Franco de Villalba en persuadir a los escépticos de que el triunfo final de las armas borbónicas era cosa descontada y de que las fiestas que iban a comenzar serían buenas, aunque no tanto como la magnificencia de Zaragoza las hubiere dispuesto en circunstancias normales, a causa de la desoladora pobreza reinante en todo el territorio aragonés.

Don Miguel de Samper acababa de manifestar, además, muy confidencialmente, que para hacer más ostensible el afecto y el respeto de la Ciudad a Felipe V y a su augusta Esposa, así como el regocijo general por las últimas victorias, la Junta de Gobierno, de que el Cronista formaba parte, le había encargado de la redacción de un libro en que se describieran todas las funciones de la entrada de Sus Majestades: y orgulloso con semejante distinción, que le ponía al nivel de los Zurita y los Argensola, Don Miguel había decidido, para interpretar mejor los deseos conciliatorios de sus compañeros, dedicar el trabajo a la Señora Princesa de los Ursinos, Camarera Mayor de la Reina, pensando que así lograría el volumen más grata acogida en la benignidad de las Augustas Personas.

No era, pues, de extrañar que, deseoso de ensayarse en aquel género laudatorio y alambicado, tan en boga por entonces, se dirigiera a sus oyentes, como si ya estuviera escribiendo, diciéndoles, meloso:

—¡Lástima grande que hallándose exhausto el erario, enteramente destituído el crédito, acéfalo el Cabildo desde la muerte del gran Arzobispo Ibáñez de la Riva, y la nobleza, que fué siempre el nervio más substancial para el desempeño de tan delicados asuntos, parte en Barcelona, y toda

combatida de sus desgracias, no le quedara a esta Ciudad sino el dolor de luchar sus deseos con las imposibilidades, viéndose en la necesidad de acudir al patriotismo de los vecinos, y fiando a su particular cuidado las demostraciones que las desdichas negó al Común, para cuyo fin nos hemos tenido que valer de los mercaderes y de los gremios de artesanos, a quienes significamos tan ingentes motivos, añadiendo que, aunque contemplábamos la miseria en que les tenía oprimidos la prolija cadena de tan continuados trabajos, como los trofeos del amor no son grandes sino cuando se fundan en vencer imposibles, se esperaba del que ellos tenían a Sus Majestades un nuevo triunfo, por crédito del de Zaragoza.

—¡Vamos! —murmuró Doña Eufrasia al oído de su íntima Doña Andrea de la Coma—, que todo ese cascamajeo vale tanto como decir que ellos no se han ocupado de nada, ni sacan del bolsillo un maravedí, y que el pueblo pagará todo, como siempre, aunque la Junta de cataplasmeros cargue con los méritos cerca de los Reyes, si la cosa resulta bien.

Don José Virto de Vera explicaba en tanto la emoción de sus colegas de Junta, y la propia, cuando, en compañía del Deán de la Santa Iglesia Metropolitana, Don Juan Antonio Gil y Añón, dieron vista a la estufa en que venía la Familia Real, acercándose del lado ocupado por el Rey, y Su Majestad les mandó advertir pasasen a la izquierda, donde se sentaba la Reina, nueva y singularísima honra con que el Monarca quiso favorecer a la Santa Iglesia y a la Ciudad, no difiriéndoles, ni aun en aquel brevísimo espacio, la suma felicidad de ponerse a los pies de tan insigne Soberana.

—Pues ¿y cuando nuestra Señora mandó bajar el vidrio de aquella parte, escuchando con la expresión más apacible del mundo las arengas del Señor Deán, del Conde de Montemar y de nuestro Presidente? —interrumpió Don Miguel de Samper—. ¡Todos nos quedamos admirados del agrado de la Reina durante aquella función, que casi alcanzó una hora, y más aún de la Majestad con que al terminarse nos extendió la augusta mano, que reverentes besamos todos!

—¡Aparateros!, ¡jusepicos!, ¡lenguatudos! —secreteó Doña Andrea de la Coma, junto a la oreja de la Barberán—. ¡Lejos están los tiempos en que el Duque de Anjou no se atrevía a entrar en Zaragoza cuando se dirigía a Barcelona con el vano intento de rendir aquella ciudad, y todo eran bur-las respecto de su persona, poniéndole como un peal los que más le ensalzan hoy!

—¡Como que apenas van cumplidos cinco años de la jornada de los Inocentes! —susurró Doña Eufrosia—. Pero hable abonico amiga, que hay quien no nos saca los ojos de encima para descubrir lo que decimos.

El Maestrescuela de la Seo continuaba, empero, los discursos laudatorios, describiendo cómo el Príncipe de Asturias, que venía sentado a la parte de los caballos, les había alargado su manecita, con tan airoso y advertido gracejo, ladeándose a los que le hacían el debido obsequio, que mereció el especial reparo de la Reina, haciendo exclamar a Su Majestad: «¡Con qué gracia alarga el Príncipe su mano!».

—¡Y al contemplar aquel brioso movimiento —corroboraba el Cronista de Aragón—, aquel agregado de perfecciones y aquel bellissimo depósito de tantas y tan felices esperanzas, fué tal

el golpe que dió en nuestra fantasía esta avenida de reflexiones que, no dejando lugar al tiempo para explicarnos con palabras, nos socorrieran con lágrimas los ojos, destilando en sílabas de cristal, conceptos y corazones, todo el espacio que duró la jornada!

Semejante lenguaje, tan del gusto de quienes lo escuchaban absortos, colocó sobre el tapete la conversación de los Reyes y de su instalación en el Palacio de los Gigantes, así como del adorno de éste con los muebles más aparentes que se encontraran en la ciudad, facilitados por particulares y por el Vicario General del Arzobispado.

Justamente se encontraba en la reunión uno de los cinco miembros de la Comisión nombrada por la Junta para el anterior efecto, que se llamaba Don Manuel de las Follas, y, gracias a él, pudo saciarse la curiosidad de las señoras con la descripción del arreglo de las habitaciones Reales, así como del de las destinadas a la Camarera Mayor, sin olvidar pormenor, ni siquiera la cantidad de combustible que la ciudad procuraba diariamente para el servicio de Palacio, consistente en dos cargas de leña y dos arrobas de carbón, que recibía el mozo de Cámara, monsieur Lamberto.

Por lo demás, nadie se quejaba del Rey, quien durante los días que permaneciese solo en Zaragoza, esperando la llegada de su esposa, habíase limitado, fuera de las obligadas visitas al Pilar y Seo, a salir de paseo por los olivares del camino de Madrid, sin hablar mucho y pareciendo conforme con todo, cosa que no sucedía a muchos de la casa de Su Majestad, especialmente al Señor Conde de Aguilar, persona de muy mal genio, que, enojado por el frío de sus habitaciones, había exigido con muy groseros modos le propor-

cionara la Junta 60 varas de estera de junco, pretensión a que se proveyó en seguida, con objeto de evitar descontentos y reconvenciones.

—¡Y si fuera eso sólo! —exclamaba Don José Virto de Vera—. ¡Pero hay que ver la de personajes que acompañan a Sus Majestades, el mal concepto que contra nosotros traen, y lo que representa tener que alojar, además, a todo el ejército y a los Señores Generales, principiando por el Señor Duque de Bandoma! Aunque a la verdad nos molesta bien poco Su Alteza, pues, con achaque de gota, casi no se mueve de la cama desde que llegó, ni devuelve visita, y como aun no está muy corriente en el uso de nuestra lengua, siempre se vale de intérprete para las audiencias, con lo que éstas resultan más breves.

—Lo cierto es —añadió el dueño de casa— que por falta de huéspedes ilustres no nos podemos quejar, ya que nunca se vió en la cabeza de Aragón un concurso semejante de Próceres, y con haber tanto palacio vacío, aun faltan para la comodidad de nuestros visitantes. Dígalo si no, el Señor Generalísimo, que se aloja en el de Sástago, y el Señor Mariscal de Campo Conde de Montemar, que se ha instalado en el de Fuentes, y el Marqués de Castelar, Intendente general del Ejército, que vive en el de Fonclara, y...

Aquí llegaba Don Buenaventura Barberán en su pomposa enumeración, cuando un horrisono estrépito, seguido de gran algarabía de voces, cortó su discurso, haciendo correr a todos los invitados hacia los balcones de la casa con objeto de averiguar el motivo del escándalo, que no era otro sino el de darse principio a la iluminación del Coso, para seguir divirtiéndose la concurrencia con el espectáculo de la Pandorga, que constituía el ob-

sequio dispuesto aquella noche en homenaje a la llegada de los Soberanos.

Trescientas hachas repartidas en las vallas anteriormente descritas, y doscientas en los corredores y balaustres del segundo cuerpo de los arcos y en el extremo de sus adornos, hacían consonancia para la vista con las luces bajas, distribuídas en dos líneas paralelas, que daban vuelta al palenque, aunque tan brillante armonía de los ojos durara brevísimo rato compuesta, porque, aumentando el viento, no tardaron en apagarse las luces y el gusto.

En vano los que corrían con aquella incumbencia porfiaban por restituir las a su esplendor, pues, aunque podían lograrlo en algunas, no lo conseguían en todas, donde estaba el primor de la fiesta, y así substituyóse al cabo el proyectado lucimiento con cien globos transparentes, que, pendientes en el aire y perpendicularmente en el centro del circo, lo iluminaban y alegraban todo, pues lo que borraba la defensa a las luces compensábase con la variedad de los colores.

Acurrucado entre algunas damas, cuyas pesadas faldas, sin faltar a la honestidad, proporcionábanle agradable calor, y comenzando a sentir aquella especie de intoxicación que sobre un vagabundo natural producía siempre la vecindad de las grandes multitudes, permanecía mientras tanto Anselmo del Castillo, muy entretenido en curiosear los espaciosos balcones del Palacio de los Gigantes, por donde aparecían y desaparecían incesantemente grandes y pequeños Oficiales de las Casas de Sus Majestades, aunque sin vislumbrar entre ellos la olímpica figura de Doña Matutina Fernández de Solís, cuando las jovencitas que le rodeaban y no se habían dado cuenta de su pre-

sencia allí, comenzaron a charlar en voz muy recatada, dirigiéndose a Petronila, la enamoradiza hija de los señores de Barberán, para contarle que, antes de llegar a su casa aquella tarde, como a la altura del lugar llamado la Horca, en el mercado, habían estado a punto de ser atropelladas por un coche muy lujoso, y que, como el susto les hiciera prorrumpir en gritos y lamentos, el ocupante del vehículo habíase creído en el caso de apearse e ir a presentarles sus disculpas, con las palabras más finas que ellas pudieran imaginar ni libro de novelas repetir en sus páginas laminadas.

—¡Qué dije de caballero, y qué modos, amiga! —decía una—. ¡Si le hubiesen llegado a ver, te aseguro que...! ¡Ni en la casa de comedias he visto nunca galán que se le pareciese!

—¿Te acuerdas, Petronila —insistía otra—, de aquel inglés que nos agradaba tanto, la segunda vez que pasó por Zaragoza el Archiduque, y que se llamaba Lord Ramsbockle?

—Sí, sí; pero no alces tanto la voz, ni me hagas cegalletas con los ojos, y finge mirar al tablado de abajo donde bailan esa danza de matachines, porque de seguro que anda por ahí escondido el cucharete de Bartolito, y como es más malo que Geta, si nos escucha lo que decimos irá en seguida con el cuento a mi Señora madre.

—¡Ave María! ¡Como si de esa historia y de todos tus embelesamientos no estuviera enterada Doña Tambora mejor que nosotras!

—Bueno —continuaba explicando la zaragozanita—, pues el Lord, con ser tan arrogante como era, no tiene comparación con éste de quien te estamos hablando. ¿Verdad, Engracia?

—Es otro tipo muy distinto, más fino, más pe-

queño de estatura, con facciones muy delicadas y una piel morena pálida, como de terciopelo, que parecería de mujer a no ser por la mirada de los ojos, que resulta bien de varón.

—¿Sabes a quién se da un retiro? A esos pajes que copian los paños de ras de la Seo, muy alargados y sin color en el rostro.

—No, mujer; de quien es el vivo retrato es de la imagen de San Miguel que hay en el centro del retablo de su parroquia: sólo le falta la aureola y las alas.

—¿Y qué pasó después? —preguntó interesada ya la hija de los Barberán.

—¡Mírala, como empieza a desarguellar, la anieblada! Pues nada, que se ofreció para servirnos y nos dijo que era recién llegado y que venía de Nápoles. Pero a señora tía, le pareció que la conversación duraba demasiado y nos trajo a rastro, dejándole con la palabra en la boca.

—¿Hablabas español?

—Naturalmente, mujer. ¿Cómo quieres si no que nos entendiéramos?

—¿Y no dijo su nombre?

—Sí, porque se lo preguntó Engracia. Se llama el Marqués Caracciolo, y piensa permanecer aquí mientras queden los Reyes, pues el objeto de su viaje consiste en hacerles la corte, ya que no puede volver a Italia mientras manden allá los alemanes.

—¡Será algún noble arruinado que viene a pretender empleo!

—No lo parece, a juzgar por el vestido que llevaba. ¡Qué casaca tan preciosa!

—¡Y qué encajes!

—Pues ¿y los botones de diamantes, que parecían finos?

—¡Mejor que nada era la capa de grana, que manejaba con tanto garbo!

—A mí lo que más me llamó la atención fué el olor a sándalo que se desprendía de toda su persona.

—¡Cualquiera que os escuchase, pensaría que es el primer hombre que habéis visto!

—¡Eso lo dices de dientes, pues a caldos de cabeza nos ganas, mal que le pese a tu aire de santica que no parece sino que estás pensando siempre en las avutardas!

—¿No se encontrará en algún balcón de Palacio?

—No; ya le hemos buscado y no damos con él. Lástima que no le conozcas, porque el día que le veas...

Aquí se interrumpió de pronto la sabrosa charleta de las doncellas, con la inopinada presencia de Doña Eufrasia y Doña Andrea, madre y tía, respectivamente, de las atrevidas habladoras, que comenzaron a increpar a éstas en términos violentísimos, por su descomedida manera de expresarse y de referirse sobre todo al sexo contrario.

—¡Pero vamos a ver, descocadas, candeliteras, pellejanas!, ¿dónde habéis aprendido a emplear en vuestra conversación esos términos tan inmodestos —interrogaba inquisitorial la sobrina del último Justicia de Aragón.

—¿Y quién os ha autorizado a injuriarme, llamándome D.^a Tambora?— rugía la descendiente de los conquistadores de Huesca.

Las niñas, consternadas por la sorpresa y próximas a echarse a llorar, protestaban de que les habían oído mal y de que se referían a San Juanico, esforzándose vanamente en adivinar quién podía ser el soplón que les hubiera traicionado cerca

de las matronas, hasta que, surgiendo cual volatinero diabólico por detrás de las robusteces de Doña Eufrasia, apareció ante los indignados ojos de sus víctimas la esmirriada figura del raquítico Bartolito, quien con gesto de pillete redomado les hacía la mamola a todas, estremecido de júbilo.

Anselmo, expectador mudo de la escena, y compasivo con cuantas debilidades ofrecía el mundo, creyóse en el caso de intervenir para evitar contingencias carcelarias, y, reuniendo todas sus fuerzas, comenzó a gritar desaforadamente:

—¡La Pandorga!, ¡la Pandorga!

Y ante aquel mágico anuncio, unos y otros bandos depusieron sus rencores y aplazaron sus querellas, como si aceptaran tácitamente la tregua que las circunstancias les ofrecían, para templar las armas y volver después al combate con redoblada energía, mientras el empecatado Bartolito, aprovechando la oportunidad y burlando la materna vigilancia, deslizábase silencioso, escaleras abajo, hasta la rúa, en busca de quién sabía qué perversas emociones callejeras.

VI

Efectivamente, las voces de Anselmo no resultaron engañosas, pues, viniendo de los arcos situados a la parte del Convento de San Francisco, divisábanse ya desde lejos las extravagantes figuras de que se componía el desfile, extravagancia que no hizo sino aumentar a medida que el cortejo íbase acercando hacia el Palacio de los Gigantes, en medio de las aclamaciones y las risotadas del público.

Componíase el festejo de muchas danzas, muchas músicas y muchas inventivas, diferentes todas entre sí, lo mismo en acción que en trajes e instrumentos, de cuyas partes desemejantes formaban los antiguos un solo agregado, pareciéndoles que no se explicaba el contenido grande si no pasaba la raya de la locura, por lo que a tal espectáculo le dieron el nombre de Pandorga, constando de cuatro cuadrillas que nada tenían que ver una con otra.

En la primera iban bailando gigantes y caballitos, que con brincos y saltos hacían calle para pasar lo que se esperaba.

Seguía una danza de gitanos, ataviados no tan

rica como vistosamente, porque la copia de cintas, garzotas y oropeles formaban un compuesto de diversión notable, y más sus varias mudanzas, pues con espadas, arcos y bastones hacían habilidades primorosas, sin dejar de ser vulgares.

Inmediatamente venía otra comparsa vestida de preciosas galas, aunque también en el modo grotesco, porque precedíale un grupo representando un Cupido, jocosos en el traje, arco, carcax y flechas, con ademanes de disparar festivamente su aljaba, acción que según el Padre Hebrera, concurrente a los balcones de la casa de Hortigas, provocaba tanta risa como del Cupido serio habían hecho llorar los escarmientos, para que hubiera su Heráclito y su Demócrito en aquel afecto, como lo había en las opiniones.

Traía prendida en la cintura el cómico dios del amor, una colonia encarnada, con que de uno y otro lado enlazaba a ocho personas en proporcionadas distancias, quienes tejiendo en diferentes mudanzas varios lazos, ni perdían ni se enredaban en el que iban presas, rematándose esta novedad con otra no menos extraña, pues se componía de ocho dueñas y otros tantos matachines, con vestidos ridículos y visajes correspondientes a los vestidos, que bailaban un paso distinto del que les tocaban, porque en todas las cuadrillas habíase estudiado el modo de componer una armonía de la disconformidad, como la observaban los instrumentos que les acompañaban, pues mezclados laúdes, cítaras y vihuelas, con gaitas, salterios, tamboriles y sonajas, hacía cada una de sus partes proporción de correspondencia, y cuando el bullicio o el acaso destemplaba tal orden, llevando aquella fiesta por objeto a la risa, todo lo que conducía a ella era lo que mejor sonaba.

Hacían luz a estas tropas sesenta hachas conducidas por leones, salvajes de yedra, tigres y otras fieras, con monstruos de los que inventó la fantasía de las fábulas o produjeron los terrores de la naturaleza.

Al mismo tiempo que se representaba tan curiosa deformidad, inundábase de fuegos artificiales el Coso, parte por los que arrojaban los vecinos, y parte por los dispuestos para divertimento público, consistentes éstos en líneas cruzadas diagonalmente, que tejían la calle por la parte superior de los edificios, corriendo a la vez cartillas por todas, que, cruzando y volviendo, formaban labores de fuego, sin que por ello dejaran de arrojarse incesantemente desde tierra voladores de gran tamaño, que, al estallar en el aire y dar luz a sus multicolores sorpresas, hacían exclamar al Padre Broto en el balcón de los Barberán:

—¡Reparad si no parecen esas bombas el aborto de monstruosos meteoros en la atmósfera, ya que no la mentira de nuevas estrellas en el firmamento!

A lo que retrucaba Don Diego Franco de Villalba:

—Mejor diría yo, generalizando, Reverendo Padre, que la luciente travesura de los cohetes, o abraza lo más elevado de la esfera en sus giros, o se hace por el suelo encendida sierpe, alterando festivamente el melindre de las viandantes.

Con tan estruendoso aparato, llegó la máscara a ponerse delante de los balcones del Real Palacio, donde divididas las cuadrillas, aunque juntas en aquel circo, hicieron una folla, manifestando a un mismo tiempo su extravagancia, su destreza y su alborozo.

Bailaban con sin igual encarnecimiento los far-

santes, mezclándose las cuatro cuadrillas entre sí, en medio de los aplausos y las risotadas de la muchedumbre; estallaban por los aires las bombas, al mismo tiempo que los buscapiés deslizábanse rampantes por donde más espeso se veía el concurso, provocando chillidos y carreras con sus sorpresas; los ventanales de todas las casas, iluminados y repletos de concurrencia, constituían otros tantos focos de animación, desde donde se divertían los asistentes en increpar a los bailarines de la Pandorga; el Palacio de los Gigantes, dejando escapar torrentes de luz por todos sus huecos, permitía adivinar a las Majestades españolas sentadas detrás de los vidrios del balcón principal y acompañados de los altos Jefes y Generales, en tanto que la Corte entera se amontonaba por los restantes; y hasta las galerías corridas de las casas, debajo de los salientes y tallados aleros característicos de las mansiones zaragozanas, ofrecían cómodo refugio a sirvientes y gente de poco pelo, que, sintiéndose en sus glorias, gesticulaban desde arriba, gozando del espectáculo y uniéndose al regocijo y despreocupación generales con ruidosas manifestaciones de contento.

Unicamente Doña Eufrasia de Hortigas permanecía inquieta y desasosegada, no obstante el bullicio dominante, recorriendo de arriba abajo la casa en busca del indómito fruto de sus entrañas, que hacía tiempo echaba de menos, sin que ninguna de sus diligencias policiales le permitiera descubrir dónde podía encontrarse el desagradable arrapiezo.

Cansada, al fin, la corpulenta humanidad de la matrona de moverse en todas direcciones, y presintiendo su exaltada imaginación catástrofes inauditas o mutilaciones espantosas en el heredero

de los Barberanes, dejóse caer sin fuerzas en el primer sillón frailerero que le ofreció sus brazos, casi a la par que las agudas voces de Petronila y de las sobrinas de Doña Andrea la conminaban desde el balcón, repitiendo triunfantes y despiadadas:

—¡Doña Eufrasia! ¡Señora madre! ¡Venga su merced y vea dónde se encuentra su hijo! ¡Repare, repare lo que hace su adorado Bartolito y entre qué gente se desenvuelve a gusto!...

La descendiente de los Cucalones se precipitó hacia donde la llamaban aquellas Euménides de tontillo, y al dirigir los patricios ojos al tablado del Coso, pensó cegar de ira y de vergüenza contemplando a su ídolo, a la luz de su corazón, al menor de veinte generaciones de caballeros, a Bartolito, en fin, disfrazado de animal prehistórico e inclasificable, bailando sobre el Jarimón y haciendo toda clase de muecas ridículas para divertir al público, en compañía de una docena de gaudules que, pasmados por la fealdad del chiquillo, lo mostraban a la regocijada multitud con groseros comentarios, como si se tratara de algún fenómeno llegado de países lejanos, repitiendo a voz en cuello el estribillo maldito: ¡Baila mono, baila! ¡Baila mono, baila!...

Doña Eufrasia quiso protestar, quiso correr, arrancar a su hijo de manos de la canalla, imponerle allí mismo un castigo ejemplar, e intentó dar algunos pasos en dirección a la puerta; pero las fuerzas le faltaron en medio del camino y, soltando un gran resoplido, con que parecía iba a entregar el alma, cayó cuan larga era en brazos de las personas más próximas, mientras algunos eclesiásticos, acompañados de Don Buenaventura, bajaban presurosos a la calle para rescatar al mons-

truo y encerrarle en el más obscuro de los aposentos de la casa.

Anselmo del Castillo, que había comido y bebido cuanto necesitaba, y que sentía hormigueos por todo su cuerpo pensando en los atractivos inefables de la libertad y de las apreturas, consideró por su parte llegada la oportunidad de eclipsarse, y, aprovechando la confusión que reinaba en la casa, eliminóse de ella, fingiendo que acompañaba hasta el Coso al Señor de Barberán, y perdiéndose a poco astutamente entre el gentío para acabar mezclándose con los grupos que rodeaban y hacían coro a la Pandorga.

VII

Fenecida ésta, y terminada la alharaca frente a Palacio, el éxito que en la triste austeridad de la existencia zaragozana acababa de obtener tan ruidoso desfile no permitía ciertamente que se disolviera allí la fiesta aquella noche, ni que dejaran de disfrutarla los demás vecinos y los barrios populares como San Lorenzo y San Pablo, razones por las cuales, finiquitada la falla triunfal y antes de que se acallaran por completo los aplausos de la enorme concurrencia congregada en el Coso, procedieron a formarse de nuevo las cuadrillas, emprendiendo a poco una peregrinación por la ciudad, seguidas de toda la chiquillería y de la mayor parte de los forasteros acudidos de los pueblos comarcanos, que no se cansaban de admirar un espectáculo tan en armonía con sus gustos e inclinaciones naturales.

La ausencia de los disfrazados y el obscurecimiento y cierre paulatino de las casas, junto con la extinción casi total de hachas y luminarias, no constituían, sin embargo, causas bastantes para obligar a retirarse a los habitantes de la ciudad, muchos de los cuales continuaban en las calles,

juzgando acaso que recogida la gente sería comenzaba el momento de las aventuras, y no queriendo perder la ocasión de dar rienda suelta a sus inclinaciones viciosas, contenidas habitualmente por la severidad y monotonía de la vida cesar-Augustana.

Efectivamente, a la media hora de desaparecer la Pandorga, el público que transitaba por el Coso era en absoluto distinto del anterior, o por lo menos dejaba distinguir mejor su aspecto al encontrarse más espaciado y a sus anchas.

Militares de todos los cuerpos acuartelados en la ciudad, especialmente Guardias de Corps y Walones, con sus trajes de gala y sus amplios capotes; estudiantes, maestros en trapajes, de los de bonete en la oreja, sotana raída y manteo verdinegro, que desalojados del Estudio General convertido en albergue de los Guardias de Infantería durante la Real jornada, recorrían el barrio en busca de ocupaciones imprevistas, cobrando de vez en cuando fuerzas con un alto en las tabernas de puchero y taza que les salían al paso; alguna que otra familia retrasada en la tertulia, que cruzaba la calle precedida por escudero con farol, y que caminaba apresuradamente, muy reunidita en apretada pella, para evitar encuentros peligrosos o galanteadores de profesión; corrillos estacionados, no obstante el frío, junto a la casa de Comedias, en que primeras damas y sobresalientas de la compañía contratada por la Junta de Gobierno fraternizaban con barbas y galanes, coreados por un círculo de admiradores sin blanca y un enjambre de capigorriones del Pindo o escarabajos de Castalia.

Alternando con mozos rondadores y embozados, bajo cuyas capas escondíase la vihuela o el guitarrico, vagueaban menestrales endomingados y

jaranistas, que creían de obligación recogerse a sus hogares lo más tarde posible como prueba de lo mucho que habían gozado en la fiesta; y no escaseaban, por cierto, los lindos alechugados, ni los hidalgos de más pretensiones que realidades, mezclados con rufianes vagabundos y tahures desocupados, que abordaban al pasar a las tapadas con desenfadada experiencia de manos y lengua, presintiendo bajo el manto de aquellas sirenas de respigon, busconas o daifas del agarro, venidas a Zaragoza al olorillo de la Corte, cuando no alguna colegiala escapada por pocas horas de las universidades del mal vivir que existían en la calle de Bonaire o de las Doncellas.

Moviéndose entre tan varias unidades como el pez en el agua, y considerándose fundadamente más en su elemento allí que dentro de la casa de Barberán y aun que en la torre de los Centelles, no obstante toda su veneración por Casilda y todos los anhelos purificadores y regeneradores abrigados pocas horas antes, recorría Anselmo la larga distancia comprendida desde el Palacio de los Gigantes hasta la Universidad, sin cansarse del paseo, meditando programas fantásticos y sintiendo incomparable placer en gustar, después de tanto tiempo de forzado aislamiento, las sorpresas del callejeo en una población grande, a una hora avanzada de la noche, y libre en absoluto de la preocupación de que alguien o algo reclamara su asistencia en otra parte.

Dueño de volver a examinar a gusto el texto de los cartelones y tarjetas que se multiplicaban por todos lados, aunque impedido de lograr sus deseos en la mayoría de los casos por haberse apagado ya las luminarias oficiales, deteníase a veces el Píscator de Sevilla ante las poesías perpetradas

por las Comunidades cesaraugustanas en honor de Sus Majestades Católicas, y, cuando lograba descifrar el contenido de alguna de las más triviales, reía desenfrenadamente, agarrándose las caderas con las manos o pegando brincos de arlequín para manifestar de algún modo el regocijo que como hombre de letras le producían aquellas insensateces.

Hubo una singularmente, ya cerca de la casa de comedias, que le obligó a detenerse largo tiempo delante del jeroglífico que la encabezaba, sin percatarse de que, atraídos por su extraña actitud, dos soldados de la Guardia italiana habíanse ido aproximando poco a poco desde la calle del Refugio, hasta pararse junto a él, y cuchicheaban entre sí, volviendo de vez en cuando la cabeza hacia las tinieblas de donde acababan de surgir.

Representaba la pintura a Penélope, con su hijo Telémaco, en actitud de recibir a Ulises, restituido a sus ojos después de tantos trabajos, con el lema de Virgilio: *Laborem dulce lenimen*, y debajo de la escena una letra que decía:

¡Qué dulcemente descansa
Nuestro Rey de sus trabajos,
Al ver las gracias del hijo
Y de la esposa el agrado!

—¡Magnífico!, ¡soberbio!, ¡enternecedor! —repetía el falso Domingo de Triana, fingiendo la mayor seriedad delante de los militares—. ¡Apostaría cualquier cosa a que tan profunda sentencia procede del venerable cacumen de mi docto amigo el Maestro de novicios de San Francisco, Fray Bernardino Barba! ¿No les parece a los Señores Guardias la mejor y más original cosa que se ha escrito en estas fiestas?...

Los guardias, que debían de andar muy ayunos de letras, miráronse sorprendidos, como quien aguarda otra pregunta, o tropieza con un loco, y ya iban a continuar su camino sin responder, cuando detrás de ellos escucháronse pasos, acompañados de ceceos, y alguien exclamó distintamente:

—¡Míralos!... ¡Allí están!

Acto seguido uniéronse al grupo tres embozados que aparentaban imitar la conducta de Anselmo, recorriendo las inscripciones del tablado mientras examinaban disimuladamente al astrólogo, para descubrir sin duda con quién se las tenían que haber, hasta que uno de ellos, el que parecía principal, dirigiendo una seña de inteligencia a los otros y dejando caer la capa para mostrar el rostro, se adelantó hacia Castillo, exclamando con voz alegre, aunque algo chillona:

—Pero ¡qué es lo que veo! ¡Si el compañero de estos valientes hijos de Marte es nada menos que Don Domingo de Triana, vate inspiradísimo, de cuyas ausencias estaba yo justamente lamentándome ayer sin acertar a explicármelas! ¿Y que hace por aquí el amigo predilecto de las musas? ¿Estorbamos acaso con nuestra presencia alguna aventura picante que se espera en esta remozada y desconocida César-Augusta?

La persona que así se expresaba, acompañando su discurso con toda clase de muecas y sonrisas, entre insinuantes y cómplices, era nada menos que el Ilustrísimo Abate Don Artal Gutiérrez de Luna, Bailío de Santa Eufemia en la Orden de San Juan de Jerusalén, Señor del Honor y las Baronías de Puértola y de Sos, Abad de Rocamados y de Siétamo, Comendador de la Villa de Ambel, Alcaide perpetuo del Real Alcázar de Huesca, Señor de Almudevar, Miero y otros muchos lugares,

vástago segundón de una de las más linajudas familias aragonesas, y residente por entonces en Zaragoza, donde habitaba cierto palacio situado en la plaza de San Felipe, no lejos del Torreón de la Casa Fortea, que formaba parte del pingüe mayorazgo recién heredado por muerte sin descendencia de su tía y madrina Doña Elfa de Luna.

Alto, grande, muy buen mozo, aparentando unos treinta años, palidísimo de rostro y exageradamente aliñado en el peinar y vestir, constituía Don Artal un curioso producto de su época, en el que se podían disimular no pocas cosas gracias al indudable señorío y perfecto dominio del mundo que le distinguían, así como al ingenio y a la amabilidad de trato que ni sus más encarnizados enemigos tenían la pretensión de negarle.

Relacionado con Anselmo del Castillo, por haberle encontrado alguna vez en el zaquizamí de Samuel Roca, donde el Abate concurría de tapadillo para conseguir algunas recetas de manos de Feliche, amén de comprar cuantos libros escandalosos llegaban de Holanda o Francia, y atraído por el tufo a picardia que trascendía del buscón en cuanto se trataba un poco con él, había procurado su confianza e intimidad, aunque sin conseguir una ni otra, por haberse percatado también Anselmo, desde las primeras palabras de Don Artal, de los peligros a que podían exponerle sus relaciones con tan comprometedor personaje.

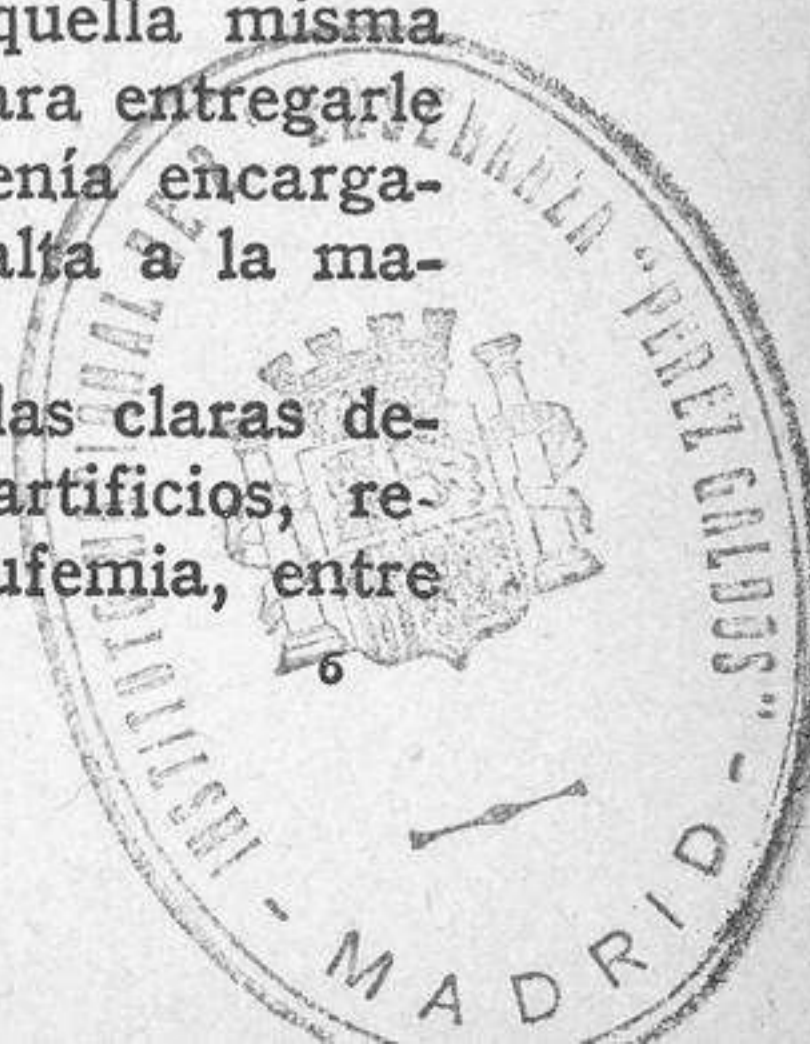
Lejos de desalentarse ante aquellas resistencias, harto conocidas y frecuentes, ni desistir en su empeño, solía el infanzón prodigar delante de Samuel y la contrahecha hija mil elogios sobre la agudeza y prendas de Domingo de Triana, encargándole que le guardaran cuanta relación o jácara saliese de la pluma del bellacón, ignorando, por suerte, que

tras aquel nombre se escondía el misterioso Piscator de Sevilla, autor del Lunario que más había gustado hasta entonces a Su Señoría, muy aficionado al género; y cada vez que se topaba por la calle con el hijo del milagro, acercábasele y desplegaba en su honor todas las zalamerías propias del caso, esperanzado en que alguna vez podrían obtener el resultado apetecido, unciendo al remolón en el carro de sus familiares.

Por tales razones, el inesperado encuentro de aquella noche, en pleno Coso, pareció a Don Artel la más dichosa de las coyunturas para lograr sus propósitos, iniciando acto seguido, y mientras los otros dos embozados y los guardias desaparecían calladamente, un ataque de amabilidad en toda regla, encaminado a convencer a Castillo de que les acompañase también hasta un lugar cercano, donde se cenaría y cantarían hasta el alba, ya que aquella noche no rezaban ordenanzas ni prohibiciones hipócritas, por celebrarse la entrada de Sus Majestades y alcanzar a todo el mundo el festejo.

Indeciso Anselmo y seducido en parte por el programa que detallaba el Abate, demoraba en decidirse, haciéndose de rogar y alegando excusas de distinto orden, hasta que, violento por una indicación demasiado precisa de Don Artal y deseoso de verse libre, se le ocurrió manifestar, como hubiese podido decir cualquier otra cosa, que tenía precisión ineludible de visitar aquella misma noche la zahurda de Samuel Roca para entregarle ciertos originales de versos que le tenía encargados y cuyo importe necesitaba sin falta a la mañana siguiente.

Picado por la excusa, que bien a las claras demostraba la ineficacia de todos sus artificios, replicó entonces el Bailío de Santa Eufemia, entre



agrio y dulce, aunque sin perder la cortesanía habitual de sus maneras.

—¡Pues nada, hijo; si es así, que te diviertas mucho en la visita y saques buen provecho de ella! No te olvides además de presentar mis felicitaciones a la jorobeta, porque hace un rato, antes de encontrarte, otro amigo mío me desairó también con el pretexto de ocupaciones en el mismo palacio. Menos mal que como se trata de un real mozo, y con muchos ducados que gastar, es de suponer que no haya ido a la imprenta por los encantos de Feliche, sino más bien por solicitar de su ciencia algún bebedizo o encartamiento.

¡En fin, cada cual corra con el gusto que le acomode! Por lo que a mí toca, no acostumbro a obligar a nadie que siga los míos; y para que veas que no soy rencoroso, te advierto que mañana por la noche recibo en mi casa a las personas que quieran honrarla después de la máscara que preparan los mercaderes en honor de Sus Majestades, así que si te viene bien, ya lo sabes: y descuida, que allí encontrarás desde Dignidades Eclesiásticas hasta Príncipes. ¡Ea! ¡No te detengo más, porque también a mí me aguardan para otros menesteres y hasta puede que ya me estén echando de menos! Conque, ¡agur!...; ¡pasarle lo mejor que se pueda!...

Y embozándose con gracia en la amplia capa que disimulaba por completo su persona, alejóse el galante Abate en la misma dirección que tomaran poco antes sus compañeros de correría, moviendo jacarandoso el cuerpo, sin preocuparse de las miradas con que seguían sus pasos algunos de los transeúntes ni detenerse a responder las pullas con que los más insolentes intentaban molestarle.

VIII

Fuera sugestión causada por sus propias palabras, necesidad de confirmar éstas con la acción, o consecuencia del afán de seguir vagabundeando por callizos y callejas, antes de recogerse en algún asilo de perdición más acorde con sus gustos que la posada del Abate, lo cierto fué que Anselmo, a poco de volver a quedarse solo, abandonó el Coso por la calle de San Cristóbal, hundiéndose en las tinieblas de la de la Verónica y continuando, casi sin darse cuenta, hasta la del Limón, frente por frente de la casa del Talmud, conocida generalmente bajo el nombre de Palacio de Sora o de San Dominguito del Val.

Una vez allí detúvose indeciso y, a poco, como quien se confirma en una resolución súbita, enderezó sus pasos hacia la calle del Salvaje, por la Alta de San Pedro, dejando atrás el Arco de la Compañía, perteneciente al Colegio de los Jesuítas establecido en aquellas inmediaciones, donde antaño funcionaron las escuelas de gramática de la Sinagoga cesaraugustana.

Suponiendo que a tan avanzada hora encontraría cerrada y a obscuras la vivienda de los Roca, inter-

nóse, por puro gusto, en el callejón sin salida donde habitaban los impresores y, una vez allí, apenas si pudo contener una exclamación de sorpresa contemplando las líneas de luz que se filtraban por los resquicios de las maderas que tapaban el ventanuco exterior de la casa, prueba evidente de que aun se velaba en ésta, o de que Samuel y su hija recibían alguna visita de importancia.

Despertada su curiosidad, avanzó entonces Anselmo hacia la casucha, repiqueteando con los nudillos en la puerta de un modo especial, a cuya señal no tardó en acudir el propio dueño del establecimiento, rezongando protestas por las horas inusitadas de venir a molestar a una familia honrada, y conduciendo entre toses y gargajeos al importuno hasta el único cuarto abierto a la curiosidad de los extraños.

—Bueno —manifestó desabrido el viejo, mientras colgaba el candil de un garabato sujeto en la sucia pared y dirigía disimuladas miradas hacia otra puertecilla cerrada que comunicaba la tienda con las habitaciones interiores—. Ya que estás aquí, sepamos lo que te trajo esta noche, y a ver si despachas prontito, porque tengo un sueño que se me cierran los ojos, y antes de acostarme, ya que la casualidad te hizo venir, necesito hacerte un encargo que podía proporcionarte alguna ganancia.

Samuel Roca, de ascendencia posiblemente hebrea, pertenecía a una familia de origen español radicada durante el siglo XVII en el mediodía de Francia, y que, atraída por las ventajas de toda clase que ofrecía entonces España, y singularmente Aragón, al comercio de los extranjeros, habíase establecido, poco antes de la muerte de Carlos II, en Zaragoza, con una pequeña imprenta, donde

aspiraba a emular los primores de los Malo, los Magallón, los Revilla y los Carrera, famosos editores cesaraugustanos por aquella época.

Pequeño, hasta merecer el apodo de *Petacul* con que le distinguía la chiquillería del barrio, casi albino, de faz rojiza y arrugada, con unos ojillos muy pitañosos que nunca miraban de frente y un carácter hosco y reservado que no admitía intimidades ni confianzas, rehuía por lo general Samuel el trato de sus iguales y aun el de toda clase de personas, permaneciendo casi siempre metido en su covacha con el achaque de pertinaces romadizos que le obligaban a vivir bajo una verdadera corteza de chales, abrigos y mantas, mientras su hija Feliche, en cuyos talentos confiaba plenamente el viejo, atendía a la clientela y concertaba toda clase de negocios.

No significaba lo anterior que el impresor dejara de poseer condiciones portentosas para extraer dinero de las personas más reacias, ni de que su inteligencia careciera de pulimento para discurrir sobre cualquier asunto, pues a veces, cuando le venía en gana, demostraba instrucción poco común y, si por algo pecaba, era por la acritud de sus juicios o el pésimo concepto que tenía formado de todo el mundo, exceptuando su hija, a quien consideraba imposible de engañar y cuyo parecer solía citar como el más inapelable de los testimonios.

Menos que mediana era en cambio la reputación de que ambos Roca gozaban en la ciudad, donde se les consideraba generalmente peligrosísimos partidarios del Archiduque y agentes secretos de los personajes rebeldes más famosos, como los Condes de Cifuentes, de Eril y de Sástago, habiendo trascendido tales prevenciones hasta la justicia borbónica, sin que, por fortuna para padre e hija,

pudiera descubrirseles ni probárseles nunca nada, gracias a las habilísimas precauciones que sabían adoptar para esconder sus gatuperios.

Que Samuel y Feliche constituían una pareja de bribones listísimos, capaces por dinero de todo, y que en el pasado debían de haberse visto envueltos en asuntos muy turbios que acaso les hubieran obligado a escaparse de Francia y refugiarse en España, era cosa que no dejaba dudas en el ánimo de Anselmo; pero de aquello a creer sin reservas todo cuanto murmuraba la gente sobre intervención de los Roca en la famosa matanza de franceses el día de los Inocentes de 1704 y sobre los llamados *polvos de sucesión* que, según fama, vendía Feliche a ciertos clientes para desembarazarles de parientes molestos o que tardaban mucho en morir, había demasiada distancia, que el Píscator de Sevilla no se atrevía a salvar de golpe, prefiriendo cerrar los ojos y seguir fingiendo ignorancia, con tal de ganarse algunas monedas y atender a los encargos de versos y prosas que los habitantes del callizo sin nombre solían hacerle, con intenciones tan difíciles de interpretar como el resto de sus actos.

Para descargo de su acomodaticia conciencia, lo que sí podía certificar Domingo de Triana, por haberlo podido ver con sus ojos, era que no sólo la Ilustrísima Señoría del Abate Don Artal de Luna, sino auténticas Excelencias, como las del Señor Conde de Aguilar y su padre el de Frigiliana, amén de bastantes personajes de distinción, conocían el tugurio de los Roca, llevados quién sabía si de la curiosidad de comprar libros raros o de adquirir las últimas sátiras publicadas en Barcelona contra el gobierno de Felipe V; eso sin contar con algunas tapadas de gran porte y no pocos embozados que acudían de tanto en tanto a la imprenta, impulsados

por otras necesidades de remedio o de ayuda ineludible, visitas que no podían sorprender demasiado a Anselmo, colaborador activo en Madrid del consultorio análogo establecido por la reservada Isidra en el taller de bordado de su hermano Mateo Gutiérrez, alias *Chipito*.

Persuadidos los Roca de la discreción de Domingo de Triana en esta y otras materias, otorgábanle cierto crédito de confianza, y hasta prescindían a veces en su presencia de las habituales reservas para juzgar las cosas políticas, manifestándose abiertamente partidarios de Carlos III y criticando con verdadero encono los defectos y errores de Felipe V y sus Ministros. Pero la franqueza de padre e hija no se extendía más allá, ni se exteriorizaba en otra forma, guardando cuidadosamente todos sus demás secretos, y limitándose a solicitar del flamante literato periódicas relaciones de cuanto sucedía en la corte o en el campo de batalla, relaciones que después eran vendidas por pliegos en los sitios acostumbrados de la ciudad, amén de otros trabajos de amenidad que por entonces gustaban mucho y del disparatado Lunario que debía aparecer cada año y se colocaba como pan bendito entre los cándidos lectores de pronósticos y almanaques.

—Sí, sí —repetía mientras tanto Samuel, acomodándose en un desvencijado sillón, después de oír las confusas explicaciones de su visitante, y mostrando una agitación en los movimientos y gestos que Castillo nunca le advirtiera—. Ya veo que no te trae nada importante por estas soledades, si no era el afán de lechucear y la novedad de ver luz en nuestra casa. Mas, puesto que viniste, casi me alegro ahora de tu indiscreción, porque así podré darte a leer una sátira que me trajeron hoy

y que viene muy buena, salvo algunos errores y faltas de gramática que tú puedes corregir aquí mismo en seguida, para imprimirla mañana temprano, ya que su autor tiene prisa por repartir los ejemplares y paga de una suerte que es imposible hacerle esperar.

Excitado el interés del gran Píscator por los anteriores anuncios, y sin preocuparse de la singular actitud del enigmático *Petacul*, apoderóse acto seguido del papel que Roca le tendía, comenzando su lectura con evidentes señales de regocijo, mientras el impresor, levantándose silencioso, reanudaba sus paseos por el fondo del cuarto, aplicando algunas veces el oído a la cerrada puertecilla, cual si pretendiera escuchar lo que sucedía detrás de ella.

No disminuyó por cierto la atención de Anselmo hasta el fin del escrito, pues se trataba en las anónimas cuartillas nada menos que de una cruenta burla contra el famoso generalísimo Luis de Borbón, Duque de Vendôme, realizada con tanta saña y tan envenenada intención, que a la legua delataba por lo que decía, y sobre todo por lo que daba a entender, el malévolo propósito de acabar para siempre con la reputación del conquistador de Brihuega, desacreditándole ante sus subordinados y ante la corte entera.

Mezclando con perversa malicia lo verdadero y lo falso, referíase en la sátira la existencia anterior del caudillo de los ejércitos, regateándole hasta la reputación de genio militar que le otorgaran sus admiradores y la autenticidad de sus famosos triunfos a partir de la conquista de Barcelona en 1697, insistiendo despiadadamente sobre los defectos del hombre, que tanto deslustraban la fama del biznieto de Enrique IV, y pintando con los más sombríos colores su existencia de glotonería y pereza.

entre la soldadesca que solía rodearle y que abusaba de la generosidad del Príncipe para enriquecerse a su costa, o lo que todavía resultaba peor, a costa de España.

Redactados los versos en lenguaje vulgar, y plagados de ripios e incongruencias, traslucíase no obstante en su texto, confeccionado seguramente en Cataluña, la mano de alguien que había pretendido reunir en pocas páginas cuanto de malo se había escrito o murmurado hasta entonces contra el célebre Mariscal, extendiéndose los anatemas del compilador a los familiares de Su Alteza, especialmente al Canónigo Julio Alberoni, parmesano al servicio del Duque, que residía por entonces en Zaragoza; al secretario Mañani, al capitán Cotrón y a otros varios.

Hijo el primero de un jardinero de Fiorenzuola, en el Ducado de Parma, había sido sucesivamente hortelano, monaguillo, sacristán en Plasencia, discípulo de los padres Barnavitas y Mayordomo del Conde de Barni, hasta recibir órdenes y figurar como adjunto del Conde Alejandro Roncovieri, Ministro del Príncipe Farnesio cerca del Duque de Vendôme, cuando este general se encontraba al frente de los ejércitos franceses en Italia.

Insinuante, culto, de humor festivo y poseedor de recursos inagotables para distraer a los aburridos, su viveza y su bufonería granjeáronle pronto las simpatías del Mariscal, cuya inveterada inclinación a las bromas groseras, y peculiares hábitos de vida no se acomodaban fácilmente al trato con personas etiqueteras o demasiado rigoristas en su modo de ser, reemplazando primero en su misión al Conde Roncovieri y acompañando después al descendiente de Enrique IV por dondequiera que iba, sirviéndole de compañero y secretario, títulos

que comenzaron a valerle una lluvia de prebendas en Parma, diversas notificaciones en Francia y una pensión de cuatro mil pesos en España sobre las rentas del Arzobispado de Toledo.

Al consignar esto último, el autor de la sátira añadía que, cuando lo solicitara Vendôme de Felipe V, le dijo que ponía sus propios méritos a la consideración del Soberano, pues no teniéndolos Alberoni quería él darle los suyos a fin de que se le acordase tal gracia.

Mas si para recompensas de aquel género carecía de condiciones el flamante canónigo, poseíalas en cambio, y nada comunes, según el libelo, para otra clase de servicios, entre los que figuraban sus guisotes y sopas parmesanas, harto menos picantes e indignos de las manos que los condimentaban, que aquellas complacencias fregoniles y escatológicas que le merecieron en un principio la simpatía y el favor de su patrón, complacencias harto conocidas en el mundo para tener que avergonzarse repitiéndolas de nuevo.

El atrevimiento, y hasta la grosería, con que todas aquellas enormidades estaban escritas, producían un secreto placer en el espíritu de Anselmo, satisfecho al contemplar arrastrado por el lodo cuanto de más alto e ilustre se consideraba en la tierra; mas así y todo, el miedo a las responsabilidades en que pudiera incurrir si aceptaba la colaboración de semejante infamia, el recuerdo de los consejos escuchados a Casilda pocas horas antes, y un resto de vergüenza por la manera imperiosa con que se solicitaba su complicidad en la propaganda escandalosa, manteníanle vacilante, sin decidirse a aceptar las proposiciones de *Petacul*.

—¿No te parece —zunzurroneaba el desagradable albino, acercándose a su visitante— que

estas composiciones superan en mucho como moralidad y eficacia a las garrulerías prodigadas hoy por arcos y tablados en honor de Sus Majestades? ¡Pobre Zaragoza, y qué a gusto acaba de celebrar sus propios funerales! ¡Se figurarán esos idiotas que con cuatro gritos y cuatro mojigangas va a olvidarse el Rey de la bilis que le han hecho tragar los aragoneses desde que llegó a España, y a renunciar a los proyectos que Don Melchor de Macanaz y sus paniaguados tienen bien guisaditos para servirlos a la mesa en cuanto puedan tender el mantel! ¡Que esperen!, ¡que esperen estos encris-mados y ya verán el premio que reciben sus demostraciones! ¡Ni títere con cabeza quedará en todo el Reino! Menos mal que la guerra no está tan perdida como muchos ababoles creen y que desde Barcelona se vigila cuanto aquí ocurre. ¡Allí, allí, y no aquí, es donde se ganará la victoria definitiva! ¿A que no se atreven a intentarla? Tú verás, Domingo de Triana, tengamos un poco de paciencia hasta la primavera, en que vuelvan a desembarcar regimientos de Alemania y millones de Inglaterra, y entonces será el volverse atrás y dejar otra vez libres estas tierras para que se dé una vez más vuelta la tortilla!... ¡Aun vamos a divertirnos mucho!... ¡mucho!...

Y al afirmar esto, Samuel Roca reía de un modo tan siniestro que causaba espanto el eco de sus carcajadas y la expresión vengativa con que las acompañaba.

—¡Buena va la danza!, ¡buena! —seguía diciendo, cual si se recreara acumulando maledicencias y chismes—. El de Valdecañas, orgulloso con el triunfo de Villaviciosa y repitiendo a quien lo quiere oír que, si no es por su tesón, Felipe V sigue corriendo a estas horas camino de Andalucía con

su generalísimo delante; el de Vendôme, furioso con Valdecañas y roído de celos con el Duque de Noailles, metidito en su casa y ejerciendo de tirano para conseguir la cesión definitiva de los Países Bajos a Francia; la Saboyana muriéndose a chorros, y el Rey sin pensar en nada más que en sus devociones y en su amor; la Camarera soñando en Calahorra con un Principado quimérico que le asegure la vejez, y leyendo las interminables memorias que le manda Macanaz, empeñado en destruir lo que todavía queda derecho en esta tierra; Luis XIV y su vejestorio, fastidiados con las victorias del nieto y pensando cómo se las arreglarán para bajarle los humos y obligarle a renunciar media monarquía el día que llamen a hacer paces; los Duques de Borgoña empeñados en llegar a éstas, sea como sea, y dispuestos a sacrificar al hermano y al mundo entero con tal de que no se pierda en los tratados un palmo de tierra francesa; y mientras tanto el pueblo español tan satisfecho y tan seguro de que todo ha concluído y de que ningún otro país en el mundo es tan valiente ni tan hidalgo, ni tan sufrido, ni tan devoto, ni sirve para descalzar el zancajo a los descendientes del Cid Campeador y del Gran Capitán... ¡Escribe, muchacho, escribe!, ¡date prisa! ¡Ordenemos entre los dos esta otra historia que tanto indignará a los timoratos y que seguramente erizará los cabellos a tu amigo el Cronista de Aragón Don Miguel de Samper, cuando la conozca! Pero aquí que nadie nos oye, confiesa lealmente, Domingo de Triana: ¿Cuál de los dos prefieres?... No, no me contestes, que en los ojos he adivinado lo que vas a decirme. Ahora trabaja sin distraerte, lima, corrige, borra porquerías, suprime palabras obscenas...; las enormidades hacen mucho más efecto cuando el autor

se contenta con darlas a entender, porque entonces la perversidad del lector las hace mayores, complicándolas monstruosamente y recreándose en su imaginación... ¿Oyes?... una, dos..., las dos de la mañana, aun tardará en amanecer..., escribe...

En aquel momento, la puerta del tabuco que comunicaba con el interior de la casa se abrió de par en par, dejando paso a un hombre embozado que, sin saludar ni parecer enterarse siquiera de la presencia de otras personas en la habitación, cruzó rápidamente la distancia que le separaba de la calle, ganando ésta y desapareciendo acto continuo, seguido de las absortas miradas de Anselmo, cuyo sobresalto le hizo dar vuelta instintivamente hacia el sitio de donde acababa de surgir el desconocido, quedando maravillado por la visión que se ofrecía a sus ojos.

Apoyada en el quicio de la puerta, inmóvil, ajena a cuanto a su alrededor sucedía, sin aparentar distinguir a su padre, que la contemplaba sombrío, con la vista perdida en el espacio por donde el misterioso personaje acababa de marcharse, permanecía allí la hija del impresor, Feliche Roca, cuyo semblante poco agraciado e irregular, que recordaba extraordinariamente los retratos de la Reina Cristina de Suecia, parecía iluminado aquella noche por una nueva claridad, que hacía resaltar aún más que de costumbre el fulgor extraño de sus ojos de bruja, claros, enormes y un poco desiguales.

Envuelta en un viejo chal que disimulaba las deformidades del cuerpo, los cabellos rojizos enmarañados y revueltos hasta formar como un casco de cobre que le encuadrara el amarillento rostro, las manos exangües y casi transparentes a fuerza de blancura sujetando los extremos del abrigo, silenciosa, extática, decidida sin duda a

ocultar al mundo entero el secreto de lo sucedido en la entrevista que acababa de terminar, todo delataba en aquella mujer, no obstante, la revelación de algo muy grande, algo que hasta entonces ignoraba su experiencia femenina, y sin lo cual ya no podría existir ni comprender en adelante el sentido de la vida.

Anselmo, que se disponía a retirarse declinando las tentadoras ofertas de Samuel y negándose a tomar parte en la nueva vileza que le solicitaba el impresor, sintióse de repente como clavado en el banquillo que ocupaba, dominándole un afán tan irresistible por asistir a la escena que presentía iba a desarrollarse entre padre e hija, que, olvidando todos los escrúpulos, decidió al cabo quedarse, poniendo su mercenaria pluma a disposición de los Roca, con tal de llegar a descubrir, siquiera fuese en parte, el secreto que parecía haber interrumpido para siempre la confianza y la armonía en aquella casa.

IX

El sacrificio resultó, sin embargo, estéril, pues ni el albino ni la jorobeta desplegaron apenas los labios mientras duró el trabajo de Domingo de Triana, contentándose con dirigirse miradas hostiles e indescifrables que presagiaban acaso la inminencia de una discusión tempestuosa en cuanto se vieran solos, gracias a lo cual fué aumentando progresivamente el malestar de Anselmo, hasta el punto de perder todo dominio sobre sí mismo y abandonar el zaquizamí de los impresores, apenas le fué dable hacerlo, furioso y sin haber podido averiguar nada de lo que deseaba saber.

La expresión inolvidable del rostro de Feliche y el recuerdo terrorífico de los ojillos de Samuel, clavados en su hija, continuaron empero persiguiendo al incorregible Píscator en el resto de sus peregrinaciones de aquellarre por la ciudad, y hasta en las diligencias a que dedicó las primeras horas de la mañana, decidido a no descansar y a redimir en parte sus últimas culpas con el puntual cumplimiento de todos los encargos que le confiara la inocente Casilda.

Primero fué la visita del Convento de Capuchinos.

donde Trincas enviaba su correspondencia bajo pliego dirigido a Domingo de Triana, informando a la Señorita de Solís de cuanto sucedía a Jenaro de Pereda; pero como si la providencia hubiese resuelto castigar a Anselmo por los pecados de la pasada noche, ningún papel encontró procedente del campo de batalla que pudiera calmar las impacencias de su enamorada señora, viéndose forzado en cambio a oír durante cerca de dos horas las descripciones que le hicieron los marciales Religiosos de la rendición de Gerona, *sub conditione*, al Duque de Noailles, cuyas tropas sólo poseerían los fuertes más importantes de la plaza en el caso de que las fuerzas sitiadas no recibieran socorro antes del 31 del mes en curso.

Medio mareado por la elocuencia de los santos Hermanos, pudo al fin el buscón escabullirse y encaminar los pasos a Palacio, para inquirir allí noticias sobre el alojamiento de la insigne Doña Matutina Fernández de Solís, Azafata de la Reina.

Mas estaba de Dios que aquel día todo le saliera mal al paniaguado de los Roca, porque tras de perderse en el inmenso caserón de Peraleda y preguntar inútilmente a una docena de personas, sin obtener respuesta satisfactoria, deparóle al fin su estrella el toparse con Don Francisco Solanas, Portero de Damas de la Casa de la Reina, y gracias a él logró enterarse de que la Solís no había llegado el día anterior con la Corte, por permanecer en Calahorra junto a la cabecera de la Señora Camarera Mayor, como tan privada de Su Excelencia y tan acostumbrada a conocer los humores de la Princesa.

Este nuevo contratiempo acabó de enojar a Castillo, quien, sin gana ya de ver a nadie y rendido por el cansancio, decidió acogerse a la posada de San

Jerónimo y echarse a dormir allí hasta la hora de las luminarias, logrando en efecto su propósito con tanta fortuna que, llegada la noche y repuesto de todas sus fatigas, a la vez que aguijoneado por la necesidad de mezclarse nuevamente a la multitud que llenaba las calles, tornó a bajar al Coso, donde otra vez, minorada la fuerza del viento, esforzábanse las hachas y los globos por emular las claridades diurnas, multiplicándose las carretillas con mayor destreza por las cuerdas y elevándose los voladores desde la tierra al cielo en flamígeras cascadas de centellas luminosas.

Influído, sin embargo, por el eco de las acusaciones anónimas lanzadas contra el Duque de Vendôme, acusaciones en que tan cobardemente colaborara su mano la noche anterior, y deseoso de recrearse en la contemplación del objeto de tales odios, ya que hasta entonces no le había sido dable vislumbrar al generalísimo sino de lejos, pasó de largo por las vecindades del Palacio de los Gigantes, y ni siquiera dignóse mirar los balcones de Barberán, repletos de gente, dejándose arrastrar esta vez entre las olas de la multitud hasta las casas del Conde de Sástago, desde cuyas ventanas sabía que presencia-ría la máscara el famoso Luis de Borbón, acompañado de su Estado Mayor y buena parte de los personajes que se encontraban de paso en Zaragoza.

Una vez frente al magnífico edificio del Gran Camarlengo de Aragón, proscripto en aquella oportunidad y refugiado en Barcelona junto a Carlos III con buena parte de la nobleza de su país, arreglóselas de modo el aprovechado truhán para que nada de lo que pasaba en la balconada del suntuoso palacio pudiera escapársele, saciando por de pronto la curiosidad malsana de su espíritu con la vista del

ilustre restaurador de la glorias borbónicas, sentado ya en el sitio de honor y acompañado, no sólo de su brillante séquito, sino del Comandante general Príncipe de T'Serclaes Tilly, de Don José Carrillo de Albornoz, Conde de Montemar y de otra porción de Oficiales y Caballeros franceses y españoles de la primera distinción, a los que se mezclaban funcionarios de todas clases y Señores de título, castellanos o aragoneses.

Inmenso, linfático, majestuoso de aspecto, con un rostro de facciones muy pronunciadas, que recordaban vagamente las de su regio bisabuelo, el célebre *Vert galant*, y que, allá en sus mocedades, debieron de resultar agradables y hasta bellas, pero que los excesos, las inclemencias de la vida militar y los tratamientos mercuriales habían desfigurado por completo, destruyendo y alterando su armonía, hasta hacer casi desaparecer la enorme nariz borbónica, y privar de casi todos los dientes a su boca de viejo sileno, todavía conservaba el afortunado generalísimo a los cincuenta y siete años de edad verdadero aire de Príncipe que, acrecentado por la magnífica leyenda de sus victorias y la fama de su fastuosidad despilfarrada, conseguía despertar las simpatías de las masas, a las que sabía halagar como nadie, cultivando su popularidad en los campamentos y en las ciudades sin reparar en medios, y mostrándose a los ojos del vulgo cual modelo de caudillos demócratas y enemigo de toda etiqueta, cuando precisamente su íntimo modo de ser y pensar eran completamente diferentes a los que aparentaba en público.

Encanecido por otra parte en la vida palaciega y dominando el complicado arte de la adulación como pocos, no había existido cábala en Francia, desde hacía veinte años, donde Luis de Borbón

no hubiera tomado parte activa, venciendo en casi todas a sus contrarios, gracias al favor que disfrutaba con el Gran Delfín, padre de Felipe V, junto con la diferencia que como de origen bastardo le demostrara siempre Luis XIV, y llegando en su loca presunción e inaudita petulancia hasta el extremo de atreverse a comprometer en Flandes durante la última campaña, nada menos que la fama del Duque de Borgoña, presunto heredero de la Corona de San Luis, insulto sin precedentes que estuvo a punto de hacer perder a Vendôme su carrera y la situación en la Corte.

Anselmo, que conocía todos estos antecedentes y que desde la calle seguía los menores movimientos del teatral Duque, recordando sin cesar los versos más significativos de la sátira por él corregida la noche antes en casa de los Roca, procuraba leer en aquella sonrisa bonachona y escéptica, que tan generosamente sabía prodigarse, el grado de verdad que pudieran revestir las acusaciones de los detractores de Su Alteza y si eran puras calumnias o reconocían algún fondo de verdad; pero cuantos esfuerzos adivinatorios realizaba el astrólogo para llegar a un juicio definitivo, resultaban ineficaces ante la perfección con que el generalísimo representaba en los balcones de Sástago su papel de Príncipe casi Real y de salvador maravilloso de una monarquía vacilante.

Justamente en aquel momento se iniciaba la Máscara de los Mercaderes, precedida por los timbales y clarines de los Guardias de Corps de Su Majestad, y al divisar el Duque de Vendôme la cabalgata desde su asiento, sin prestar la menor atención a sus acompañantes, ni ocuparse de otra cosa que de contemplar el marcial desfile que atraía las miradas de la multitud, volvíase de frente

al Coso, reflejando en la cara el placer intenso que le proporcionaba tal alarde, e iniciaba un aplauso entusiasta y ruidoso en honor de los bizarros jinetes, al que seguía el de todos sus vecinos y los de la concurrencia entera, llenándose inmediatamente el aire de aclamaciones y vítores en que no tardó en mezclarse el nombre del propio generalísimo.

Aquella manifestación tan espontánea como sincera, y aquel gesto tan oportuno, hicieron cambiar el curso de los pensamientos de Anselmo del Castillo, inclinándose a juzgar con benevolencia las maneras y los arranques del vencedor de Brihuega.

¡No, no! ¡Imposible que un Príncipe capaz de arrastrar a las muchedumbres en cuanto se lo proponía, fuera el soldado de aventura y el egoísta ignorante que sus enemigos intentaban pintar! General de inspiración, más impulsivo que científico, sediento siempre de gloria y envidioso de la de los otros, más atento a cubrirse de laureles que a sacrificar su reputación en campañas obscuras y laboriosas, insaciable de alabanzas y convencido de su superioridad sobre todos los demás mariscales, eso sí. Pero cobarde, grosero, sin instrucción, dispuesto siempre a presentar como victorias las acciones dudosas o a aprovecharse de los éxitos ajenos, eso no. ¡El Duque de Vendôme, fueran cuales fueran sus defectos personales, ocuparía siempre su puesto con dignidad a la cabeza de cualquier ejército, y figuraría ante la posteridad como uno de los buenos Capitanes de su siglo, mereciendo otra crítica y otros tribunales muy distintos de los que le granjearan la envidia o la pasión de sus émulos!

Satisfecho al llegar a esta conclusión, que le

condenaba a sí propio, y lamentando haberse dejado arrastrar por el interés y el placer del escándalo, procuró entonces Castillo apartar sus pensamientos de cuanto leyera en la zahurda de *Petacul*, y darse de lleno a la vista de la máscara que empezaba a desfilar, presidida por el Capitán Alejandro Iturralde, montado en un caballo andaluz, bruto tan generoso que, en la gallardía de sus movimientos, parecía que iba a la parte en el desempeño de la función.

Vestía el apuesto jinete casaca de terciopelo carmesí y chupa del más precioso tisú, siendo el aderezo del caballo de terciopelo azul artificialmente bordado de plata, y del mismo metal los extremos de la cabezada, los bancos de los frenos, estribos y correaje, semejando el tocado del animal un monte de rosas encarnadas y blancas, compuestas de cintas de Italia que, entre volantes argentados, formaban un adorno tan original como vistoso.

Dos caballos más de mano, con aderezos magníficos, y cuyos palafrenes eran dos negros con argollas de plata al cuello y vestidos rojos, caminaban detrás del Capitán, vigilados por un paje, también montado, vestido de paño de Holanda color de perla, tan guarnecido de galones de oro que no dejaba más campo que el indispensable para distinguir el color.

Completaban el séquito del Capitán seis lacayos vestidos de tafetán blanco, guarnecido de rizos o falbalás de tafetán azul y remates argénteos, gorras de tela de plata con igual guarnición y penachos de plumas encarnadas, blancas y azules.

Toda esta comitiva de a pie llevaba hachas, con que desde lejos prevenía ya la atención su lucimiento, e iba seguida de treinta parejas, tan iguales

en el primor y en la ostentación como su cabeza, aunque diferentes en la inventiva, pues cada uno montaba a caballo como si saliera a ser el jefe principal de la fiesta.

En el centro de ella iba el estandarte que Pedro Laporte llevaba, como Alferez de la Máscara, en que iban los retratos de Sus Majestades y del Príncipe de Asturias, a cuya vista levantóse de su asiento en el balcón de Sástago el Duque de Vendôme, saludando descubierto y haciendo que todos los invitados imitasen con el mayor respeto su conducta, mientras abajo el pueblo aclamaba ruidosamente a los Soberanos y al generalísimo que tan oportunamente sabía rendirles acatamiento.

Cerraba el desfile de tan lucida tropa el Teniente José Navarro, ataviado con el mismo lujo y mereciendo por su destreza en manejar el fogoso corcel que montaba, iguales o mayores aprobaciones por parte de la multitud, que las otorgadas anteriormente a sus compañeros.

No terminaba, sin embargo, allí la fiesta aquella noche, pues desaparecida la Máscara y transcurrido un descanso, durante el cual los asistentes al palacio de Sástago fueron obsequiados con una succulenta cena, comenzaron a escucharse de nuevo los cohetes y las bombas precursoras de la Mojiganga, espectáculo en que intervenían únicamente menestrales y gente baja, pero que constituía el número más atractivo del programa para la mayoría de los zaragozanos.

Efectivamente, no tardaron en entrar en el anfiteatro, por el costado de la calle de la Albartería, veintiocho parejas a caballo, de ideas y personificaciones tan extrañas, que dijérase haber hecho cada uno de sus componentes estudio especial de soñar una extravagancia distinta, ya que lo

menos formidable que se representaba era un león, que hacía de Capitán de la fiesta, con cuatro lacayos con sus hachas, quienes como fieras menores le tributaban obsequioso vasallaje; seguíanle tigres, osos y leopardos; después etíopes que, ajustados de badanilla negra, parecían desnudos; indios de color de membrillo asado, con arcos, aljabas y flechas, rodeadas las cabezas de penachos y de perlas los cuellos; y, más en segundo término, caminaban algunos en trajes de locos, otros de sátiros, faunos, semicapros, dueñas, dragones y espantosos vestiglos.

Toda aquella monstruosa confusión de varias especies, enlazadas sucesivamente unas de otras, llevaba por remate un bajel, en cuya popa sonaba muchedumbre de instrumentos pastoriles, y entre popa y proa muchos matachines afectando náuticas tareas. Tiraban del carromato algunas bestias, disimuladas dentro de unos lienzos que imitaban exteriormente aguas marinas, de cuyas ondas surgían, en ademán de oír la música, delfines y tritones.

Llegado el inmenso armatoste a las ventanas de las casas de Sástago, después de haber cumplido análoga ficción a vista de Sus Majestades, hizo ademán de abordar a las rejas bajas del edificio con intención de rendir homenaje al Duque de Vendôme, que presenciaba complacidísimo desde arriba la farsa, y, soltando los bordes o repechos que llevaban sujetos por medio de goznes al simulado bajel, formaron un capaz teatro donde los matachines bailaron extravagantísimas mudanzas, que, sin dejar de ser muy diestras, conformaban con la ridiculez que presumía su festín y su traje.

Anselmo, que había vuelto a observar con la mayor atención todos los movimientos del Gene-

ralísimo, cuya compostura y dignidad durante la Máscara resultaron verdaderamente admirables, notó que al detenerse el bajel de la Mojiganga cambiaba en un instante la actitud del Duque, substituyendo al anterior augusto empaque una agitación extraordinaria y reemplazando el pasado silencio por una locuacidad incesante acompañada de continuas y estrepitosas carcajadas, manifestaciones delatorias todas de la inveterada preferencia de Luis de Borbón por las diversiones plebeyas, así como del regodeo que su complicada naturaleza experimentaba al contacto de los placeres ordinarios y hasta groseros de sus subalternos.

Gozosos los farsantes con la deferente acogida que merecían del ilustre caudillo, y que contrastaba con la displicencia rayana en desagrado de que poco antes daba muestras el delicado Felipe V mientras duró la Mojiganga frente al Palacio de los Gigantes, multiplicaban sus saltos y sus contorsiones en medio de los alaridos de la muchedumbre.

Allí la zarabanda y la chacona, el bolero y la jota, mezclábanse arbitrarios con el Canario, las Folías, el Piegibado y la Pavana; pero ninguno de aquellos grotescos disparates produjo en el Generalísimo efecto comparable al que le causara una especie de pantomima ejecutada en el tablado muy a lo vivo por una comparsa de dueñas y otra de médicos y sangradores, armados de descomunales jeringas e inflados bacines, que se perseguían encarnizadamente a través de las ondas, aprovechando las intencionadas caídas de las imaginarias quintañonas, bajo cuyas reverendas tocas ocultábanse recios gañanes, para remedar aparatosas ayudas o hacer toda clase de pruebas con el vino encerrado en los recipientes excrementicios.

Los gritos y la barahunda de los farsantes alcan-

zaron tal intensidad, viendo cuán finamente se apreciaba su juego en el piso superior, que, superándose a sí mismos y animados por el cariñena que venían injiriendo sus gargantas desde muy temprano, comenzaron a convertir en veras los bailes, sin perdonar detalle de sus operaciones, y trabajando tan a lo vivo, que llegó el caso de tener que retirar medio desmayados a algunos de los protagonistas de la bufonada, mientras otros, casi desnudos, caían por el suelo totalmente borrachos; y Dios sabe cómo habría terminado la Mojiganga, si el Generalísimo francés, inclinándose hacia fuera, como tan experimentado en semejantes lances, no hubiera vaciado a tiempo varias bolsas de monedas chicas sobre bajel y faranduleros, saludando muy atento a todos y extendiendo los brazos en señal de agradecimiento por las amabilidades de que era objeto, demostraciones que tuvieron el poder de reanimar el entusiasmo de la excitada multitud, haciendo arreciar los vivas al héroe de Villaviciosa y de Brihuega.

El gran Píscator de Sevilla, que desde su niñez había presenciado tanta escena curiosa y colaborado en tanto espectáculo singular, experimentaba mientras tanto intenso regocijo al comprobar una vez más la candidez de las masas, recordando al mismo tiempo algunas de las estrofas retocadas por su pluma la víspera, y aplaudiendo mentalmente la perspicacia del autor y la insolencia donosísima de su fantasía, que contrastaba del modo más cómico con las alabanzas y los ditirambos contenidos en cierto librejo llegado por aquellos días a Zaragoza e impreso en Alcalá con el pretencioso título de: *El Gedeón francés. Estatua Triunphal del Serenísimo Señor Duque de Vandoma. Que dedica a S. A. el Doct. Don Pedro Dvin de la Encarnación y*

Retz, Theólogo y Examinador de la Miniatura de España, Coronista General de la Orden de Canónigos Reglares de San Agustín, Predicador de su Majestad.

Sí, sí; entre los dos extremos, no cabía dudar, y la malicia del pícaro andaluz inclinábase decididamente a favor del libelista, sobre todo después de haber presenciado la actitud del Generalísimo durante la Mojiganga, donde pareció revelar bien claro el fondo de las inclinaciones y preferencias del descendiente de la bella Gabriela d'Estrées.

¿Quién podría ser el desconocido autor de la envenenada composición y qué clase de relaciones le unirían con los Roca? ¿Tendría que ver algo por casualidad con el misterioso embozado, salido de las habitaciones de Feliche, que tanto intrigara la curiosidad de Anselmo? ¿Cómo poder entonces identificarle sin concitarse los odios terribles de la contrahecha?

El nombre de ésta y el recuerdo de su presunto galán trajo repentinamente a la memoria de Anselmo el eco de unas frases del Abate Don Artal de Luna al despedirse la noche anterior en el Coso, referentes a un amigo suyo, rico y buen mozo, que le había dejado poco antes para acudir a casa de los impresores en busca de un filtro de amor o alguna cosa parecida.

¿No sería aquel hombre el visitante de la madrugada, cuya salida presenciara Castillo tan de improviso? ¡Sí!, ¡no podía ser otro el seductor que había conseguido hechizar a la hija de Samuel! ¡Lástima no conocer su verdadera personalidad y sus antecedentes para refregárselos por las narices a la antipática jorobeta y gozar en su humillación! Aunque después de todo no era tan difícil averiguarlo, pues con preguntárselo a Don Artal estaba

logrado. ¿Y por qué no hacerlo en seguida? ¿No le había invitado el infanzón a la fiesta que celebraba aquella misma noche en su casa después de la Máscara? Pues iría; iría y conseguiría seguramente lo que deseaba. ¡Quién sabía si para colmo de suerte no estaría también allí la persona que le interesaba y no lograría reconocerla Anselmo por algún detalle olvidado, sin mezclar en sus negocios a un charlatán tan poco de fiar como el Señor Bailío de Santa Eufemia!



X

Animado de tales propósitos, encaminóse el infatigable Domingo de Triana hacia la plaza de San Felipe, no tardando en llegar frente al palacio que buscaba, uno de los más artísticos de Zaragoza, y famoso por el magnífico alero de madera que sostenía su techo, así como por la barroca portada de mármol negro de Calatorao, que le distinguía de los demás de su especie.

Sin preguntar ni pedir a nadie permiso entró Anselmo, con el aplomo inherente a sus congéneres, desde el zaguán a un espacioso patio, donde dormitaban algunos lacayazos, y subiendo por la gran escalera de honor, cual si se tratase de uno de tantos invitados, colóse de rondón en la primera sala que vió abierta, topándose casualmente allí con el grupo más importante de la reunión, presidido por el propio Don Artal de Luna, quien al divisar a Anselmo, cuya visita ni siquiera sospechaba, lejos de azorarse, demostró gratísima sorpresa, recibéndole y agasajándole cual pudiera haberle hecho con el más empingorotado de sus huéspedes.

No escaseaban éstos, por cierto, en la asamblea, tan distinta bajo todos conceptos de la que solía reunirse en las provincianas tertulias de los Señores

de Barberán, ni había mentido el aristocrático Abate al afirmar a Anselmo que encontraría en su casa desde Dignidades Eclesiásticas a Príncipes extranjeros, pues en clase de éstos hallábanse presentes el de Chalais, Juan de Talleyrand Perigord, y el de Danti, ambos sobrinos de la Camarera Mayor de Palacio, y, para trabar amistad con el principal de los primeros, fué conducido Anselmo ante el Canónigo Julio Alberoni, cuyo hermoso rostro sonrió divertido al contemplar al bastardo de las musas, de quien sin duda había oído antes algunos cuentos por el indiscreto Don Artal.

Abundaban en la heterogénea reunión los amigos del Duque de Vendôme, protector ostensible del Bailío, a quien éste debía su reintegración al favor de Felipe V y el olvido por parte de la Princesa de los Ursinos y de Macanaz de sus veleidades austríacas; también se veían algunos grandes señores castellanos, como los Aguilar, padre e hijo, íntimos por entonces del Generalísimo e insaciables en su afán de conocer cuanto chisme circulaba por la Corte, recogiénolo dondequiera que fuese; no faltaban, por supuesto, parientes y caballeros aragoneses, resignados con la extravagancia de su deudo, como el Marqués de Cábrega, Don Antonio Fernández de Híjar, primogénito de los Condes de Belchite, y Don José Alcántara Sanz de Latres, Conde de Atares; junto a tan copetudos personajes figuraban escritores y literatos de sociedad, entre los que se contaba Don Gaspar de Ezpeleta y Mallol, historiador, diplomático, autor de un libro titulado *Práctica de Secretarios*, y el Alguacil perpetuo Don Juan Francisco Escuder, astrólogo notable; y, por último, como nota pintoresca obligada de todas las fiestas en la mansión del Señor de las Baronías de Puértola y Sos, discurrían por los salones del

palacio que fuera de Doña Elfa de Luna, algunos de los suboficiales que acababan de tomar parte en la Máscara, luciendo aún sus vistosos disfraces; varios cómicos de la compañía que se preparaba a representar en la casa de Comedias, y media docena de perfectos desconocidos que a nadie molestaban y que parecían encontrarse allí como en domicilio propio.

Pero entre tanta gente distinta e inasociable, la persona que más llamó la atención de Anselmo del Castillo, desde el momento que le vió, no sólo por su arrogancia y riqueza en el vestir, sino por la seguridad que demostraba en todas las acciones y el misterio que se traslucía en todas sus aparentes franquezas, fué el famoso Marqués Caracciolo, de quien tantos elogios escuchara en casa de Barberán a las amiguitas de Petronila, y que realmente, por lo que hacía al físico, justificaba todos los sufragios femeninos, luciendo además una facilidad de palabra que le permitía discurrir sobre cualquier tema, cual si ninguno le fuera extraño.

A la llegada de Anselmo, comentábase por la mayoría de los concurrentes las novedades de la Máscara realizada, en cuyo lucimiento había tenido no poca parte Don Artal, disponiendo con su acreditado buen gusto las galas ostentadas en el desfile por oficiales y soldados, y aun sufragando de su peculio buena parte del gasto total exigido por la fiesta, lamentando algunos de los presentes que aquellos desfiles no se repitieran con mayor frecuencia en Zaragoza, cuya severidad de costumbres no correspondía a la tradición de sus antiguos esplendores, y terminaría por convertir a la hermosa capital de Aragón en un inmenso convento, si no se cambiaba pronto el modo de vivir.

— Gracias — manifestó el primogénito de los

Belchite— que dentro de pocos días principiarán las Carnestolendas, dando comienzo a las representaciones de teatro, y tendremos alguna diversión con ellas, sobre todo si eligen buenas comedias y no se acude a los apropósitos, como sucedió la vez pasada con aquella que se titulaba: *Hacer cuenta sin la huéspedada y al freir de los huevos*, precedida de la loa denominada: *A más tinieblas más luz, al llanto más alegría y matachines nuevos*, de autor anónimo.

—Peor resultó aún —corroboró Don Gaspar de Ezpeleta— la que se llamaba *Los valientes de la hampa y janfarrón de la Europa*; ¡qué sosería más desaliñada!

—Lo que en ninguna parte hemos visto sino aquí —atrevióse a manifestar el galán de la compañía, Cayetano Romero, por mal nombre *Rompetelones*— es el cúmulo de etiquetas prescriptas por el Regimiento de la ciudad para dejarnos trabajar en paz. Siempre que se han de representar comedias en Zaragoza parece que debe pedirse licencia a su Ayuntamiento por el Santo Hospital de Gracia, a quien pertenecen los patios, y, concedida que es, nombrar un caballero de la Junta para que reconozca las obras, las registre y con su aprobación se pongan en escena. Repártense las puertas de la Casa entre los maceros y porteros, a fin de que con su asistencia se eviten inquietudes y haya silencio en el patio. Señálase por la Ciudad la hora en que hemos de representar, y a la tal concurren en su aposentillo cuatro señores de la Junta, quienes, cuando les parece que hay concurso competente, avisan por un Ministro que se dé principio a la función, y, en ocupando los instrumentos el tablado, sale la Ciudad como a vista del pueblo, y se sienta en unas sillas. En fin, ¡qué más!, para la

estación que corre ha de prevenirse brasero a Sus Señorías, y cuando se concluye el espectáculo debe acompañarse a las Autoridades, hacha en mano, hasta que tomen el coche.

—¡Cuánta rutina y cuánta solemnidad inútil! —exclamó desdeñoso el Marqués Caracciolo—; no en balde llaman los extranjeros a Zaragoza «la ciudad de las ceremonias».

—¡Y si fuera para conseguir o deleitarse en algo! —lamentóse Don Artal—. ¡Pero hay que ver lo que piensan de nuestras viejas etiquetas personas como la Princesa de los Ursinos y el Señor Canónigo Don Julio Alberoni, aquí presente!

—¡Si al menos se decidieran ustedes a representarnos una buena tragedia en cinco actos, traducida del francés, donde llorásemos a gusto desde el principio hasta el fin, eso iríamos ganando y así se depuraría el gusto del público!— expuso irónicamente el feísimo Conde de Aguilar.

—El público —declaró el barba de la compañía, con voz de sepulcro y sin darse cuenta de la socarronería del magnate— no acude al teatro si no le damos dramas de Calderón o comedias de capa y espada.

—¡Porque no conocen otra cosa! —arguyó el Príncipe de Chalais—. Denles, como en París, toda clase de teatro y verán cómo se deleitan.

—¡Oh, París! ¡París! —murmuró nostálgico el Abate de Luna—. ¡No me hablen de esa ciudad divina e incomparable, si no quieren hacerme perder el buen humor!...

—Sin ir tan lejos —insinuó Caracciolo—, personas que han vivido allá me aseguraban hace poco que la Corte del Archiduque en Barcelona goza de unas óperas capaces de sostener comparación con las mejores del mundo.



—¡Falso! ¡Falso, amigo mío! ¡La corte del Archiduque es la más pobre, la más anticuada y la menos divertida que se conoce en Europa! —protestó, cínico, el dueño de casa, recordando los trabajos sufridos en la retirada de Madrid y las angustias pasadas en Zaragoza hasta conseguir el perdón de Felipe V, amenazado a todas horas del horror de seguir a Carlos III, como tuvieron que hacer tantos nobles aragoneses de su parentesco o de su amistad, que purgaban en Barcelona su intransigencia política, despojados de bienes y honores.

—Para que un palacio resulte atractivo —declaró untuoso Alberoni— es menester que el primero en disfrutar las distracciones que se organicen sea el dueño de casa. Por eso durante los cuarteles de invierno no existe vida comparable a la que se lleva en el castillo de Anet, junto a mi Serenísimo Señor el Mariscal Duque de Vendôme.

—¡Eso sí que lo creo! —aseguró convencido Don Artal—. Y nada sería tan grato para mí como comprobarlo personalmente; mas, por fortuna, todos creemos aquí que monseñor permanecerá mucho tiempo entre nosotros, y hasta que se establecerá de una manera definitiva en España, si la fortuna le sigue sonriendo como hasta ahora y logramos hacer pronto las paces.

—¡Mira, por si acaso, no se lo recomiendes, pues quién sabe si el Señor Mariscal mudará de opinión cuando nos vaya conociendo mejor! —repuso el envenenado Frigiliana.

—¡O cuando sus favorecidos le paguen con ingratitudes las mercedes! —corroboró su hijo.

—¡Por eso no haya cuidado Su Excelencia— expuso petulante uno de los Jefes de la Casa del Generalísimo, allí presente— pues a Su Alteza se le da un ardite de lo que piensen o hagan los que

le rodean, con tal de que le sirvan bien y adivinen sus gustos!

— Por de pronto —contestó sin inmutarse Aguilar—, el de que le demos aquí el tratamiento con que acabáis de designarle va a resultarle un poco difícil, porque no le corresponde ninguna alteza, ni en Francia se la ha concedido nunca quien únicamente tiene derecho para otorgarla.

—¿No conocéis, a propósito del Duque, un cuento que corre por Zaragoza y que debe haber sido inventado por algún maldiciente, según la miga que encierra? — interrumpió el viejo Frigiliana, haciendo señas con el codo a su vecino el Conde de Atarés, para que guardara silencio—. Pues escuchad, que no os arrepentiréis de ello. Todo el mundo está harto de saber, tanto en Francia como en España, que Luis de Borbón es un General peritísimo en la guerra, pero que aborrece ocuparse de los detalles relativos a la administración y subsistencia del ejército. Tampoco ignora nadie que es tan desinteresado, por no decir manirroto, en el gobierno de su casa y familia, que la mayoría de sus criados tiene fama de aprovecharse sin escrúpulos de la generosidad del Duque.

Al escuchar estas palabras, dichas con el tono entre sencillo y sarcástico que el temible Frigiliana solía emplear en sus historias ejemplares, los Oficiales del Generalísimo que las escuchaban protestaron ruidosamente de la acusación, distinguiéndose entre ellos por su indignación Julio Alberoni; mas sin hacer caso el anciano consejero de los gritos de ninguno de ellos, y decidido a llegar hasta el fin de la anécdota, continuó impertérrito:

—Según se sigue diciendo, un día, estando ya en España el Mariscal, se presentó uno de sus servidores pidiéndole licencia para retirarse, y, pre-

guntándole su amo la causa, le respondió que había observado que allí todos robaban, y que él no quería permanecer entre semejante gente; entonces el Duque, con el aire más natural del mundo, le replicó sonriendo: «Pues roba tú también, y no me prives de tus servicios.»

El silencio glacial con que fué recibido el final del chascarrillo, celebrado únicamente por las francas risotadas de los Príncipes de Chalais y de Lauti, demostró al antiguo Ministro de Carlos II que había dado en el blanco, con lo que su desagradable rostro se crispó en una mueca que aspiraba a reflejar satisfacción, mientras el Abate Don Artal, apuradísimo por el incidente, trataba de arreglarlo, calmando el furor de Alberoni y de los Oficiales franceses, y esforzándose por convencerles, lejos de Frigiliana, por supuesto, de que el Conde era un viejo chocho, que ya no sabía lo que se decía, y que en nada había querido aludirles ni disminuir la reputación del Generalísimo con la repetición de una anécdota que corría, en efecto, por la ciudad desde hacía tiempo.

—¡No, no!; si lo ha hecho a propósito —insistía irritado Alberoni—. La historieta iba dirigida contra mí, a quien no puede pasar ese deslenguado, y de lo que se trata en el fondo, con la repetición de semejante fábula, es de hacer perder la popularidad a Su Alteza, pues no hay día que no se invente algo para desacreditarle. Hoy mismo, antes de venir aquí, los familiares de monseñor hemos recibido, en las propias casas de Sástago, ejemplares de una sátira indigna, sin pie de imprenta por supuesto, pero que me he creído en el caso de denunciar al Gobernador Conde de Montemar, para ver si puede descubrir a los autores y castigarlos como merece su incalificable conducta.

Anselmo, que se encontraba cerca y había oído las precedentes palabras, sintió que se le erizaban los cabellos al escuchar la amenaza, e instintivamente miró a su alrededor con objeto de cerciorarse de que nadie sospechaba de él.

Cada cual, en efecto, trataba de sus asuntos en el salón, sin ocuparse para nada del desconocido Domingo de Triana, clasificado por la concurrencia desde su entrada como uno de tantos capigorrones o individuos equívocos de los que acostumbraba el excéntrico Bailio de Santa Eufemia rodearse en la intimidad, y sobre los que nadie preguntaba, ni necesitaba preguntar nada, seguro de antemano de las características de su personalidad.

Únicamente dos ojos, que hasta entonces habían parecido ignorarle, clavábanse burlones en el rostro del cómplice de Samuel Roca, como si adivinaran los pensamientos que le preocupaban, gozando con las angustias del hijo del milagro.

Aquellos ojos pertenecían al Marqués Caracciolo, y al tropezar Anselmo con su mirada penetrante, fría y cruel, tuvo instantáneamente el presentimiento de que el visitante de Feliche, el autor de la sátira contra Vendôme, la persona a quien con tanta insistencia buscaba, estaba allí, era él, y poseía su secreto, un secreto terrible, que podía llevarle a la cárcel, quizá a la horca, en cuanto al italiano le diera la gana de denunciarle...

Su convencimiento fué tan rápido, que, sin medir las consecuencias de su acto, avanzó unos pasos hacia el desconcertante personaje, y hubiera terminado por dirigirle la palabra y hablarle francamente de la jorobeta, si en el mismo momento un criado no hiciera entrega al Marqués de cierto billete que el buen mozo se puso a leer, decidiéndole a despedirse acto continuo y desaparecer de la sala.

seguido de los cumplimientos y las bromas del dueño de casa.

Anselmo, deslumbrado aún por sus sospechas, sintió impulsos de seguirle, de abordarle en cualquier forma, de averiguar por lo menos hacia dónde se dirigía; pero cuando iba a intentarlo, sintióse cogido por las afiladas manos de Don Artal, quien, medio en serio medio en broma, le fué empujando hacia otro cuarto iluminado a media luz, mientras murmuraba en voz baja:

— No, lo que es tú, ya que por fin has venido, te quedas un poco más, porque tengo que decirte algo reservado. Ahí tienes con que beber, comer... y entretenerte hasta que los demás se marchen.

Y cerrando la puerta con llave, dejó al buscón furioso y petrificado de sorpresa, al ver la desenvoltura con que era tratado por parte de aquel atrevido émulo de Juan Devana.



XI

—Perdona mi libertad de hace poco —manifestaba el Abate media hora después, apareciendo sonriente y almibaradísimo delante de Anselmo, quien, resignado con su suerte y confortado por una buena cena y varios tragos de lo añejo, habíase dejado caer en el colchón cubierto de almohadas que ocupaba buena parte del cuarto, y veía las cosas mucho más color de rosa que antes, persuadido incluso de que sus alarmas respecto de Caracciolo no reconocían fundamento ni obedecían a otra causa que al pánico producido en su conciencia por las palabras de Alberoni relativas al malhadado libelo.

— La culpa te la tienes tú, tú solo — proseguía diciendo Don Artal, que había revestido una magnífica *robe de chambre* sembrada de flores y aparentaba más palidez que nunca, bajo los rizados bucles de su ordenada peluca —. Pero te vendes tan caro y cuesta tanto echarte el guante, que, cuanto se te logra, no hay otra manera de conservarte que haciéndote prisionero. Vamos a ver, ¿te has divertido?, ¿qué te pareció la reunión?, ¿quién te ha llamado más la atención en ella?

— ¡El Marqués Caracciolo! — repuso sin vacilar Castillo, mientras el Abate se acomodaba junto a él familiarmente.

— ¡Ah! ¡Ya me lo figuraba! A todos mis conocidos les sucede lo mismo — exclamó Don Artal con cierto despecho —. Y es lógico, porque ese hombre constituye la novedad del día y reúne cuantas cualidades son de admirar en las criaturas, a pesar de la cual y de sus indiscutibles méritos, te voy a ser franco: el Caracciolo no acaba de inspirarme confianza.

— ¿Por qué?

— Por muchas cosas. Lo primero de todo por el título que usa. Claro que puede haber muchos Caracciolos en Nápoles, donde el ilustre apellido se repite a menudo; pero yo, que conozco las genealogías de Italia, no puedo unir este marqués con ninguna de ellas, e igual les sucede a los Príncipes de Santo Buono, que ostentan el mismo nombre. Además, cuanto se refiere a ese Antinoo que nos ha llovido del cielo resulta misterioso, incluso lo que hace en Zaragoza y de dónde saca el dinero que gasta a manos llenas. Lo más probable será que resulte hijo natural de algún personaje extranjero, aunque aun así es sorprendente lo bien que habla nuestro idioma. En fin, no sé... ¡son tantos los aventureros que acuden a esta Corte y que intentan aprovecharse de las circunstancias anormales por que atraviesa España!... Lo único cierto es que, proceda de dondequiera, puede pasar por un tipo de belleza varonil en el estilo de aquellos principículos de apariencia frágil y fuerzas hercúleas cuyos retratos nos legaron los pintores del Renacimiento, y que las mujeres se vuelven locas por él en cuanto les habla dos palabras. Yo sé de una, muy principal por cierto, que se en-

cuentra a riesgo de perder por su culpa el buen nombre que goza, y hasta monseñor de Lanti acaba de decirme que su señora tía, la Camarera Mayor de Palacio, para quien el marquesito trae cartas de presentación de algunos Cardenales romanos, tiene vivos deseos de conocer a esa octava maravilla con que acaba de obsequiarnos Nápoles. En cambio, el interesado parece no enterarse de sus éxitos, como si fueran la cosa más natural del mundo, y la única dama que hasta ahora le ha impresionado es la Condesa de Ecija, Doña Serafina Enríquez de Pimentel, Duquesa de Sahagún y de Cea, a quien la Corte de España conoce generalmente por el nombre de la Niña de Plata.

— ¿La Duquesa de Sahagún? — interrumpió bruscamente Anselmo, despertando de su enervamiento.

— Sí, hombre, la Duquesa de Sahagún, que ahora se encuentra aquí en compañía de su íntima amiga la de los Cameros. ¿Por qué te sorprende tanto la noticia? ¿La conoces?... Y lo mejor del caso es que Caracciolo no ha hablado nunca con ella, ni la ha visto sino dos veces, la última ayer, y ambas de paso, porque la bella no vive en Zaragoza, sino en el campo, y nadie puede llegar hasta su presencia, ni yo mismo que la conozco bastante, por el riguroso luto que guarda. Pero ¿qué nos importa todo eso? No es para tratar de los extraños por lo que he te secuestrado aquí, sino para discutir sobre tu futuro. Si el napolitano, o lo que sea, salió a colación, fué por purísima casualidad, y si te previne en contra suya obedeció a mi convencimiento de que por su intermedio nada conseguiré de provecho. Esos niños bonitos, que parecen felinos jóvenes, y que poseen toda la gracia de éstos, dan muy malos resultados como amigos

y nunca sirven como protectores, porque son demasiado egoístas, y tarde o temprano sacan las uñas, que mantienen escondidas bajo las encantadoras zarpas. A tí lo que te hace falta es una persona desinteresada, que simpatice contigo y que sepa dirigirte y encauzarte por las sirtes cortesanas.

— Una última palabra sobre el Marqués, Don Artal, y perdone Vuestra Señoría mi curiosidad — exclamó Castillo, deseoso de aclarar las dudas que tan caviloso le traían —: ¿Se trataba de su persona cuando el Señor Abate me dijo ayer en el Coso que acababa de despedir a un amigo que se dirigía a casa de los Roca? ¡Ya sabe, los impresores de la calle del Salvaje!...

Don Artal pareció sorprenderse mucho de la pregunta, y permaneció algunos segundos silencioso, como si estuviese recordando sus andanzas de la víspera, hasta que repuso, terminante:

— ¡Vaya unos disparates que se te ocurren pensar! Ya no sé lo que dije, porque anoche bebí un poco más de lo justo; pero de seguro que si afirmé lo que repites, sería para intrigarte y picar tu curiosidad. ¡Quién había de ser, sino tú, capaz de despreciarme para correr junto a un esperpento como esa Feliche! ¡Lo único verdad es que esa familia, a la que tanto atiendes, no me inspira ya confianza, porque he oído hablar muy mal de ella en los últimos días, y que tal como se van poniendo las cosas, resultará peligroso para una persona de mi calidad seguir frecuentando aquel antro, por lo cual no pienso volver a poner los pies en la imprenta. Tú también deberías imitar mi ejemplo, y si las visitas que tan frecuentemente les haces obedecen a necesidad únicamente, desde ahora puedes contar con mi bolsa para evitártelas por completo.

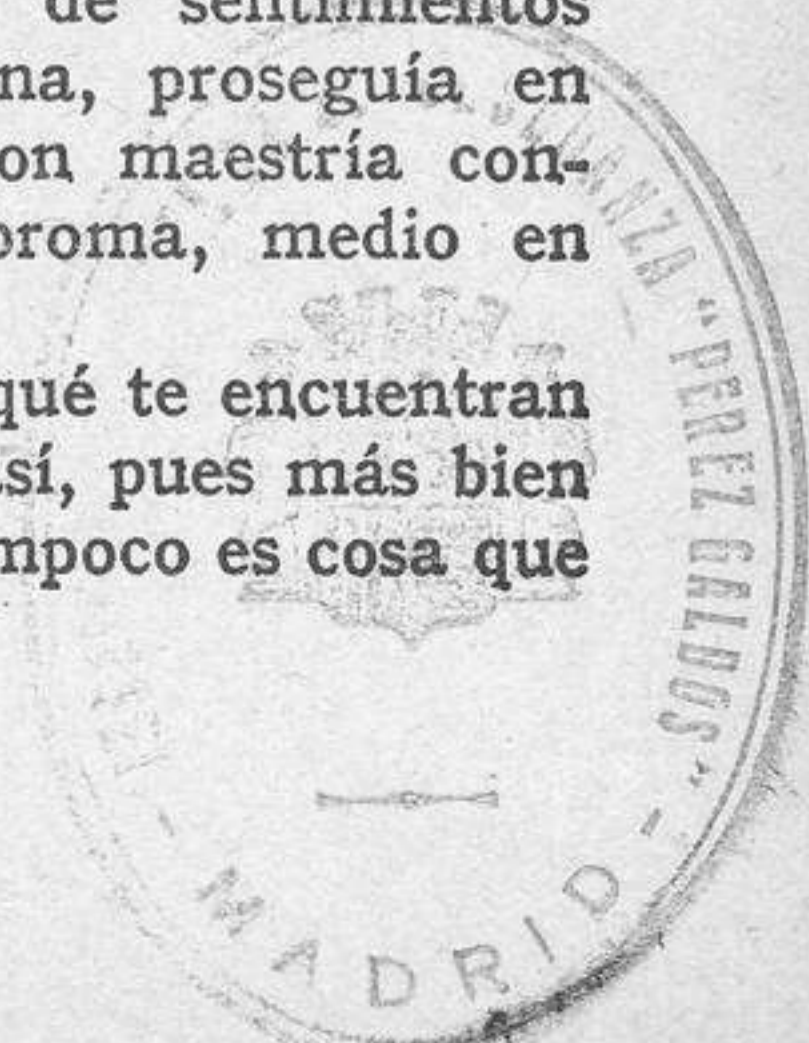
Anselmo trató de protestar muellemente y de hacerse el interesante, asegurando que sus aspiraciones no alcanzaban sino a vivir tranquilo e ignorado; mas el Abate, que sentía suavizarse las asperezas y que no aceptaba contradicciones cuando su voluntad sentaba una premisa que le convenía, insistió, diciendo con elocuente convicción:

— No; ya sé que eres muy listo y que no necesitas de nadie para merecer favores, pues también las mujeres te distinguen bastante, primero porque les gustas y después porque las diviertes. No, no protestes; conozco muchas de tus aventuras, y conste que no hablo de las de la calle de las Rufas y otras parecidas. Te he hecho seguir algunas veces, sin que tú lo notaras, y sé tus visitas a cierta torre vecina de Zaragoza, donde parece que habita una damisela loca por tus picardías...

El protegido de Casilda, que efectivamente iba blandiendo un poco, estremeciéndose al escuchar las anteriores palabras, reveladoras de que el gran secreto de su existencia, aunque trunco, obraba en poder de aquella criatura tan frívola, y su anterior benevolencia para los sondeos de que estaba siendo objeto, tornóse de pronto en ira y despecho contra el entrometido, que así abusaba del poder de la fortuna para mezclarse en los actos de las personas que por algún estilo llamaban su atención.

Sin darse cuenta del cambio de sentimientos verificado en Domingo de Triana, proseguía en tanto Don Artal su empresa, con maestría consumada, elogiando, medio en broma, medio en serio, las prendas del astrólogo:

— No, y el caso es que no sé qué te encuentran las gentes para que las agrades así, pues más bien eres feo que guapo, y la figura tampoco es cosa que



valga la pena notarse; pero tienes gracia, es decir, gracia precisamente no. Lo que atrae en ti es algo difícil de definir, algo de corrompido que se advina en tu mirada, algo que persuade de que conoces al mundo y sus complicaciones en los repliegues más profundos...; de que debes de ser muy expresivo y muy libre de escrúpulos cuando quieras bien...

Las risotadas irónicas con que el bellacón recibía tan singulares alabanzas, desconcertaron un poco al metafórico Abate, quien, ensayando otra cuerda de más resultado, cambió de rumbo, haciendo mil ponderaciones de los versos y prosas de Domingo de Triana, bastante menos valiosos ciertamente de lo que el de Luna sostenía con todo el fuego de su capricho.

—Ese, ese es el camino que debes seguir para hacerte célebre. Yo no conozco todo lo que escribes, sino una pequeñísima parte, y desearía verte más a menudo de lo que te veo para que me leyeras o consultases cuanto te viniera en gana, pues creo que como juez sirvo bastante, y, sin regalarte el oído, considero que, salvo las composiciones de Don José Tafalla Negrete y los versos del desafortado Padre Butrón, sólo veo un rival para tí en ese anónimo y atractivo gran Piscator de Sevilla, autor del último Lunario publicado en Zaragoza, cuya verdadera identidad nadie hemos podido penetrar por haberse negado terminantemente Samuel Roca a revelarla, y que, si no te incomodas ni te pones celoso, confesaré me atrae como pocos autores y hasta que daría cualquier cosa por conocerle y colaborar en sus tareas.

El áspid de la vanidad, vencedor de tantas resistencias y tantas virtudes, picó en aquel momento el pecho de Anselmo con mucha mayor fortuna

que los demás argumentos empleados hasta entonces por su presunto Mecenas, y dichoso éste al notar la expresión beatífica que reflejaba el semblante del truhán, lanzó su última reserva, manifestando astuto:

— Siempre cuando hablé de ti, dije que tenías mucho porvenir por delante. ¿Quieres dejarme usar de mi experiencia y de mis valimientos en este cuidado para orientar ese porvenir? Lo primero y más conveniente sería que escribieses algún libro de substancia, dedicado a un gran Príncipe: al Duque de Vendôme, por ejemplo, que es el que hoy está de moda. Yo me honro con la intimidad de Monseñor, así que nada más fácil que presentarte y ponerte en coyuntura de merecer su favor. Si no lo consigues con los medios de que dispones, es porque resueltamente no pretendes hacer carrera en la vida. Y te advierto, para que lo tengas presente en cualquier resolución que tomes, que la Princesa de los Ursinos y el Generalísimo, contra lo que los chismosos propalan, viven a partir un piñón y constituyen hoy por hoy los verdaderos árbitros de los destinos de España.

La proposición del Abate respecto al padrinazgo literario del vencedor de Villaviciosa, coincidiendo con la reciente participación de Anselmo en la sátira de casa de los Roca contra el mismo personaje, resultó afortunadamente tan cómica para Domingo de Triana, que, sin poder disimular el regocijo que le producía el caso, dejóse vencer por la hilaridad, comenzando a soltar carcajadas cada vez más fuertes, hasta parecer que iban a degenerar en un verdadero ataque de risa.

Desconcertado Don Artal al apreciar el singular efecto de sus laboriosos esfuerzos, procuraba vanamente inquirir la causa de aquella alegría tan

exagerada, y a su juicio tan fuera de lugar; mas a todas sus interrogaciones contentábase Anselmo con responder por señas que le era imposible explicarse: hasta que, prolongándose demasiado la escena, y comenzando a mostrar el rostro del nieto de los Luna señales de cólera, consideróse el pícaro sevillano en el caso de ponerse en pie y hacer unas cuantas reverencias, expresando al mismo tiempo con frases entrecortadas la necesidad ineludible en que se veía de retirarse para reflexionar sobre las tentadoras ofertas que acababa de oír, así como el agradecimiento sincero e infinito que sentía por aquellas pruebas de interés que Don Artal acababa de darle y que, bajo ningún concepto, merecía su insignificante persona.

— Pero... ¿te vas? — exclamó el Abate, muy contrariado.

— Claro que sí. ¿Su Señoría no sabe la hora que es? Constituiría un remordimiento para mí el privar por más tiempo de descanso a una persona tan ilustre como el dueño de esta casa. Bastante he abusado ya de su deferencia, y, ahora que conozco el camino, si Su Señoría me da licencia, volveré cualquier día de estos para traerle la respuesta que me ha pedido.

— ¿Volverás... de veras?

— ¿Y por qué no he de volver, cuando tan bien se pasa aquí? Si hoy no le robo más tiempo al Señor Abate es porque mañana tengo que hacer temprano una porción de cosas y soy muy poco madrugador. Pero quedo perfectamente enterado de cuanto me ha dicho; lo pensaré, y desde luego comprendo la obligación a que me sujetan los buenos deseos de Su Señoría.

Aquella respuesta, que podía interpretarse de muchos modos, fué acogida por Don Artal en el

que más halagaba a su vanidad, y no queriendo quedar por bajo del travieso maulero en punto a cumplimientos, manifestó melindroso:

—Puede que tengas razón. Mejor será descansar porque mañana va a ser un día de prueba para todos y necesitaremos que nos coja con fuerzas. ¡Si supieras la de obligaciones que pesan sobre mis espaldas! Primero he de recibir aquí a varios sastres y proveedores, amén del peluquero Cristóbal Binet, que desea ensayar varios peinados nuevos bajo mi dirección. Más tarde, si se me alcanza el tiempo, daré lección de baile con Monsieur Nicolás Fanton, maestro de danzas del Príncipe de Asturias y de la Reina nuestra Señora; luego debo asistir con los Caballeros de San Juan a la recepción de Sus Majestades en el Pilar; de allí marcharé hasta Alfranca...

—¿Qué, también es Vuestra Señoría de los que forman en el coro de adoradores de la Duquesita de Sahagún? —interrogó Anselmo, fingiendo indiferencia, aunque vivamente interesado por lo que oía.

—¡Ay, eso no! ¡Amigos!, ¡nada más que amigos, te lo aseguro! ¡No vayas a imaginar disparates! Y si voy mañana es únicamente para saludar al Señor Duque de los Cameros, que llegó esta mañana y a quien aun no he visto. Alfranca no es lugar para mí. La Duquesa Doña Blanca es una santa y una gran señora en toda la extensión de la palabra, ¡libreme Dios de discutirlo!; pero resulta demasiado severa para mis gustos; es una mujer que no sigue la moda. ¡Pobre Serafina! ¡Lo que ha de aburrirse a su lado, ella tan alegre, tan seductora! Por cierto que desde que se hizo pública la demanda de nulidad del casamiento con el Conde de Ecija le llueven pretendientes por todas partes, aunque ella no atiende a ninguno, porque, aquí que nadie nos

oye, te confiaré que está enamorada de un segundón sin fortuna, muy amigo mío, que se llama Don Fadrique de Córdoba, y ese es el que, si se queda libre, la volverá a llevar al altar; digo, si no se interpone en su camino otro rival como Caracciolo, a quien considero capaz de cualquier cosa cuando se le ponga en la cabeza conseguirla...

—¿Y dice Vuestra Señoría que el Señor Duque de los Cameros?...

—El Señor Duque es un mentecato que se largó muerto de miedo a sus estados de Andalucía, después de la batalla de Zaragoza, y que ha necesitado que su insigne esposa le convenciera de que no corría peligro para que se decidiese a venir hasta Zaragoza para hacer la corte de Sus Majestades. Por ahí se corre que le van a dar uno de los altos puestos de Palacio, en cuanto se muera alguno de los vejestorios que ahora los desempeñan. Pero yo no lo creo. ¡Y eso que la casa de nuestros Reyes anda de un modo que nada sería de sorprender! No parece sino que la princesa de los Ursinos busca con candil los más inútiles para que no le hagan sombra. ¡Cuándo se decidirán los Señores a sacudir la tutela de su carcelera! ¡Tendrán que ordenárselo de Versalles, como todo lo demás! Y se lo ordenarán, tenlo por seguro, pues aunque las últimas rebeliones de la de los Ursinos hayan tenido buen resultado, su prestigio con la Maintenon se ha acabado para siempre. La Maintenon está convencida ya de que no podrá gobernar en España por medio de su amiga, y, acuérdate de lo que te digo, Minguillo: en Francia disimulan, pero a la primera ocasión que se presente se desharán de la Princesa, como quien se deshace de un trasto viejo e inútil. ¡Ah, la Corte, la Corte! ¿Sabes cómo la definía el otro día mi amigo Alberoni?: «La

Corte es el alcázar de la discreción: allí se habla todo el día, sin decir cosa alguna»...

De acuerdo con este concepto, el Abate seguía ensartando cuentos y emitiendo opiniones sobre todo lo opinable, hasta que Anselmo, aprovechando un momento de respiro, se despidió con dos palabras y salió corriendo del cuarto, sin preocuparse de la expresión de disgusto y asombro que se pintó en la pálida y noble fisonomía del Bailio de Santa Eufemia.

XII

La desazón, sin embargo, que en el confidente de los Centelles produjo el saber que una persona tan ligera como aquel brillante anfibio estaba enterada de sus visitas a la torre de Casilda, junto con el cavilar sobre las complicaciones que para la tranquilidad de la Niña de Plata podían originar los galanteos del Marqués Caracciolo, impidieron de nuevo a Anselmo conciliar al sueño hasta bien entrado el día, en que dormido al fin, y soñando con toda clase de disparates, vióse forzado a abrir los ojos, gracias a los gritos callejeros y al bullicio del pueblo, salido de sus casas para presenciar el paso de la Comitiva Regia, que tenía anunciada su visita a la Santa Iglesia del Pilar aquel día, festividad de San Valero, con objeto de ofrecer a la milagrosa y Venerada Imagen el tierno sucesor de la Corona de España.

Aquellas horas sirvieron, sin embargo, de mucho a la contrición de Anselmo, quien recapitulando las faltas cometidas durante su breve permanencia en la Capital de Aragón, y los peligros que le acechaban aún si prolongaba su permanencia en ella, terminó por evocar el recuerdo de la

Señorita de Solís como la única barrera capaz de contenerle en el camino de la perdición y de vencer los atractivos que las oportunidades y los vicios de la urbe ofrecían de continuo a su concupiscencia de hombre fácil.

La necesidad de reaccionar inmediatamente, de recogerse al sosiego y la paz idílica de la casita del Gállego, recobrando cerca del ilustrado Don Jaime y su encantadora sobrina la lucidez necesaria para no volver a incurrir en errores y claudicaciones irreparables, impusiéronse al espíritu del descarriado buscón, que, en aquel punto, y sin pararse a recordar las fiestas que aun preparaba Zaragoza, formó decidido propósito de abandonar la ciudad y recogerse al asilo donde tan dulces se deslizaban las horas.

Efectivamente, cuando el huésped de la posada de San Jerónimo dejó ésta, caballero en su macho, y con la firme resolución de substraerse a todas las tentaciones pecaminosas que pudieran asaltarle en adelante, repetíanse de nuevo por las vías cesaraugustanas los júbilos y las alegrías de sus habitantes, corriendo mujeres y hombres por las enjunciadas calles, a fin de gozar el espectáculo que se les ofrecía y aplaudir una vez más la persona de la Saboyana y de su Augusto primogénito.

La decisión de Castillo era, no obstante, inquebrantable, y evitando distraerse con los halagos de la Ciudad, a los que tan fácilmente sucumbía su fragilidad, torció el rumbo, saliendo a la Ronda y contentándose con pasar de largo junto a la plaza donde se aglomeraba numerosa y movediza la muchedumbre, no sólo delante del Templo, a cuya entrada esperaba el venerable Cabildo, presidido por su Deán, con el palio dispuesto para recibir a los Soberanos, sino en portales, ventanas, mi-

raderos y cuanto lugar resultaba disponible para la curiosidad o el entusiasmo.

Tan inusitado alboroto contrastaba con el silencio y el reposo que iba circundando al sevillano según se alejaba de la urbe en su camino de regreso, aumentando tal sensación a la entrada de la residencia de los Centelles, donde todo era tranquilidad y a nadie se veía fuera de la casa.

¡Qué impresión tan saludable de bienestar, de ambiente sano, experimentábase allí, lejos de la terrible Capital, revuelta por las intrigas y las ambiciones, o contaminada por cuantas torpezas cabían en la inquietud humana!

Sí; aquella vida que acababa de dejar atrás Anselmo tenía que terminar de una vez para siempre. Reuniendo todas sus fuerzas, postraríase el cuitado a los pies de la celestial Casilda, e imploraría su ayuda, ofreciéndose a cuidar y servir como el más fiel de los criados a Don Jaime, con tal de que se le permitiera seguir viviendo siempre a su lado y se le mostrara de vez en cuando alguna estimación, o, por lo menos, algún afecto.

Decidido a conducirse así y a evitar mientras le fuera posible las comisiones en el exterior, penetró en la cocina, como tenía por costumbre cuando llegaba de fuera, siendo grande su sorpresa y su disgusto al enterarse al cabo de un rato de las causas que motivaban el extraordinario sosiego de la torre, causa bien distinta por cierto de las que venía imaginando su exaltada fantasía y que a fuerza de trabajo pudo deducir de las razones que le dieron los criados valencianos Asvinda y Anicereta, a quienes la gravedad de las circunstancias privaban del escasísimo seso con que la naturaleza les había dotado.

De tales razones, ampliadas y glosadas a poco

por la sapienta Corra, muerta por hablar con alguien que la escuchara seguido, y desahogarse de las pesadumbres que venía soportando desde la partida de Castillo, vino éste a sacar en limpio que el estado de Don Jaime no había hecho sino empeorar durante su ausencia, repitiéndole varias veces las crisis de furia iniciadas con la discusión sobre la futura suerte de España y complicada después con la renovación de otros recuerdos que hasta entonces parecían dormidos en el cerebro del demente.

La encarnación de Tácito había dado fin, para ser substituída por la de Felipe II en trance de condenar a su hijo el Príncipe Don Carlos como criminal y traidor a la patria; mas aun en aquella insana manifestación del anciano caballero, mezclábanse los elementos reales con los ideales en extravagante desorden, confundiendo casi siempre sus ideas y designando al degenerado Príncipe con el nombre de Borja, que nunca hasta entonces pronunciara y que correspondía al de su verdadero hijo, causa y origen de todas las desdichas del señor de Centelles.

Los aspavientos y las caras de horror de Asvinda y Anicereta cada vez que se repetía el nombre del desalmado guerrillero valenciano, santiaguándose al mismo tiempo como quien mentara al demonio, correspondían perfectamente a las imprecaciones y reniegos con que acompañaba la sorda Corra el relato de la sombría tragedia desarrollada en Bañeres, que terminó con la pérdida de la razón del desgraciado padre, abrumado por los crímenes y las ferocidades sin nombre de su desnaturalizado descendiente.

—Aquello se recuerda y no se cree —repetía espantada la vieja—. Ya Trincas te habrá contado algo de lo que sufrimos entonces y de lo que a él

le tocó en suerte, pues Borja le quitó lo que más quería en el mundo, que era una moza llamada Cristeta, más salada y más alegre que un jilguero.

Anselmo, impresionado por aquel ambiente de drama, donde sólo creyera encontrar égloga, recordaba, en efecto, algunos momentos de expansión del ex sacristán de Bañeres, antes de entrar al servicio de Jenaro de Pereda, pareciéndole sentir aún el odio implacable que respiraban las palabras del bizco cada vez que hablaba del execrado Borja, complaciéndose en repetir que por hundir su cuchillo en el cuerpo de aquel miserable y vengar al mundo de las tropelías que cometiera desde que tuvo uso de razón, daría con gusto la vida y cuanto de bueno pudiera esperar aún en ella.

Las maldiciones de la Corra todavía resultaban más expresivas.

—¡Permita el Santo Cristo de Bañeres que cieguen esos ojos con que ha mirado a tantas mujeres, para su deshonor y condenación eternas! ¡Sin tener que llevarse un pedazo de pan a la boca quede lo que resta de vida, por todo el oro que ha robado y la miseria que trujo a cuanto tocaron sus manos! ¡Que las fieras le despedacen las entrañas y los buitres le roan hasta el corazón, en pago de lo que ha hecho padecer a su santo padre y de las lágrimas que por su culpa ha vertido la bendita Sinyoreta!...

—Pero Señora Corra —atrevióse a insinuar Anselmo, por señas—. ¿No se equivocará su merced al suponer que ese monstruo vive, y no habrá muerto en la batalla de Almansa, como algunas veces piensa el propio Trincas?

—¡No!, ¡perros como él no mueren nunca! ¡Tienen pacto con el diablo! ¡Vive, vive, y aun ha de

darnos que hacer a todos con sus maldades! ¡Mi Señor le ve a veces en sus delirios, y las personas como él no se equivocan nunca. Ahora, desde que tú te marchaste a la ciudad, no se le cae de la boca el maldecido nombre: y antes, en muchos años, pareció que lo había olvidado. ¡Señal de que vive y no está lejos! Si hubiera muerto, nos dejaría en paz a todos y Don Jaime estaría bueno y sano, porque lo que nuestro Señor padece no es enfermedad, es embrujamiento, y no le pasará hasta que maten a quien le hechizó.

Impresionado por aquella fe en los sortilegios, que sobrepujaba en mucho a todas sus fantasías sobre la materia, Anselmo volvía a escuchar la descripción fragmentaria del calvario de Casilda, y se estremecía de horror ante las calumnias y las asechanzas de que había sido víctima aquella inocente por parte de su desalmado primo.

—¿Y qué hace ahora la Sinyoreta, como vosotros la llamáis? —interrogaba alarmado, viendo que se sucedían las horas y aun no había podido saludar a la dueña de la torre.

—La Sinyoreta no se aparta de la cabecera de su tío, que sólo a ella obedece y de nadie prueba bocado sino es de su mano. ¡Pobrecita mía! Esa sí que es un ángel. ¡Y pensar que Don Jaime, que tanto le quería, no la reconoce ahora y a veces le cuenta su propia historia, como si se tratara de otra persona! ¡Áy qué mundo, qué pachotero mundo! ¡Malditos sean los hombres! ¿Para qué nacieron y no nos dejaron a nosotras solas, que sabemos arreglar tan bien las cosas?...

La gravedad del enfermo continuó hasta el anochecer, en que, cayendo rendido por la fatiga, pareció dormirse un poco, lo que permitió a Casilda dejar el cuarto y acudir al encuentro de Anselmo,

que se quedó atónito contemplando el cambio sufrido por su ídolo en tan poco tiempo.

Desencajada, con los ojos enrojecidos por el llanto, abatida y sin ánimos para disimular el quebranto de todo su ser, dejóse caer la doncella en un asiento y principió a conversar con Castillo, que le enteró detalladamente del resultado de todas sus diligencias, evitando como era natural referirse a las indiscreciones de Don Artal y a las comprometedoras relaciones literarias de Samuel y Feliche, que tanto disgustaban a la Señorita de Solís.

Lo que más impresionó a ésta, sin embargo, de las referencias de Anselmo, salvo la falta de noticias de Jenaro, fué la noticia de los sentimientos de Caracciolo respecto de Doña Serafina Enríquez, y el riesgo que pudiera correr la Niña de Plata en aquella nueva complicación de su existencia.

—¿Sabrá algo de eso la Señora Duquesa? —interrogaba angustiada Casilda, olvidándose de sí misma para pensar en los demás.

—¡Cómo va a saberlo, si nunca ha visto ni hablado al Caracciolo! —respondía Castillo, deseoso de tranquilizar a la doncella.

—¿Y no sería conveniente prevenirla de algún modo? ¿Advertir siquiera a Doña Blanca?...

—Aún es pronto, señora mía, puesto que el hombre apenas si la ha visto dos veces.

¡Cualquiera penetra en la fortaleza que se ha organizado en Alfranca! Allí se hace vida de convento, como parece que le gusta a la de los Cameros, y Doña Serafina, por no dar que decir, se conforma con todo.

—¡Acaso cambie el régimen de la casa con la llegada del Señor Duque y de la familia!

—Si tal sucede, ya prometo a la Señorita que aprovecharé la primera ocasión que se presente

para colarme de rondón en el palacio, aunque sea por las cocinas o por alguna chimenea.

Acto seguido comenzó la sobrina de Don Jaime a interrogar a Anselmo respecto del Marqués Carracciolo, y cuando el buscón la hubo transmitido las murmuraciones de Don Artal de Luna respecto del presunto aventurero y las desconfianzas que su persona acababan de inspirarle a él mismo, quedóse profundamente pensativa, permaneciendo silenciosa largo rato, hasta terminar diciendo, con evidente sentimiento, aunque firme:

—Lo que acabo de escuchar me confirma más y más en la resolución que vengo meditando estos días sobre vuestra persona, Anselmo, cuyos servicios no resultan necesarios por ahora aquí, y en cambio son indispensables en Zaragoza, para que estemos al tanto de cuanto pueda ocurrir en esa improvisada Corte. Allá tenéis, pues, que volver desde mañana, instalándoos de asiento, y viniendo únicamente acá, de noche, cuando tengáis algo que comunicarme de importancia.

Al oír aquellas palabras que parecían estudiadas adrede para desbaratar todos los planes que el arrepentido pecador había venido combinando durante el camino, y expulsarle definitivamente del paraíso en que vivía, sintió Castillo que se le desplomaba encima una montaña, o que sonaba la hora del juicio final para sus ilusiones, por lo cual comenzó a balbucear disculpas, creyendo haber faltado en algo a la confianza que en él depositaba la prometida de Jenaro, o ser víctima de un castigo merecidísimo de la Providencia.

Mas Casilda, adelantándose a todas sus protestas y manifestaciones de lealtad, le hizo comprender, con lógica incontrovertible, la conveniencia para Don Jaime de reposar un poco, de aislarse y no ver a na-

die con quien pudiera discutir ni excitarse de nuevo, a la par que la necesidad para todos, en vista del giro que tomaban los acontecimientos, de contar en la ciudad con un agente seguro que les informara de cuantas novedades fueran ocurriendo y les previniera de cualquier peligro que pudiera amenazarles.

—Sí, sí; todo eso está muy bien pensado; yo iré a Zaragoza, o donde me manden, y ejecutaré cuanto esté en mi mano para complacer a mi Señora, que de sobra sabe tiene un esclavo en mí —respondía Anselmo, convencido únicamente a medias—. Pero ¿y su merced? ¿Cómo va a quedarse sola en este destierro?

—Por eso no se apure Domingo de Triana, que la soledad y yo hacemos buenas migas desde que comenzó el siglo.

—¿Y no os preocupa la idea de permanecer indefensa frente a la enfermedad de Don Jaime, sin tener alguien al lado en quien descargaros algunos ratos, como sucedía hasta aquí, o con quien desahogar al menos vuestras penas?

—¡Mis penas ¡Estoy tan acostumbrada a soportarlas en silencio!

—Momentos llegan en que alcanzan un grado que pueden ahogarnos, si no las comunicamos con alguien.

El rostro de Casilda ensombrecióse aún más al escuchar tal reflexión, y sin mirar a su interlocutor, con voz desmayada, en que se transparentaba el desencanto de su alma, murmuró sincera:

—¡Tenéis razón! ¡Consentidos por Dios para probarnos, o cultivados como si fueran flores raras, los tormentos espirituales logran adueñarse a veces de nosotros y dominar nuestra fortaleza. En vano nos hace creer el orgullo a las pobres criaturas que somos capaces de resistir sin lími-

tes el dolor. ¡Todo tiene su término en el mundo, y a veces se siente tan fatigado el cuerpo y el espíritu, que parece mentira el haber podido soportar lo que fué, e imposible resistir a lo que será! Horas hay de agonía, en que las criaturas más animosas se creen próximas a la muerte o a la desesperación. Y otros instantes, en que la pequeñez que somos se siente tan abandonada, tan inútil, dentro de la eternidad, que, avergonzada de sí misma, sólo tiene aliento para postrarse por tierra y entonar el yo pecador...

—¡Señora Casilda!... —imploró Anselmo, acongojado—. ¡No hable su merced de ese modo!... ¡No desfallezca así!...

—¿Creíais, por ventura, buen Castillo, que yo no era de carne y hueso como las otras mujeres? ¡Todos somos hermanos en la aflicción! ¡Todos tenemos minutos de dudas y de desfallecimientos! Creemos acertar porque pensamos sacrificarnos en holocausto a los demás, y el sacrificio no encierra a veces otro mérito que el orgullo de manifestar con hechos nuestra superioridad sobre cuanto nos rodea. Aspiramos a resolver sin intermediarios los conflictos de la vida, y, apenas nos inclinamos de un lado, daríamos gustosos cien años de existencia por persuadirnos de que aquel partido es el preferible.

—¡Qué no renunciaría este humilde hijo de la nada, por merecer la honra de ser consultado en esos momentos! —atrevióse a declarar conmovido Anselmo, poniendo toda su alma en sus palabras.

Pero la invocación del paria no fué oída, ni mereció siquiera que la persona a quien iba dirigida comprendiera el recóndito sentido que encerraba.

—Gracias, Anselmo —limitóse a responder la doncella, sin percatarse de la intensa emoción de

su confidente—. Y no os ofendáis por lo que voy a deciros, mas vuestro consejo, por acertado que fuese, carecería de autoridad a mis ojos. Necesito de alguien menos ligado a este mundo, más puro, más próximo a Dios...; a veces pienso en esa Señora de que tanto he oído hablar, y que cuantos conocen veneran... en la Duquesa de los Cameros; y me vienen como ansias de correr hasta ella, de descubrirme a su amistad, de asesorarme con su virtud respecto de si hago bien o hago mal en la conducta que sigo, de convencerme si mi rigor con Jenaro es una prueba de amor, como yo pretendo que él crea, y no coquetería hipócrita o crueldad vengativa por los pasados desdenes...

Alarmadísimo Anselmo ante las anteriores manifestaciones, y sobre todo ante la posibilidad de que Casilda se decidiera a ejecutar lo que acababa de decir, sintió brotar de pronto en su pecho, con bestial pujanza, el egoísmo masculino y arrollador que aniquila en un momento dado todos los demás sentimientos, para no dar cabida en el espíritu ni en el cuerpo a otro impulso que el de vencer sea como sea, deshaciéndose del enemigo de cualquier modo y con cualquier arma, por ruines que éstas sean.

—Presentaros en Alfranca de rodillas e implorando compasión a la familia de Jenaro de Pereda —insinuó pérfidamente el maestro de intriga, procurando asegurar en lo posible su voz— equivaldría a colocaros para siempre en un pie de inferioridad respecto de vuestro prometido y de su hermana, situación que haría inútiles las pasadas firmezas y comprometería para siempre el porvenir de vuestra dicha. A las personas indecisas, débiles de carácter, volubles y capaces sólo de grandes e intermitentes arranques, como le sucede al

Señor de Pereda, únicamente les impresiona quien posee las cualidades que a ellos les faltan. Si de niño le atrajisteis, fué porque os consideraba por encima de él en todo: por inteligente, por noble, por sensata, por disfrutar de posición más elevada, por ser infinitamente más bondadosa que sus conocidas. Si después de haberos hecho pasar tanto, ahora os busca y os desea, es porque la lección de los desengaños le hacen consideraros como muy superior a cuanta mujer ha conocido hasta hoy. ¡Que la realidad venga a demostrarle que no sois sino una criatura débil y constante, cual existen millares en el mundo, y para un hombre tan impresionable como ese, el encanto se habrá desvanecido por completo!...

—¡No!... ¡eso no!... ¡todo antes que eso! —sollozó la enamorada, persuadida de la cruel verdad que contenían aquellas palabras.

—¡Tened entonces paciencia! —insistió el envidioso—. ¡Continuad en la actitud que tan buenos resultados os está procurando! ¡Haced que sea él quien os descubra, quien se arrastre a vuestras plantas solicitando perdón, quien se humille ante vuestra infalibilidad! ¡Sólo uniéndoos en esa forma podréis contar con garantías de disfrutar la felicidad en el futuro!

—¡Sí! ¡Sí! ¡Tenéis razón! ¡Cuanto decís lo he pensado muchas veces y sigo repitiéndomelo a diario! Pero es que ya no puedo más, Anselmo; es que nunca pensé que la cruz fuera tan dura. ¡Principio a caminar a tientas y no veo sino tinieblas enfrente de mí!

Satisfecho con su triunfo, y sin sentir escrúpulos por la villanía que acababa de cometer, procuró el egoísta distraer el dolor de Casilda, preguntándole con suavidad:

—¿No conoce su merced algún sacerdote o persona calificada de Religión que pudiera comprenderla mejor que yo y consolarla en sus amarguras?

—¡Sí! Conozco y pienso continuamente en un amigo, que se encuentra lejos de aquí, y que pudiera ser mi guía —musitó la doncella—. Si no le llamé antes junto a mí fué porque aún me consideraba con energía suficiente para sostenerme sola, y porque, además, sabía que su presencia era indispensable donde se encuentra...

Anselmo del Castillo meditó unos segundos, calculando el plazo de respiro que aún podía tener por delante, hasta decir al fin:

—¿Se refiere vuestra merced a Mosén Vicente, ese santo varón que vive en Bañeres, donde desempeña el cargo de Rector de aquella parroquia?

—En efecto. De Su Reverencia se trata...

—¿Tanto fiáis de él?

—¡Se trata de una persona que conoció a mi madre y que ha sido mi confesor durante bastante tiempo! Para mí es la persona que, después de Don Jaime de Centelles, merece mayor autoridad..., ¡para mi pobre tío era el único hombre de confianza con que contaba en la vida...!

Anselmo, dedidido a todo, quiso congraciarse con la dueña de sus pensamientos, y, armándose de valor, propuso sin ambages:

—¿Por qué no le escribe su merced, entonces, pidiéndole que venga?

Y ante su indescriptible asombro, como digno castigo a cuanto acababa de cometer, cegado por sus locas fantasías, el hombre de placer escuchó estas palabras suspiradas casi por su víctima:

—¡Ya está hecho! Anoche salió Dimas para Valencia con el pliego...

Los labios del chasqueado buscón estuvieron a punto de dejar escapar un juramento, pues, aun sin conocerle, presentía en el Párroco de Bañeres un enemigo formidable, que si aceptaba la invitación de su ahijada a nadie consentiría influencia sobre ésta, pudiendo descontarse la remoción de cuantos obstáculos había levantado el genio maléfico de Castillo para impedir la unión de los amantes.

Pero Casilda de Solís no pudo darse cuenta de nada de lo que pasaba por la imaginación de su ignorado pretendiente, pues rebosando en aquel momento el vaso de amargura que su corazón llenaba lentamente, rompió a llorar mansa y callada, ocultando el rostro entre las manos, cual si nada esperara ya de parte de la fortuna, ni de la justicia de los hombres.

SEGUNDA PARTE

XIII

¡Jenaro! ¡Qué ajeno estaba el Teniente Coronel del Regimiento de Don Feliciano Bracamonte, de que su persona continuaba siendo motivo de tantas preocupaciones y de que cuanto hacía o decía volaba hasta la casita blanca del Gállego en unos papeles ordinarios y escritos con pésima ortografía, gracias a las imperfectas luces del fracasado discípulo de Mosén Vicente, pero exactísimos y suficientes para que Casilda estuviera informada de cuanto se refería al amado!

Su antiguo protegido Anselmo del Castillo, transformado casi en émulo por obra y gracia del caprichoso azar, temía la llegada de aquellos irregulares correos que avivaban la fe de la Señorita de Solís en el ídolo de su corazón, y al mismo tiempo no dejaba pasar dos días sin acudir al Convento de Capuchinos para recoger las misivas que hubieran podido recibirse, ya que la novedad de éstas constituía el único pretexto de sus expediciones nocturnas a la torre de Centelles, y la ocasión de ver y hablar a Casilda, cada vez más triste y más alejada del buscón.

En su deseo de olvidarla, y sobre todo de olvi-

dar la incalificable conducta que venía observando con ella y con su prometido, dábase de lleno Anselmo a la vida de crápula y desorden, que la residencia de la Corte en Zarazoga favorecía por todos estilos, sin conseguir aturdirse ni silenciar del todo los remordimientos, no obstante la variedad de recursos que para lograrlo ponía en práctica el muy bribón.

Garitos, vino, mujeres, cuanto elemento de mala vida contaba por entonces la cabeza de Aragón en su seno, contribuyó a precipitar el derrumbe moral del falso Domingo de Triana, quien perdidos en el juego y en las francachelas los escasos ahorros de la torre, y necesitado siempre de dineros para cubrir trampas o seguir su vida de holgorio, veíase obligado a solicitar préstamos usurarios de Samuel o de Feliche, a trueque de servicios de toda índole, o empleaba otros medios aun menos escrupulosos y confesables cerca de otras personas, con tal de sostener su aparente prosperidad y seguir engañando a las gentes con su aspecto de hombre feliz.

Combatido por toda clase de sentimientos, asqueado de sí mismo, temeroso de la llegada del Rector de Bañeres, y obstinándose en seguir esperando algo que él mismo ignoraba en qué consistiría o que no se atrevía a precisar, la única ocupación honesta que persistía en el truhán desde su establecimiento en Zaragoza era la de continuar informándose prolijamente de la marcha de los negocios públicos, con objeto de comunicar después las noticias adquiridas a la tirana de sus pensamientos.

Harto comprendía Castillo la imposibilidad de sus otros anhelos, así como el carácter inalterable de domesticidad que revestían sus servicios en

la torre, y, sin embargo, proseguía en dar a Casilda fiel e imparcial cuenta de cuanto lograba saber, porque su experiencia del carácter de la doncella tenía persuadido de que aquel, y no otro, era el procedimiento indicado para mantenerse en el equívoco puesto que ocupaba cerca de la sobrina de Don Jaime, cuya indulgencia podría extenderse, llegado el caso, hasta perdonar al buscón las innumerables trapacerías cometidas por cuenta propia, pero nunca alcanzaría a consentir el engaño más leve en ninguna materia que, de cerca o de lejos, se relacionase con Jenaro de Pereda.

«El Señor —escribía Trincas en una de sus esquelas más limadas— no se resiente casi de las heridas de Villaviciosa y está muy gordo y muy contento, sobre todo desde que se encuentra con él Don Fadrique de Córdoba, que ha dejado su Regimiento de Dragones de Frisia, y está acá en el de Don Feliciano para pelear junto al Señor, de quien no puede vivir apartado, porque así tiene con quien hablar de Doña Serafina, confianza a que el Señor responde entreteniéndole de cosas de vuestra merced, que por cierto pasan muy buenos ratos así, y yo también que les escucho haciéndome el distraído. ¡Ay Sinyoreta y qué finamente la quiere mi amo!»

.....

«El Señor despacha hoy cartas para Zaragoza diciendo a la hermana lo desesperado que está porque todas sus diligencias para encontrar el paradero de vuestra merced sigan resultando inútiles, y añade que lo mejor sería descubrir primero las huellas del sinvergüenza de Anselmo del Castillo, de quien la justicia debe tener noticia en alguna

parte, porque dondequiera que esté no se podrá quedar tranquilo. Y esto no lo ha de leer el interesado, pues no le gustaría y creería que son inventos míos, como dice la Corra cuando quiere calumniarme.»

.....

«Don Fadrique de Córdoba está muy triste porque en las cartas de Zaragoza se anuncia como muy difícil el asunto de la nulidad del casorio de la Señora Duquesa. El Señor le consuela como puede, diciéndole no desespere y siga aquí, para no comprometer a la Niña de Plata con su presencia donde ella está. El Señor ve con muy buenos ojos estos amoríos y trata al Don Fadrique como si ya fueran parientes. De Zaragoza le escriben que están esperando la llegada de Doña Matutina, la tía de vuestra merced, para sonsacarle su paradero, y que si fuera preciso le pagarían muchos ducados por ello...»

Otras veces los billetes de Trincas contenían noticias de las operaciones militares que se emprendían, en espera de la llegada del Duque de Vendôme, llegada que parecía inminente y de todo punto necesaria para obtener los frutos de la victoria de Villaviciosa y de la depresión dominante aún en Barcelona.

La ofensiva de los ejércitos borbónicos dábase en los campamentos del frente por tan segura, que ni Jenaro, ni Don Fadrique, ni ningún Oficial pundonoroso había pensado en posibles descansos durante aquel crudo invierno, ni siquiera en permisos que acaso les privaran de ocupar su puesto de honor en la lucha que se avecinaba.

Por ello, la correspondencia del ex sacristán de Bañeres respiraba seguridad jactanciosa.

«Del llano de Vich y del país del Ampurdán dicen que casi todos los rebeldes se han acogido al perdón. Nosotros operamos por el lado del Cinca, y el 23 de Febrero salió el enemigo de Balaguer y el 25 entramos en Estadilla, mientras otras columnas se apoderaban de Benabarre y otros puntos ventajosos. Con todo, el tiempo anda muy malo y tenemos pocas provisiones. Pero yo me procuro las que puedo, gracias a los dineros que traigo en el zurrón y que el Señor no sabe cuántos son, pues si los viera me los haría devolver.»

.....

«Si tarda el Generalísimo un poco más, va a encontrarse con la mitad del camino andado, porque ya está libre de rebeldes la veguería de Cervera, y el Marqués de Valdecañas se apoderó de Solsona, desde donde parece que se dirigirá a Calaf. Nosotros estamos ahora del lado de Ribagorza y ayer se deshizo un cuerpo de voluntarios en que el Señor se lució mucho...»

Transcurrido, empero, dos meses sin que la deseada fusión de fuerzas tuviera lugar, ni se hablara de la partida del Duque de Vendôme, viéndose, por el contrario, que el de Noailles partía para Perpiñán al mismo tiempo que se murmuraba que Luis XIV disponíase a retirar algunos Regimientos de España, las anteriores seguridades comenzaron a disminuir rápidamente, substituyéndolas por todo el campo de batalla un anhelo extraordinario por conocer las causas del retardo o del desistimiento de la gran empresa soñada.

Análogos sentimientos dominaban en Zaragoza, donde nadie sabía a qué atenerse sobre el futuro, entregándose ciudad y corte a las hipótesis más aventuradas, con objeto de justificar aquella

fatal inacción que, conforme transcurrían los días, iba haciendo inútiles las ventajas obtenidas en Villaviciosa.

Que la primera idea de Felipe V y del Duque de Vendôme había consistido en perseguir las dispersas fuerzas del general Starhemberg hasta Barcelona, era indudable, y así lo manifestó rotundamente Doña Matutina Fernández de Solís en la audiencia que concediera al emisario de su sobrina, usando de pensamientos y palabras que casi podía jurarse correspondían a los análogos de su eterno modelo, la Princesa de los Ursinos.

Por cierto que las circunstancias y los resultados que acompañaron a tan memorable entrevista, celebrada poco después de la llegada de la Camarera Mayor, resultaron totalmente distintas a cuanto Anselmo y Casilda imaginaron sobre el caso.

Admitido a presencia de la Azafata, que descansaba sobre un gran sillón, lejos de mostrar sorpresa ni cólera por la aparición del antiguo cortejante de Doña Mayor, bajo el ocasional nombre de Domingo de Triana, permaneció algunos segundos considerándole fijamente, hasta manifestar al fin, olímpica:

—Ya me suponía yo desde hace tiempo que mi sobrina os empleaba en su servicio, y que a vuestra agudeza se debía la perfección con que Casilda ha sabido borrar los trazos de su persona, para que nadie pueda molestarla. También me figuro a qué obedece esta visita y a lo que se extiende la carta de creencia que os ha franqueado las puertas de mi habitación; pero prefiero advertiros desde luego, para que evitéis discursos inútiles, que conozco al dedillo el lugar del retiro de Don Jaime, como quien ha pleiteado años enteros por ese famoso mayorazgo que hoy disfruta la heredera de los So-

lís. En cuanto a guardar silencio con todo el mundo respecto de mi sobrina, que será seguramente otra de vuestras comisiones, es cosa que vengo practicando, por conveniencia propia, desde que Casilda se marchó de mi lado, y, hasta ahora, no he tenido motivos para variar de actitud, a pesar de los esfuerzos que por conseguirlo han realizado muchas personas. Respecto, finalmente, de noticias públicas o privadas que puedan interesar a mi aprovechada discípula, y que indudablemente tendréis encargo de sonsacarme, podéis decir a vuestra protectora que no hay inconveniente en que me mande preguntar cuanto juzgue oportuno saber, reservándome yo el responder o no a su interrogatorio, para evitar que vuelva a sucederme lo que me ocurrió en Madrid cuando los enredos de la Marquesa de Teruel, lección que nunca olvidaré, como no olvido nada de lo que contra mí se hace o se ha hecho en la vida.

Intimidado ante tal recepción, limitóse entonces Anselmo a presentar a Doña Matutina toda clase de excusas, en nombre de su Señora, por no venir a saludarla personalmente, dado el estado de Don Jaime, añadiendo que las únicas informaciones que preocupaban a Casilda eran las referentes a la preciosa salud de Su Señoría, cuyas bondades y sacrificios siempre tenía presentes y a la que, mientras viviera, seguiría considerando como el único apoyo con que ya contaba en el mundo.

Aquellas palabras, medidas y conceptuosas, modificaron un tanto la tiesura de la Azafata, que se dignó responder, estudiando a través de su lente los favorables cambios producidos en el buscón durante el tiempo que no le veía:

—Por lo que hace a mis achaques, diréis en la torre que sigo con las jaquecas y fiebrecillas de cos-

tumbre, reagravadas últimamente por los disgustos e incomodidades que hemos sufrido en la jornada de Vitoria y en la venida hasta acá. La vista baja cada vez más, y los años hacen sentir su peso a medida que transcurre el tiempo. Por ello, si las cosas siguen marchando bien, abrigo la esperanza de acompañar esta primavera a la Señora Princesa de los Ursinos en el viaje que Su Excelencia piensa emprender a Bagneres, con objeto de tomar aquellas aguas, tan indicadas para nuestros males.

Algo más animado Anselmo con la locuacidad de la Azafata, permitiéndose poner en duda las aprensiones que acababa de escuchar, protestando de que jamás había visto tan buena ni tan rozagante a Doña Matutina, por lo que aquellos pesimismos debían de obedecer, más que a quebrantos de la naturaleza, a las infinitas preocupaciones de su cargo y a la abnegación sin límites que desde hacía tantos años venía demostrando por el servicio de Sus Majestades y el de Su Excelencia la Camarera Mayor.

—¡Es cierto!, ¡es cierto! —repetía moviendo melancólica su rizada cabeza la sosia de Ana de la Tremoille—; el mundo no sabe lo que es por dentro la vida de Palacio, y envidian nuestras exterioridades, sin darse cuenta de lo caras que las pagamos. Antes, en tiempo de los Austrias, el Alcázar era otra cosa, como que en él coexistían millares de personas y podía decirse que se desarrollaba la vida entera de la Corte. Hoy ha variado todo, y la casa de los Reyes, reducida a la servidumbre indispensable para el decoro de las Augustas Personas, más tiene de recogimiento o de Secretaría de Despacho que de lugar de diversión. Para colmo de seriedad, y en evitación de intrigas, hasta la ma-

yoría de los criados que se admiten son franceses, y tan a menudo se oye esta lengua como la nuestra. En fin, ¡con decir que mañana empezarán los Carnavales y que el único festejo que disfrutaremos en ellos será un baile de familia donde Sus Majestades danzarán *de tout son coeur* delante de cien personas! ¡Bien es verdad que los Señores están tan poco acostumbrados a divertirse que ya se contentan con cualquier cosa!

—¡Lo importante es que los asuntos marchen bien, y que nuestros Soberanos puedan reinar por fin tranquilos, después de tanto sobresalto! —manifestó diplomático Castilló.

—¡Eso sí, gracias a Dios! Precisamente antes de recibiros estaba yo con la Señora Camarera Mayor, comentando ciertas cartas recién llegadas de Cataluña en que se expresa la consternación que domina la Corte de los Archidukes y la división que reina entre el Conde Starhemberg y los demás Generales aliados. El pueblo de Barcelona parece que achaca la culpa de todo al Príncipe de Liechsenthein, al Conde de la Corzana y al Secretario Perlás, por sus malos consejos, y ninguno de los tres se atreve a salir de su casa, donde permanecen como prisioneros.

—¡Qué será entonces cuando arrecie la ofensiva!...

—¡Ojalá llegue a cumplirse la profecía del Marqués de Torey, y el Archiduke con la Archidukesa tengan que refugiarse en Mallorca o en Puerto Mahón! Por ahora, el Duque de Vendôme no descansa preparando cuanto hace falta para el sitio de Barcelona, donde ya entró una vez victorioso: y si las cosas de Flandes fueran como las de acá, podríamos jactarnos de haber preparado una paz que hará tan dichosos a nuestros Señores como Sus Majestades lo merecen.

—¡Bien lo han ganado! —asintió Anselmo hipócritamente.

—Sobre todo, y como muy a menudo repite la Señora Camarera Mayor: *il est bien douloureux a un prince de n'avoir jamais quasi rien perdu que par l'infidélité de ses sujets.*

—¡La cuestión principal estriba, como Vuestra Señoría manifestaba hace un instante, en conseguir una buena paz! Aunque por lo que toca a los holandeses, después del desengaño último, no permite sustentar muchas esperanzas de conseguirla por su intermedio.

Doña Matutina volvió a clavar sus garzos ojos en el emisario de Casilda, y contentóse con responder, enigmática:

—En una liga tan numerosa como la de nuestros adversarios, siempre quedará algún país a cuyas puertas se pueda llamar para los conciertos. Y, si tal sucede, quizá llegue a cumplirse la profecía del Abate de Polignac cuando se despidió el año pasado de los representantes de los Países Bajos en Gertruydemberg, diciéndoles: *Nous traiterons de vous, chez vous, sans vous.*

Cambiando acto continuo la conversación, para no comprometerse con revelaciones prematuras, principió a interrogar Doña Matutina a Castillo sobre la salud del Señor de Centelles, lamentando que su sobrina continuara obcecada en sacrificarle juventud y porvenir, en lugar de aceptar las proposiciones que varias veces le hiciera la Azafata de instalarla junto a ella y pensar en un casamiento ventajoso.

—Por supuesto —añadía la Solís, examinando atentamente la impresión que sus palabras causaban en Anselmo— que hablarle a Casilda en tales materias equivale a ofenderla, pues por

más que no lo confiese, yo, que la conozco desde niña, presumo que aún no ha olvidado al mocuelo cuya presencia tuve un día la debilidad imperdonable de consentir y alentar. ¡Ese!, ¡ese bastardo que ahora presume de personaje y que la plantó ya una vez, después de conducirse conmigo como nadie se atrevió a hacerlo desde que nací, es el culpable de nuestro distanciamiento y de cuanta desgracia viene soportando mi sobrina! ¡Cien años que viviera no le perdonaría sus villanías; y si alguna vez cometiese Casilda la insensatez de aceptarle como marido, ese día habrían terminado para siempre sus relaciones conmigo, moviéndome a considerarla como una extraña!

Anselmo que vió tan favorable el terreno, y que se bañaba en agua de rosas escuchando a la rencorosa Solís, consideró del caso ganarse definitivamente las simpatías de la Azafata, dejándola comprender que compartía su opinión respecto de Jenaro de Pereda, y que estaba dispuesto a secundarla en cuanto resultase oportuno para evitar el execrado enlace, aunque sin revelar naturalmente los motivos personalísimos que le inducían a obrar de aquel modo.

Doña Matutina, sin embargo, como tan lagarta que era, debió de adivinar tales razones, pero se guardó muy bien de dejarlo presumir, contentándose con dulcificar el tono de su voz y manifestar al astrólogo que celebraba ver compartidos sus sentimientos por una persona de la experiencia del Señor **Domingo de Triana**, cuyo interés por la Señorita de Solís podía salvar a ésta del mayor peligro que amenazaba su presente y su futuro.

—Ya que os veo en tan buena disposición —agregó la antigua confidente del Canónigo Urraca—, espero que no dejaréis de advertirme de cualquier

novedad que en este desagradable asunto pueda producirse. Mis ocupaciones son infinitas siempre, mas si alguna vez desearais verme como hoy, dirigíos a Doña Margarita de Angulo, Camarista de S. M., y ella se encargará de franquearos la entrada en este aposento. Antes de retiraros, permitidme además que os presente mis disculpas por la poca atención que hasta hoy presté a vuestra persona. Doña Mayor de Flon se había encargado en Madrid de ponderármela por todos estilos, pero aun ignoraba yo alguna de las cualidades que la singularizan. En adelante presiento que seremos buenos aliados.

Y acompañando las últimas palabras con una ligera inclinación de cabeza, que equivalía a una despedida, dió por terminada su audiencia la confidente de la Princesa de los Ursinos, retirándose Anselmo del cuarto sin volver las espaldas y mucho más satisfecho de lo que nunca imaginara por el felicísimo resultado de sus arterías.



XIV

Algunas impresiones más concretas, por lo que a política hacía referencia, recogió días después junto a la cabecera de Don Artal de Luna, donde el coquetón Abate recibióle muy peripuesto, con achaque de vapores, adornada la cabeza por una especie de cofieta de encajes que concluía en dos largas tiras, unidas graciosamente debajo de la barbilla del supuesto enfermo.

A los irónicos cumplimientos del truhán por el original tocado que lucía, principió por responder lánguidamente Su Señoría:

—Sí; no está del todo mal; sobre todo para una convalecencia. Me la envió anoche Madama Arnaud, la costurera de la Reina, y es copia exacta del adorno que Su Majestad acaba de poner de moda en la Corte; aunque te confiaré que la tal moda no es sino pretexto para que la pobre Saboyana, cuya salud es más flaca cada día oculte a los ojos de los palaciegos, y sobre todo a los de su esposo, ciertos lamparones en el cuello que acá en Aragón llamamos chordos, y que trajo de Victoria, resultando inútiles cuantos medicamentos se han empleado hasta hoy para hacerles desapa-

recer. ¡Ventajas de reinar y de tener un pueblo a los pies para imponer sus gustos! ¡Ah, si yo fuera Reina, aunque gobernase por poco tiempo, tú verías qué cambio tan profundo imprimiría a las cosas suntuarias y cuanto guilinduje nuevo saldría de mi mollera! ¿No es para desesperar el apego que aquí se siente por todo lo antiguo y las resistencias con que tropieza cualquier innovación, por inocente que sea? Mira, sin ir más lejos, ahí, sobre la cama, tengo un libreo que se titula: *Discurso Piadoso, Político y Christiano y Dispetador de los vicios y pecados que se siguen de la superfluidad viciosa y escandalosa de los adornos y trajes profanos que usan hombres y mujeres, los quales son muy ofensivos a Dios y por ellos nos embia Su Majestad tantos castigos particulares y públicos.* Pues en ese texto encontrarás cuantas autoridades de Santos y Doctores es posible reunir para condenar el buen gusto y la prolijidad en el vestir. ¡Y no te digo nada de lo que se contiene en otro que tampoco debe de andar lejos, escrito por el Religioso zaragozano Fray Antonio Arbiol, Calificador de la Inquisición y Visitador de San Francisco, con el título siguiente: *Estragos de la luxuria y sus remedios, conforme a las Divinas Escrituras y sus santos Padres de la Iglesia!* ¡Aunque todo lo anterior resulta pálido si lo comparas con el bodrio que justamente estaba leyendo cuando entraste y que acaba de publicar en Murcia el Señor Obispo de Cartagena, Don Luis Belluga, so color de carta pastoral escrita a los fieles de su Diócesis: *A cada cual en lo que le toca*, para que todos concurren a que se destierre la profanidad de los trajes, principalmente el de los escotados que ahora se han introducido de nuevo! ¡Cuánta severidad! ¡Cuánta hipocresía! Te aseguro, Minguillo, que su lectura

me disgustó tanto, que derribé de golpe todos los libros que tenía a mano para consultar un trabajo en que ando entretenido desde ayer...

Tirado, en efecto, sobre la colcha de damasco que cubría el inmenso lecho del Bailío de Santa Eufemia, veíanse multitud de manuscritos e impresos, originales en su mayoría de autores aragoneses, a cual más curiosos, pero de cuyo conjunto nada podía sacarse en limpio respecto de las intenciones que hubieran podido decidir su reunión allí.

Los había místicos de Fray Andrés de Uztarroz, religioso benedictino de San Juan de la Peña, y del Beneficiado de Aguayra Don Miguel Casbás, con nombre tan peregrino como el de *Indias virginales de María Santísima, Madre de Dios, nuevamente descubiertas por un Colón religioso y un Cortés, siervo de esta divina Señora: Tesoros riquísimos de virtudes que se pueden sacar de ellas; o este otro, Triaca singular y antídoto saludable y provechoso contra el venenoso vicio de la soberbia. Eficacísimo remedio para curar enfermedad tan peligrosa; o, finalmente: Colirio del Celador del Manná Eucarístico, en el cual se enseña al alma lo que más le conviene saber para dejar la culpa y lograr la gracia: Donde se explica en verso la doctrina evangélica, ilustrada con la Escritura sagrada.*

Contábanse en el montón algunos volúmenes de moral, cual el llamado *Galateo Cristiano*, escrito por el sacerdote y poeta Don Juan Blasco y Sánchez, junto con varios cuadernos de música de Don José de Caseda, Maestro de Capilla de la Seo y de Don Joaquín Martínez de la Roca, que desempeñaba igual cargo en el Pilar, intercalados entre las obras del célebre organista del Convento de San Francisco, Fray Pablo Nasarre, ciego de nacimiento y

maestro insigne de casi todos los músicos de aquel tiempo.

Menudeaban por otro lado estudios críticos tan amenos como el del Canónigo de Montaragón Don Gaspar Navarro: *Tribunal de superstición ladina, explorada del saber, astucia y poder del demonio, en que se condena lo que suele correr por bueno en hechizos, agüeros, ensalmos y vanos saludadores, maleficios, conjuros, arte notoria cabalística y parolina y semejantes acciones vulgares*; obrillas inclasificables como la publicada por el Doctor Miguel Alloza, con el título de *Disertación curiosa sobre el Phosphoro extraño de las carnes luminosas en la ciudad de Zaragoza*; y como remate de tan absurda mezcolanza, tropezábase acá y allá con una colección de lunarios, pronósticos y almanaques, encabezados por el del Gran Piscator de Sevilla, cuyo descubrimiento hizo enrojecer de orgullo paternal al vanidoso Anselmo.

Figuraban en el revoltijo las profecías astrológicas del Licenciado Martín Alonso y Mancho, los discursos del Doctor Don Pedro Barrada de Oliveros y Vela, Astrólogo del Reino de Aragón; los estudios, tratados y ediciones del sabio matemático de Alcañiz Don Pedro Enguera; las traducciones del gran Piscatore italiano hechas por Don Alejo Torres, y hasta los viejos pronósticos del conocido hijo de la villa de Cariñena Pedro Varón.

Aturdido por tan extravagante muestrario del saber humano, sólo acertó a exclamar Anselmo:

—¡Y luego dirán que los aragoneses no son gente docta y que las imprentas de Zaragoza no han mostrado actividad desde su origen hasta el día!

—Estos librecitos que aquí ves —contestó muy sesudamente Don Artal— constituyen una mínima e insignificante parte de la ilustración de mis paisa-

nos, y no debes juzgar por ellos de la cultura de un reino que ha engendrado autores inmortales y contribuído al adelanto del saber humano en tanto grado como Castilla. Respecto a la imprenta de Zaragoza, a que antes te referiste, ciertamente es una de las más copiosas por su abundancia y generalidad, honrándose además como la primera de España, pues aunque la opinión conceda a la ciudad de Valencia tal mérito con la publicación en 1474 de las *Obres o trobes en lahors de la Verge María*, un año antes, o sea en 1473, dábase a la estampa aquí la *Ethica*, la *Económica* y la *Política*, de Aristóteles, gracias a la diligencia de Enrique Botel, asociado con Jorge Von Holtz y Juan Plank, como atestigua el ejemplar algo maltratado que yo guardo como la joya más preciada de mi biblioteca...

—Todo cuanto Vuestra Señoría dice me parece interesantísimo —atrevióse a interrumpir Anselmo—. Pero perdonad a este profano si, por más esfuerzos que su imaginación realice, no puede alcanzar a presumir el objeto del estudio que le movió a congregar en la cama tantos volúmenes.

El Abate dió un suspiro, levantando las manos, según su costumbre, para aumentar la blancura de la piel, hasta colocarlas en una especie de argollas de terciopelo que colgaban de la cabecera del lecho, y estirándose bajo las holandas, acabó por contestar:

—No vayas a burlarte por lo que te voy a decir. Ando inspirándome en diversas fuentes para componer una quisicosa de teatro, que me gustaría hacer representar esta Cuaresma en la Casa de Comedias, utilizando la compañía que ahora trabaja, y en la que se cuentan algunos elementos muy buenos, especialmente cierto galancete que canta a la perfección...

—¿Quiere entonces decirse que habrá zarzuela de por medio, y que en ella andará mezclado alguno de los maestros zaragozanos, cuyas composiciones andan rodando por ahí?

—No sé..., aun no tengo decidido nada. Cierto que Martínez de la Roca ha puesto en música una comedia de Escuder, que aun no se ha representado y que me gusta bastante; pero yo desearía algo más nuevo, algo entre fantástico y místico, que tuviera de magia y de símbolo; una cosa, en fin, por el estilo de *El veneno de la guirnalda* y *la triaca en la fuente*, del maestro Fernández de León, adobado con la ejemplaridad del *Asombro de la Francia*, *Marta la Romarantina*, de Don José de Cañizares, salvo que en este caso el protagonista sería un mancebo, y las hechicerías y los prodigios se multiplicarían hasta el momento en que mi héroe perdiese la inocencia de su doncellez.

—Doncelleces en el teatro —masculló escéptico Anselmo— se han conocido pocas, aunque se finjan bastantes, y en eso Vuestra Señoría debe andar con cuidado, porque el público mejor perdonará si se le escandaliza que si se le burla.

—Por eso dudo en arriesgarme por ese camino —manifestó muy serio el Abate—, y pienso si no sería preferible intentar antes la composición de una tragedia inspirada en la *Fedra*, de Racine, aunque animada con algunos criados graciosos para complacer al patio, y terminándola de manera imprevista.

—¿Cómo?

—Haciendo que el esposo de Fedra muera a tiempo, declarando que Hipólito no es hijo suyo. Así todo se arregla, y la Reina acaba casándose con el supuesto entenado, cuya esquivez fué sólo coquetería, ardiendo el amor bajo la nieve de su frialdad.

—¡Magnífico final! —aplaudió Castillo, maravillándose interiormente de que una persona tan refinada como el Abate fuera capaz de concebir semejante tontería.

—¿Te parece bien, entonces? Pues no sabes lo que me alegro, porque tu opinión vale mucho para mí. Lo malo será que si al cabo me decido por este segundo partido tendrás que ayudarme en la composición de los versos patéticos. Oye, y a propósito, ¿no me traes hoy alguna composición que pueda distraerme?

—Dos guardo en la manga, pero no creo que interesen mayor cosa a Vuestra Señoría...

—¡A ver! ¡A ver! —exclamó gozosísimo el presunto émulo de Lope, apoderándose de los papeles y poniéndose a leerlos acto seguido.

Uno de ellos era de carácter patriótico, que titulaba: *Desmayo de Cataluña, desconfianzas de Inglaterra, desabrimiento de Portugal, flaqueza de Alemania y valeroso ánimo de España, en versos cómicos, que verá el curioso lector.*

El otro dirigíase únicamente al entretenimiento del pueblo, como que se trataba de acertijos poéticos, bastante ingeniosos, y lo encabezaban las siguientes palabras:

«Aquí se contienen unas preguntas o enigmas para reír y pasar el rato, con sus declaraciones muy curiosas. Recopiladas por Domingo de Triana, natural de su pueblo.»

Ambas producciones, celebradísimas por el Abate, aunque en realidad valieran muy poco, respondían al encargo de Samuel Roca y a la necesidad en que se veía Anselmo de obtener algunos recursos con que atender a sus más perentorias necesidades, por haber perdido la noche antes todo su caudal en una casa de juego y estar resuelto a no seguir

abusando más de la generosidad harto explotada del Bailío de Santa Eufemia.

—Los papeles están muy buenos —dictaminó al fin éste—, y prueban una vez más la calidad de tu ingenio; pero ahora que estamos solos, y dada la confianza que conmigo has sabido conquistarte, te diré que me parecen un poco exagerados tus augurios para la próxima campaña. Cierto que en público se habla muy recio y se anuncian muchas cosas imposibles. En privado es otra cosa, y hoy en Zaragoza más se piensa en represalias e innovaciones que en conquistas ni asedios. Por eso los que tenemos cola de paje debemos andar con mucho cuidado y no entrometernos para nada con los gobernados, que es como aquí decimos a las personas que se afanan por hacerlo todo.

—¿Corre, acaso, Vuestra Señoría algún peligro?

—Peligro, precisamente, no; pero como aunque ahora estoy *aquí*, antes brujulé por *allá*, y en las casas de Peraleda se hila más delgado que nunca, conviene que no le confundan a uno con los que, fingiendo lealtad, conspiran a escondidas en cualquier rincón de Zaragoza. Fíjate en que no hace mucho supimos la noticia de la muerte del Duque de Medinaceli en el Castillo de Pamplona, sin que se terminase su proceso, cuyo verdadero motivo ignoramos aún, pues no transcurrieron muchos días sin que se repitiese el mismo fin con el Marqués de Leganés en la prisiones de Vincennes, donde le había llevado su mala suerte; las confiscaciones y los encarcelamientos abundan desde hace poco, y ahora se susurra que quieren apoderarse en Génova, sea como sea, del Duque de Uceda, que es el único gran señor que todavía les estorba, para traerlo a España o llevarlo a Francia y encerrarlo de por vida. Debido a tales alarmas, he decidido

meterme en la cama y quedarme quietecito, hasta que la gente de Palacio se olvide de mí y no se entretenga siguiéndome los pasos.

—¿Y quién va a sospechar de Vuestra Señoría, ni a atreverse a molestarle, sabiendo la amistad que le demuestra el Generalísimo Duque de Vendôme y la influencia decisiva que Su Alteza disfruta hoy en España?

—Tienes razón. Mientras Luis de Borbón permanezca aquí, nada tengo que temer. Pero, ¿y si al fin se marcha? ¡Ay, ojalá que lo del sitio de Barcelona acabe de fracasar, para poder vivir tranquilo y hacer uno lo que le dé la gana!

—Su Alteza parecía, no obstante, resuelto a intentar la empresa...

—Eso era al principio. Ahora ya está convencido de su imposibilidad, por falta de medios, y se discute el sitio de Tarragona o el de Cardona... De todos modos, a mí me parece que hasta la primavera resultarán inútiles cuantos esfuerzos realicen Vendôme y el Marqués de Canales, para salir a campaña, y que se buscará por otro lado el fin de la guerra... Mas dejémonos de milicias y de política, y volvamos al tema del teatro, que es el único asunto capaz de distraerme en estos momentos. ¿Cuál de los dos proyectos que antes te comuniqué consideras como más adecuado para obtener los sufragios del público?

—Antes de contestar a Vuestra Señoría —manifestó muy serio Anselmo— necesitaría conocer las particularidades que distinguen al escarholín ese que ha de representar el papel principal, puesto que de su talento y exterior dependen en gran parte las características que haya menester su papel.

—Si no es más que eso lo que te preocupa, deja que me vista en cinco minutos, y aun llegaremos al

segundo acto de la comedia de esta tarde, que debe haber principiado a las cuatro.

—¿Pero no acaba de manifestar el Señor Abate que había resuelto quedarse quietecito en casa para que sus enemigos se olvidasen de él y no le siguieran los pasos?

—¿Y por qué no he de hacer una cosa y otra? Mis criados, bien aleccionados, dirán a cuantos vengan que me encuentro descansando, pues la noche pasada ha sido mala, y mientras tanto, tú y yo, bien enmantados y con los sombreros metidos hasta los ojos, nos iremos a la Casa de Comedias, donde nos espera un aposento con celosía y escalfeta, desde el cual veremos todo sin que nadie nos vea y aplaudiremos a Cayetano Romero, alias *Rompe-telones*, en uno de sus mejores papeles. ¡Pues poquito que me gustan a mí estas escapatorias! ¡Has tenido la gran idea, Minguillo! ¡Lástima que no estemos siempre de acuerdo como ahora, porque en punto a simpatía y garabato nadie te supera!...

—¿Ni siquiera el Señor Marqués Caracciolo? ¡Ese sí que estaría en tipo para hacer de Hipólito!

—¡Calla, calla y no me corrompas las oraciones hablándome otra vez de ese palico de la gaita, que siempre parece que tienes en el pensamiento! Ya te he dicho que no le he visto desde hace tiempo, y ahora te añadiré que precisamente al napolitano es a quien le tengo más miedo de que vaya con chismes a la Camarera Mayor de lo que sucede en mi casa y de las personas que recibo en ella. ¡Maldita la hora en que se me ocurrió admitirle en la intimidad! Pero ya me conoces y sabes que una de mis manías consiste en pilotear por la ciudad a todos los recién venidos, cuando éstos parecen personas decentes o se distinguen por algo. ¡Qué de chascos me han hecho llevar los condenados! Primero, y

mientras necesitan de uno, todos son sonrisas y protestas de amistad; pero en cuanto pueden volar con alas propias, vales para ellos tanto como la lámpara de Capuchinos, que era de corcho. En fin..., ¡cosas del mundo!...; ¡peor para los ingratos!...; el Caracciolo parece que no sale ahora de las faldas de la Carcelera Mayor, y que les va de chalanguero con los sobrinos de Su Excelencia y con los íntimos de ésta..., ¡con su pan se lo coma!... ¡A mí ya me tenía aborrecido de tanto verle por acá!... En fin, no hablemos más del arcángel moreno ese, si no deseas que me enfurruisque... ¿Quieres alargarme la camisa?... ¡ajajá! ¡Muy bien! Parece que alguna vez hubieras sido ayuda de cámara, según la maña que te das para vestir a la gente... ¿No te convendría quedarte para siempre a mi lado, con los gajes que tú mismo te señalases?... Ya verás, ya verás a Cayetano; tiene una figura muy agradecida...; el traje que saca hoy se lo regalé yo, y excuso decirte lo bonito que será...; por cierto que se me olvidó mandarle también las medias y la chacona, y me escribió un billete graciosísimo participándome el descuido y pidiéndome de paso un par de zapatos con tacón rojo... ¡Es un trapaleta de una ingenuidad encantadora!...

XV

Para confirmar las indiscreciones del Abate respecto del aplazamiento del nuevo plan de campaña y satisfacer las justificadas ansiedades de Casilda sobre tan interesante punto, no cabía otro recurso que acudir a los mejores centros de información que por entonces existían en las grandes poblaciones: es decir, a los conventos y casas de religión, extendidos como una red de infinitas mallas por la Península entera.

Veintinueve institutos religiosos para hombres y diez y seis para mujeres contaba Zaragoza dentro de su población, que después de tanta guerra y trastorno como los que venía sufriendo no alcanzaría en total a la cifra de veinticinco mil almas.

De las veintinueve casas de frailes y clérigos regulares, casi todas espaciosísimas y repletas de observantes, tres pertenecían a Dominicos; una, a la Compañía de Jesús; tres, a Franciscanos; igual número, a Trinitarios; cuatro, a religiosos Agustinos; tres, a Carmelitas; dos, a Mercenarios; dos, a Capuchinos; una, a Padres Misioneros; otras, a las congregaciones de San Antón, San Cayetano, Escolapios y Agonizantes, y tres, a los Conventos de

Jerónimos y Cartujos, sin contar cuatro iglesias y lugares exentos, cinco grandes hospitales, un Seminario y las dos Catedrales con diez y seis parroquias, atendidas por numerosísimo Cabildo y clero secular, con lo cual es de suponer que llegara a varios millares el número de varones dedicados al servicio divino en la cabeza de Aragón, contándose entre ellos personas doctísimas, oradores elocuentes, escritores infatigables y no pocos ejemplos de virtudes.

Disfrutando, además, de pingües rentas casi todos los anteriores institutos, y considerada la sede metropolitana de Zaragoza como la tercera en riqueza, después de las de Toledo y Sevilla, puede imaginarse que la influencia eclesiástica superaba con creces en la capital cesaraugustana a la de las demás clases, incluso a la de la nobleza y los ricos hombres, antes tan poderosos y entonces divididos entre sí, arruinados o ausentes de sus señoríos.

Sin otra fuente de publicidad que las *Gacetas*, ni más vehículo de propaganda que las relaciones impresas, los escritos satíricos y los papeles clandestinos, la vida de las grandes ciudades españolas a principios del siglo XVIII hubiera equivalido a un estado perpetuo de inconsciencia y de letargo, si no fuese por las reuniones de claustros, sacristías, locutorios o celdas, donde se discutía todo lo discutible, favoreciéndose los proselitismos más apasionados y encauzando el creciente movimiento de la opinión en las masas populares.

Separadas entre sí por rivalidades seculares o disidencias de momento, manteníanse, no obstante, unidas las Religiones para cuanto significara interés de clase, prestándose a emplearse en misiones reservadísimas, cuando el objeto lo merecía, y sosteniendo correspondencia con amigos y

enemigos por todas partes, lo que les valía estar enteradas de los sucesos del mundo, antes quizá que muchos ministros y aun que algunos Soberanos.

Con excepción de los Jesuítas, que desde un principio se manifestaran partidarios de la sucesión borbónica, sustentando esta opinión hasta el punto de verse expuestos a los insultos de media España cuando Carlos III parecía definitivamente instalado en el Trono de sus abuelos, la mayoría de las Ordenes, o bastantes de sus componentes por lo menos, en especial los de la Corona de Aragón, eran responsables del incremento del partido del Archiduque, a quien habían favorecido en todas formas, deslumbrados por la tradición de la Casa de Austria o persuadidos de que con el hijo de los Césares nada se modificaría en el régimen existente.

Tenaces hasta el paroxismo cuando se trataba de defender el dogma o los propios privilegios, y maestros en rectificar actitudes o plegarse a las circunstancias, cuando así convenía al bien general, habían ido, no obstante, evolucionando las Comunidades más antiguas, desde la entrada de Felipe V en Aragón, hasta convertirse en acérrimas borbónicas, sin perjuicio de continuar a la mira de lo que sucedía en Cataluña para no comprometerse del todo a favor de ninguno de los dos partidos.

Por otra parte, la institución de una festividad permanente de desagravios a la Purísima Concepción por los sacrilegios perpetrados en la pasada campaña, el fervor del piadoso nieto de Luis XIV y Augusta Familia en el cumplimiento de sus deberes religiosos, y el recuerdo de los últimos excesos y profanaciones cometidos por las tropas británicas y holandesas en la reciente retirada, contribuían a inclinar el ánimo de frailes y monjas a favor del nuevo estado de cosas, sin preocuparse

mayormente de la supresión de fueros ni de la creación de nuevos organismos, con tal de que se respetasen los suyos y nadie se atreviese a poner en tela de juicio cualquiera de sus prerrogativas.

Rodeando a la ciudad como un cinturón místico, que a la vez sirviera de fortificación terrena, pues buena parte de las murallas estaba constituída por las paredes de las extensas huertas de las Congregaciones, Anselmo del Castillo conocía todos los conventos zaragozanos, aunque no visitara con intimidad casi ninguno, por razones fáciles de comprender.

Los de Dominicos, en especial, con su Prior Fray Miguel Navarro y Soria a la cabeza, infundíanle pavor por las persecuciones inquisitoriales anteriormente sufridas en el Santo Oficio de Barcelona, y el Colegio de los Jesuítas le inspiraba demasiado respeto por encontrarse próximo a la imprenta de Samuel Roca y temer de la penetración de aquellos Padres, tan ladinos y conocedores de la humanidad, que descubrieran sus trampantojos y embustes, haciéndole condenar a la pena de azotes, a la que por tantos títulos resultaba acreedor.

Quedaba la gran casa de San Francisco en el Coso, vecina del Hospital de Gracia, y a ella acudió el paradislero Domingo de Triana, utilizando su conocimiento con algunos de los más conspicuos miembros de la Orden Seráfica, concurrentes asiduos al estrado de Doña Eufrasia de Hortigas y Cucalones.

Figuraban entre aquéllos el propio Padre Guardián, Fray Antonio Arbiol, autor de numerosísimos libros de devoción; Fray Bernardino Barba, Maestro de novicios; Fray Pedro Escuela, Predicador General de la Provincia; Fray José Antonio de Hebrera, orador de moda entre las señoras zaragozanas;

Fray Manuel Mimbela, Fray Félix Vallés y otros, sin contar al célebre maestro de música Fray Pablo Nasarre, que rara vez salía de su celda o del coro de la iglesia, recibiendo allí los saludos de sus admiradores y discípulos.

En dos o tres visitas que realizó el protegido de los Señores de Barberán al famoso Convento quedó enterado de cuantos preparativos se hacían para la campaña militar, ratificándose en la opinión de que ésta no se iniciaría hasta la primavera, por falta de tiempo y elementos suficientes para intentar nada importante.

Convertidos los pacíficos franciscanos de Zaragoza en consumados estrategas, solían echar cuentas de las fuerzas que compondrían el ejército de Felipe V cuando todo estuviera ultimado, y llegaban a la conclusión de que, entre españoles y franceses, podrían llegar hasta setenta y dos batallones y ochenta escuadrones, quedando destinadas para escoltar los convoyes y guardar las plazas fronterizas diez y siete batallones y quince escuadrones. Asimismo daban por seguro los Reverendos, que, para la celeridad de cualquier operación, las tropas tendrían sus cuarteles en Cervera, Tárrega, Verdún, Pons y Solsona, sin hacer cuenta de Calaf, porque no era paraje indicado para lo que se ideaba. Y terminaban por decir que el Príncipe de T'Serclaes quedaría con el Gobierno de Aragón, Valencia y Cataluña, tanto en lo político como en lo militar, de acuerdo con el nuevo arreglo administrativo y constitucional que estaba ultimando Don Melchor de Macanaz.

Tampoco se carecía de informes en el Convento de San Francisco sobre lo que sucedía en Barcelona, sabiéndose por ellos que se trabajaba con todo empeño para poner a las fuerzas militares en estado



de salir a campaña, y que las Cortes de Viena y Londres, así como el Gobierno de El Haya realizaban toda clase de esfuerzos a fin de que se pudiera mantener el Archiduque en España, sin permitir abandonar el mando de los ejércitos al General Starhemberg, gracias a lo cual principiaban a acantonarse las tropas desde Manresa hasta Montserrat, requisando cuantos víveres podían con destino a los almacenes de Barcelona y Tarragona, que eran las plazas en que se ponía mayor cuidado para la defensa. Al propio tiempo habíase hecho público que los navíos de guerra ingleses, mandados por el Almirante Norris, estaban invernando en Puerto Mahón, a fin de dirigirse a Italia escoltando ochenta transportes, apenas mejorara el tiempo, y conducir a Cataluña nuevos Regimientos formados por alemanes e italianos.

Mas a pesar de tantas y tan autorizadas referencias, flotaba en el ambiente de la Corte zaragozana algo raro e indeterminable, que hacía no se prestase completa fe a los informes tranquilizadores y optimistas que circulaban por la ciudad respecto de la guerra.

Presentíase que detrás de lo que se observaba sucedían cosas que probablemente impedirían llevar a cabo nuevas conquistas, y aunque nadie podía decir de dónde vendría el obstáculo, ni en qué consistiría, todos lo esperaban, lamentando que en España nunca se supiera sacar partido de los grandes triunfos ni rematar debidamente los golpes.

La impresión mencionada reflejábase en cualquier detalle: en las cartas del frente; en los amagos de nuevas traiciones a la causa borbónica; en las murmuraciones de Zaragoza, donde se comentaba que un Generalísimo de la talla del Duque de Vendôme estuviera perdiendo su tiempo, como Emba-

jador del Cristianismo; en los anuncios del envío de otros Emisarios franceses, y de la resolución de acreditar Luis XIV un Plenipotenciario permanente cerca de su nieto; en la reserva y preocupación que se observaba por Palacio, de donde apenas salían los Reyes, y en una porción de detalles, en fin, difíciles de clasificar, pero que producían evidente malestar a lo que entonces pudiera llamarse conciencia pública.

Anselmo del Castillo se devanaba los sesos buscando el hilo conductor que le orientara en aquel laberinto, hasta que al fin lo encontró donde menos podía imaginárselo: en el zaquizamí de Samuel Roca, y de labios de la contrahecha Feliche, con quien, a pesar de todas sus anteriores prevenciones, había llegado a intimar bastante, gracias a sus apuros pecuniarios y al favorable cambio realizado en la extraña criatura desde aquella memorable noche de la salida del desconocido de su cuarto, misterio que nunca había logrado penetrar Anselmo y personaje que nunca volviera a presentarse por las inmediaciones de la calle del Salvaje.

—¡Parece mentira! —exclamó una tarde la hija del impresor, cansada de oír las divagaciones ineptas de su cliente—. ¡Tanto dárselas de listo y tanto cavilar sobre algo, para no ver más allá de sus narices y dejarse deslumbrar como bobos por unas cuantas apariencias inventadas para engañar párvulos! ¿Pero no habéis comprendido todavía, burniegos, que de lo que se trata es de negociar las paces con Inglaterra a espaldas de los demás Aliados, y que lo único que le preocupa a Luis XIV en este momento son las condiciones que le deben estar imponiendo los británicos para abandonar a sus compañeros de armas?...

—Si tal fuera, que no sé cómo lo haya podido ave-

riguar su merced, a menos de soplárselo el diablo —arguyó Anselmo pasmado—, razón de más para que el Rey de Francia se empeñara en iniciar la empresa de Barcelona, pues una vez esta prenda en poder de los españoles, sería menos difícil venir a concertos y obtener mejores condiciones del enemigo vencido.

—¿Y quién te dice a ti, Domingo de Triana, que le interese al abuelo conseguir mejores condiciones para su nieto? —preguntó socarrona la bruja—. Al contrario, cuanto más duras sean y más tengan que perder los de acá, menos peligros ofrecerá el porvenir para la tranquilidad de Francia. ¡Y el bocado ha de ser grande, inmenso, tan importante que si el Duque de Vendôme no basta para arrancarlo, vendrá el de Noailles para convencer a los Reyes, y si tampoco lo consigue Su Excelencia, mandarán otro Embajador con instrucciones precisas, hasta que al cabo llegue el palmetazo final y se firmen los preliminares sin contar para nada con Felipe V, o dejándole solo frente a toda Europa!

—¡Imposible que un monarca tan amante de su casa como Luis XIV sostenga once años de guerra para ceder al fin en lo que solicitaban desde un principio sus contrarios, sacrificando a la única aliada fiel con que cuenta! ¡Eso equivaldría a habernos engañado cuando aceptó el testamento de Carlos II! Todos los años se habla de negociaciones para terminar la lucha, y siempre resultan fallidas las esperanzas de arreglo.

—¡Esta vez va de veras, no lo dudes, y, a pesar de las precauciones que se toman, ni en Viena, ni en Barcelona se ignoran los tratos! —aseguró sombría Feliche—. ¿Para qué, si no, cambió el Gobierno la Reina Ana y llamó al partido de los Torys, arrojando de Palacio a la mujer de Marl-

borough y reduciendo a éste a su papel estricto de General? ¿Qué interés tiene ya la Gran Bretaña en sostener la guerra y arruinarse por el Imperio, si consigue con Gibraltar y Mahón la libertad de los mares; con la destrucción de Dunkerque, la seguridad de sus costas; con el abandono de los Estuardos, el arraigo de la dinastía protestante, y con enormes concesiones en América, el incremento colosal de su comercio y el resarcimiento seguro de todos sus gastos?

—¡Los ingleses no abandonarán nunca a sus compañeros de armas!

—¡No seas bobo! Si los ingleses obtienen lo que pretenden, se levantarán esta vez por encima de todas las demás naciones y comenzarán a ejercer un papel preponderante en el mundo! ¡Pero hasta llegar a conseguir tantas ventajas tendrán que luchar recio y se producirán en el mundo muchos sucesos que acaso cambien la situación de Europa, porque los demás tampoco nos chupamos el dedo y nos defenderemos como fieras acorraladas! ¡Prepárate, pues, Domingo de Triana, a escribir almanaques y a consignar en ellos las profecías más siniestras para el año 1712, pues todas son posibles cuando las ambiciones dejan caer la careta y las coronas juegan su futuro a vida o muerte!...

XVI

Pocos días después de la anterior entrevista, que tantas veces había de recordar más tarde Anselmo del Castillo, publicábase en Zaragoza el Real Decreto del 3 de Abril, tan anunciado y tan temido, sobre la nueva planta de Gobierno y formación de Tribunales aragoneses, de acuerdo con el régimen de Castilla, y como consecuencia de la supresión anterior de los fueros en cuanto a la vida pública hacía referencia.

Por aquella memorable disposición desaparecían cuantas dignidades y empleos figuraran hasta entonces en Aragón como cosa propia, por ser el ánimo de Su Majestad que la ley fuese *una sola* en sus dominios, «para haber conseguir en este modo la tranquilidad tan turbada con la guerra», y se creaban, además de la Comandancia General, substitutiva de la autoridad del Virrey, una Audiencia con dos Salas, una para lo civil con cuatro Ministros y otra con cinco para lo criminal, amén de un Fiscal, los subalternos necesarios y un Regente, quedando a la voluntad del Soberano el nombramiento y la elección de personas para desempeñar las anteriores funciones, *sin restricción de provincia, país, ni naturaleza.*

En la Sala del Crimen habían de juzgarse las causas según las costumbres y leyes de Castilla, aplicando las penas pecuniarias que en ellas se impusieran, a la Tesorería General de Guerra, sin mezclarse ni oponerse a los bandos militares que se publicasen, ni disputar ni contradecir la ejecución de ellos; y en la Sala Civil substanciáranse los pleitos según las leyes municipales del Reino de Aragón, pues para todo lo que fuese entre particulares era la regia voluntad que se mantuvieran, guardasen y observasen las referidas leyes municipales, limitándolas sólo en lo tocante a los contratos, dependencias y casos en que la Corona interviniese con cualquiera de sus vasallos.

El Comandante General del Reino debía presidir asimismo en la Audiencia, y de las apelaciones contra ésta sólo podría entender el Consejo de Castilla.

También se daba norma para la recaudación, administración y cobranza de todo lo perteneciente a Rentas Reales, señalando sujetos que computaran una Sala con el nombre de Junta o Tribunal del Real Erario.

Respecto del Gobierno municipal de las Ciudades, Villas y Lugares, no se admitía otro sistema que el que señalaban las leyes de Castilla, y por lo que hacía a lo eclesiástico, materia tan ardua, dada la influencia que el clero ejercía en todas las clases, expresábase lo siguiente:

«Y por lo que toca a lo Eclesiástico, no es mi intención perjudicarle, ni tampoco minorar en nada mis Regalías, que antes se administraban por el Justicia de Aragón y su Tribunal, corran por ahora y se administren y dirijan por el Regente y Ministros de la Audiencia, o por las personas que en adelante me pareciere diputar a este fin.»

Reflejar la impresión que aquellas novedades

produjeron en los círculos más representativos de Zaragoza, fuera tarea imposible, a no resumirse las opiniones corrientes por ellas en el antagonismo de la casa de Hortigas, donde la disidencia, y hasta la separación de los esposos Barberán de Cuevas tornóse crónica e irreparable, sobre todo después del ofrecimiento hecho a Don Buena-ventura de un puesto de Ministro de lo Civil en la nueva Audiencia, y de la aceptación entusiasta por parte del hijo de Teruel de tan provechosa prebenda.

—¡Nunca más volveré a mirarte con los ojos que antes te vi, renegado! —sentenció Doña Eufrasia al conocer la inverecundia de su esposo—. ¡Se acabó para siempre entre nosotros el comercio conyugal! ¡San Pedro Arbués me libre de concitar a mis hijos contra su padre, pero te aseguro, Buena-ventura, que aunque vengas a ser un brazo de San Valero en el nuevo Gobierno, mil veces preferiría vernos arruinados o cuidarte en alguna enfermedad asquerosa e incurable, que sentir la humillación de tener que bajar la cabeza delante de ese herejote de Macanaz y de sus sicarios, cuyos huesos vea yo tostar antes de morir, o hacerme la disimulada delante de mis parientes y amigos cuando se trate de estas cosas! ¿Qué diría, si me viera en este trance, mi antepasado Jofre de^o Hortigas, Regente de la Chancillería del Rey Don Alfonso V de Aragón, Doctor en Derecho de Huesca y Asesor del Zalmedina de aquella nobilísima ciudad? ¿Con qué cara me presentaría yo ante Don Juan Gaspar Hortigas, Catedrático de Jurisprudencia, propugnáculo inmortal de las libertades aragonesas contra el Rey Felipe II? ¿En qué términos no condenaría tu venal claudicación si levantara la cabeza mi famoso bisabuelo Don Vicente Hortigas y Villal-

pando, Lugarteniente de la Corte del Justicia y autor de trece libros sobre las relaciones entre la Corona y el Reino?...

Vanamente procuraba el conciliador Don Buena-ventura calmar a la excitada consorte mostrándole la inutilidad de cualquier resistencia que se intentara en aquellas circunstancias y el provecho para todos de conformarse con los nuevos procedimientos, reconociendo la buena intención que guiaba al Monarca y a sus Ministros en todas las reformas, y acatando la unificación legislativa que se sancionaba, con objeto de aumentar el esplendor de la monarquía y conducir a ésta por caminos más gloriosos aún que los pasados.

—¡No me convences! —replicaba incommovible la descendiente de los Cucalones—. El nieto de Luis XIV será todo lo bueno que tú quieras, y su mujer una santa; pero muchas veces los que el cielo destinó para consuelo de la adversidad sólo vienen a servir de martillo con que redoblarla.

—¡Hay que vivir en el mundo para comprender!...

—¡El mundo es un torrente que nos lleva siempre lejos de Dios y de nosotros mismos!

—Repara en que las providencias de los Reyes...

—¿Sabes la mejor providencia que puede tomar un Rey que quiera serlo de veras? ¡Pues quitar al porvenir todas las contingencias con que pueda ser turbada la paz de sus pueblos!

Afortunadamente para la tranquilidad de Zaragoza, no todos sus habitantes recibieron los decretos de Felipe V con la misma oposición que la Señora de Barberán, mostrándose, por el contrario, la mayoría de los cesaraugustanos dispuestos a obedecerlos, sin perjuicio de lamentar en la intimidad la pérdida de la antigua estructura, que procuraba a la Corona cierta independencia contra

el poder central; y sobre todo, la de la autonomía económica, que tan cómoda les resultaba y tantos malos ratos había proporcionado a cuantos Sobe-
ranos ocuparan el Trono.

Las causas principales de tal mansedumbre consistían en el cansancio que la prolongación de la guerra producía, en el empobrecimiento del Reino por las continuas exacciones que venía sufriendo de parte de uno y otro bando, y en la disminución alarmante de población que dejaba sin brazos ni cultivos buena parte del territorio aragónés, aumentando la esterilidad de éste.

El Aragón escarmentado y esquilado de 1711, hospedando al Monarca victorioso con su principal General y parte del ejército, era muy distinto del Aragón envanecido y a prueba de contrastes que se atrevió a desafiar las iras del segundo de los Austrias, empeñado en otras empresas lejanas y ausente de Zaragoza.

Las tropelías de los defensores del Archiduque habían acabado además de desilusionar a las personas imparciales sobre los provechos que pudiera depararles el dominio de Carlos III; y la indiferencia, por no llamarla desdén, con que Cataluña seguía considerando siempre a valencianos y aragoneses, inclinábales, puestos a elegir entre dos yugos, a aceptar el de Castilla, más blando y menos humillante que el de sus antiguos compañeros de Corona, con quienes nunca habían llegado a identificarse ni a simpatizar siquiera.

Los que más nacionalistas se mostraran antaño, renegando de la dinastía intrusa y haciéndola blanco de sus iras, recibían sin chistar cuantos nombramientos se hacían, excluyendo a los naturales del país y designando extranjeros para desempeñar los cargos que acababan de crearse.

Don Melchor de Macanaz, colaborador activísimo en tales mudanzas, triunfaba como Recaudador y Administrador de Rentas Reales, adulado por todos los que temían ver intervenidos o confiscados sus bienes como sospechosos de pasadas traiciones; y el Tribunal del Real Erario, instituto cuyo alcance no era dable prever aún, pero del que nada bueno se esperaba, llamaba, sin admitir excusas, a su seno personalidades tan calificadas como la del Obispo de Huesca, el Arcediano de Daroca y el Conde de San Clemente.

Doña Eufrasia de Hortigas, deprimida en sus más arraigadas convicciones por aquella serie continua de prevaricaciones, que hacían vacilar todas sus ideas respecto del carácter aragonés, sufría tormentos indescriptibles en la soledad de su casa, indiferente ya a cuanto pasaba dentro de ella, y sin contar siquiera con el apoyo de sus hijos, quienes, menospreciando las maternas advertencias, habíanse colocado del lado de Don Buenaventura y hasta se atrevían a hacer cuchufletas sobre la exaltación patriótica de la respetable Doña Tambora.

Enferma desde hacía tiempo, para colmo, su íntima amiga Doña Andrea de la Coma, y privada, por consiguiente, de aquel desahogo, no tuvo más remedio la Señora de Barberán que refugiarse en la experiencia del marrullero Anselmo del Castillo, ascendido desde entonces por obra y gracia del acaso a las funciones de confidente y consejero de la casa de Hortigas, donde su dueño no le celaba ningún secreto, solicitando su parecer sobre todo lo opinable, incluso sobre la conducta que debía seguir con Petronila, un tanto emancipada desde hacía tiempo, o sobre Bartolito, cada día más insupportable y más ingrato con su desdichada madre.

Harto, sin embargo, el buscón de oír sollozar a

Doña Eufrasia, cuyos ojos habíanse convertido en dos fuentes inagotables, y de verse llamado a cualquier hora para consultas domésticas, que en el fondo le interesaban muy poco, insinuó astutamente una tarde que la escena se prolongaba demasiado, privándole de acudir a otros menesteres más gratos:

—¿Y por qué no ilustra su merced todas esas preocupaciones con el parecer del Padre Escolano, cuyo dictamen sobre tales materias valdría infinitamente más que el de este insignificante curioso de la vida?...

Fray Juan de Escolano, de la Orden de Predicadores, era Prior del Convento de San Ildefonso y uno de los personajes, en efecto, más calificados por su saber y piedad para aconsejar en aquel trance a la acongojada Señora, quien, siguiendo las indicaciones de Castillo, no tardó en caer a los pies del tonsurado, hecha un mar de lágrimas, y refiriendo el trance por que atravesaba con los más vivos colores que pudo encontrar su dignidad de patriota y esposa ultrajada.

El Prior de San Ildefonso, que aquel día parecía preocupado e inquieto, como quien acaba de recibir una mala noticia y trata de disimular su impresión hasta sobreponerse a ella, dejó desahogarse a la matrona con el relato de cuanto sucedía en la casa de Hortigas, y cuando consideró consumidas las fuerzas de Doña Eufrasia, repuso pausado e indulgente:

—No se aflija de ese modo, amiga mía, y ofrezca al Señor las tribulaciones porque pasa, como el don más precioso que puede hacer el que así se digna probarla para experimentar el metal de que está hecha. El amor y la reverencia que se deben los esposos no han de disminuir por ninguna

causa, y menos por las que están fuera de nosotros y se refieren a la política de los hombres.

—¿Ni siquiera por la deslealtad cometida a sabiendas contra las obligaciones ineludibles de todo buen ciudadano? —interrogó altiva la nieta de los Cucalones.

—¡Ni aun por eso! Además, hermana, que de la variación de las opiniones sobre negocios terrenales nadie ha de maravillarse, pues quien presumiera estabilidad en las cosas humanas engañaríase miserablemente, acreditándose, por el contrario, de cuerdo el que prevenga su inconstancia.

—¡No eran esas las lecciones a que me tenía acostumbrada Vuestra Reverencia! —protestó fosca la penitente.

—¡Quizá la realidad de los sucesos me haya hecho variar de opinión! La distancia que hay entre los halagos de un temporal privilegio y las glorias de una permanente fidelidad siempre se encuentra registrada en los archivos del desengaño.

—¿Quiere decirse entonces que un Rey puede volverse atrás de lo que ha jurado?

—Sí, si con lo jurado entiende que corre a la ruina el pueblo de cuyos destinos es responsable ante Dios.

—¡Nadie desde hacía siglos gozaba tan multiplicados privilegios como la Corona de Aragón, y todos cuantos la ciñeron confirmaron esos privilegios al subir al trono!

—El hecho de la confirmación daba a entender que, en algún modo, la concesión era temporal.

—¡Nunca lo comprendieron así los aragoneses!

—Porque no atendían a lo demasiado que se adelantaban en la libertad con el cegador embeleso de su usufructo.

—¿Será menester, pues, acatar y mostrar satisfacción por lo mandado?

—¡Con obedecer basta! La rebelión tiene sus quiebras, y el vencedor puede imponer las condiciones que considere oportunas, como fruto de su victoria. Una cosa es entrar en posesión de un dominio heredado, y otra muy distinta el conquistarle por la fuerza. Ahora nos encontramos en esta última situación y precisa, por tanto, resignarse, purgando los pasados extravíos.

—¿Y Vuestra Reverencia cree que todos los aragoneses estarán conformes con sus manifestaciones después de haberlos criado en el sentimiento cristiano?

—Cuando alguno en esta materia oiga los discordes pareceres que muchos profieren hablando de ella, debe dejar correr el agua de la pasión, y por más que advierta los diversos juicios que sobre tal mutación se formen, no ha de admirarse si la oposición de las gentes distribuye con desigualdad la estimación de las cosas.

—En resumen, Padre —suplicó Doña Eufrasia, no queriendo dar crédito a sus oídos y empeñada en hacer declararse del todo al Predicador—: ¿Qué me aconseja Vuestra Reverencia en esta tribulación?, ¿qué debo hacer?

Fray Juan Escolano reflexionó unos momentos y contestó después con voz autoritaria:

—¿Y eso me lo pregunta una esposa honrada y una madre modelo? Vuestro puesto, hija mía, está en el hogar que Dios bendijo y en el que nunca encontrásteis hasta ahora sino consideración y respeto. Si no compartís las inclinaciones políticas de vuestro esposo, respetadlas al menos y concretaros a las funciones que os están asignadas, evitando disgustos y disensiones, que sólo mal ejemplo pueden procurar a vuestros hijos. Imitad, en suma, la conducta de Sus Majestades nuestros Augustos

Señores, y resignaos, como ellos se resignan, ante los inexcrutables fallos de la Providencia.

—¿Pues qué les sucede a los Reyes que no sean satisfacciones y gustos?

El Prior de San Ildefonso consideró pasmado a la Señora de Barberán, añadiendo a poco, compungido:

—¿Ignoráis acaso que la salud de nuestra Soberana Doña María Luisa deja bastante que desear y que hace días se encuentra atacada de una fiebre pertinaz, que ningún medicamento es capaz de disminuir, alarmando a todo el mundo y especialmente al amantísimo esposo, que no se separa de la cabecera de la enferma?

—Algo he sentido de eso y hasta hay quien asegura que Su Majestad está dañada y no hace sino candirse desde que llegó, aunque con los tapujos que se acostumbran en Palacio y el cuidado con que mi esposo me oculta ahora cuanto llega a su noticia, no sabe una el verdadero alcance que debe dar a las cosas que oye. ¡Se multiplican tantas y son tan diversas!

—Esta que acabo de comunicaros es, por desgracia, exacta, y tanto más de temer cuanto que la pobre Señora tiene mala madera; pero no impide que la Reina, dando una nueva prueba de fortaleza, que todas las esposas debieran imitar, se sobreponga heroicamente a sus achaques y desde el lecho se ocupe de cuanto negocio le consulta nuestro Monarca, trabajando a la par de sus Ministros en compañía de la Camarera Mayor.

—¡La Camarera Mayor! ¡A esa sí que le debemos poco reconocimiento los aragoneses, pues, según parece, siempre que se presenta ocasión nos pone como palo de gallinero! ¡En cambio constituye el mayor apoyo de Don Melchor de Macanaz y de

cuanta reforma proyecta tan funesto personaje, ídolo de mi esposo.

—¡Más caridad con el prójimo, Doña Eufrasia! ¿Qué sería de nuestros desgraciados Soberanos en los momentos presentes si no contaran a su lado con una persona tan leal y sabedora de consuelos como la Señora Princesa de los Ursinos?

—¿Tan mal camino lleva la enfermedad de la Saboyana?

Fray Juan Escolano tornó a interrumpirse, sorprendido, e interrogó incrédulo:

—¿Pero de veras no sabéis que hace unas horas se ha recibido en el Palacio de los Gigantes la trisísima e inesperada nueva del fallecimiento del Gran Delfín de Francia, padre de Don Felipe V, muerto en su casa de Meudon el 14 del corriente, a consecuencia de un ataque de viruelas?

Y ante la cara de asombro de la señora de Barberán, que probaba bien a las claras su desconocimiento de la importantísima novedad, prosiguió lúgubre el Prior de San Ildefonso, exteriorizando sus anteriores cavilaciones:

—¡Figuraos cómo estarán de afligidos esos hijos, para quienes Su Alteza Real, además de progenitor amantísimo, era el principal sostén, por no decir el único, con que contaban cerca del ilustre Abuelo para disipar cuantas tormentas se conjuraban contra España! ¿Qué va a ser de ellos y de nosotros sin esa defensa constante y desinteresada, cuando acaso más falta nos hacía, ahora que tanto se habla de paces y de desmembraciones?...

Mientras Fray Juan de Escolano se expresaba así, la imaginación exuberante de Doña Eufrasia desatábase cual impetuoso torrente por las selvas del porvenir, vislumbrando allá muy a lo lejos una débil lucecita que permitía abrigar cierta es-

peranza sobre el restablecimiento de los fueros con el triunfo definitivo de Carlos III, y la renuncia de los Borbones al cetro de Aragón, obligados por las órdenes inapelables del desalentado Luis XIV.

El Prior de San Ildefonso, que conocía por la práctica del confesonario las cualidades y la tenacidad de su hija espiritual, debió de adivinar los pensamientos fantasmagóricos de aquella testaruda aragonesa, que en circunstancias más favorables hubiera podido pasar a la inmortalidad en concepto de heroína, y decidido a volverla una vez más al mundo real con sus palabras, exclamó intencionadamente:

—¡Sólo cuando los perdemos es cuando se comprende lo necesarios que en la vida son los padres para dirigir y confortar a sus hijos! ¡Por ello lo que corresponde a toda buena madre, antes que nada, es velar por los frutos de su vientre y vigilar lo que hacen, para impedir que incurran en algún grave error!

Doña Eufrasia, que no tenía pelo de tonta, recogió al punto la alusión, manifestando resentida:

—¡Ah! ¡Ya le vinieron a Su Reverencia con el cuento de que Bartolito...!

—No me refiero a ese dropo —interrumpió áspero el Prior—, sino a su hermana...

—¿A mi Petronila? —interrogó sofocada la Barberán.

—¡A Petronila, sí! Alguien que no debo nombrar me ha referido ayer que, aprovechándose del desorden reinante en su casa, esa niña sale a la calle con más libertad que nunca y encuentra en sus paseos a un caballero que la sigue a la iglesia sin el menor recato y hasta se atreve a ofrecerla agua bendita... ¡Petronila ha cumplido veinte años

y ya va siendo tiempo de pensar en que cambie de estado, mi estimada Doña Eufrasia!

—¿Conque salidicas sin mi licencia, y galanteos con desconocidos? —rugió la linajuda oscense, considerando desde aquel punto mancillada la honra de sus ascendientes—. ¡Bien hizo en advertirmelo, Padre, pues si llego a comprobarlo, como me llamo Eufrasia Hortigas y Cucalones, que esa infame mocosa va a acordarse de la fecha de hoy! ¡Templado está el horno para rosquillas! ¡Y pensar que ofuscada con las cosas de la política no me daba cuenta de lo que sucedía en mi hogar! Gracias, mil gracias. Padre de mi alma; mejor remedio no pudo encontrar Su Reverencia para distraer los pensamientos que tanto me atormentan! Por supuesto, que la culpa no es de ella, ni mía, sino del mal ejemplo que le da un padre perjuro y simoníaco. ¡Ah, ese!, ¡ese! ¡Qué lástima no saber algo por el estilo de su conducta, para imponerle mayor correctivo aún que el que va a sufrir su hija!... Mas todo puede que sea, dados los sujetos con quienes se reúne y los modelos de impiedad que tiene constantemente delante de los ojos...; ¡por si acaso, le haré espiar, para saber los pasos en que anda!..., ¡y como yo le coja en alguno dudoso!..., ¡decreto de nueva planta vamos a tener también en casa, y mucho más radical que el que acaba de jeringarnos a los aragoneses, gracias al patriotismo de Don Melchor de Macanaz!...

XVII

Los días que siguieron a esta conversación fueron empleados efectivamente por la esposa de Don Buenaventura en averiguar, de concierto con Anselmo del Castillo, quien con tal motivo se granjeó buenos honorarios, el grado de fundamento que podrían reconocer las denuncias de Fray Juan Escolano respecto de Petronila Barberán; pero por más que hicieron y buscaron ambos, nada les fué posible descubrir ni averiguar sobre los supuestos amoríos de la niña, pues tanto ésta como los criados que la acompañaban en sus escapatorias habíanse puesto indudablemente de acuerdo y manifestaron unánimes que su señorita sólo había ido tres o cuatro veces a la iglesia para cumplir las devociones de cuaresma y rogar a Dios que reconciliase y uniera de nuevo a sus señores padres, cuyas discusiones y continuas peleas le tenían destrozada el alma.

Bien es verdad que, coincidiendo con tan graves disgustos en la familia de Barberán, agitábase la población de Zaragoza, olvidada de sus negocios particulares ante la trascendencia de la muerte del Gran Delfín de Francia, unida a la reagravación

del estado de la Reina María Luisa, bastando semejantes novedades para monopolizar lenguas y cerebros en la cabeza de Aragón, hasta el punto de no hablarse de otra cosa durante varias semanas.

Difundidos por estrados y locutorios con la velocidad del fuego los cuentos y las anécdotas referentes al profundo sentimiento que produjera en los jóvenes Soberanos la desaparición de su protector, cuyo inalterable amor siempre les acompañara y defendiera en las adversidades, ningún extraño a las Reales Casas había logrado, sin embargo, franquear las puertas de las casas de Peralada para curiosear lo que pasaba en su interior o recoger chismes de antecámara y murmuraciones de furriera.

Al mismo Anselmo del Castillo, tan hábil para introducirse donde nadie le llamaba, habíale sido imposible llegar hasta Doña Matutina Fernández de Solís, teniendo que contentarse con las razones oídas a la Camarista Margarita de Angulo, de quien iba haciéndose bastante amigo, y que daban a la Azafata como ocupada constantemente en el servicio de la Reina e inabordable a cualquier mortal que no perteneciera de cerca o de lejos a la Camarería Mayor de Su Majestad.

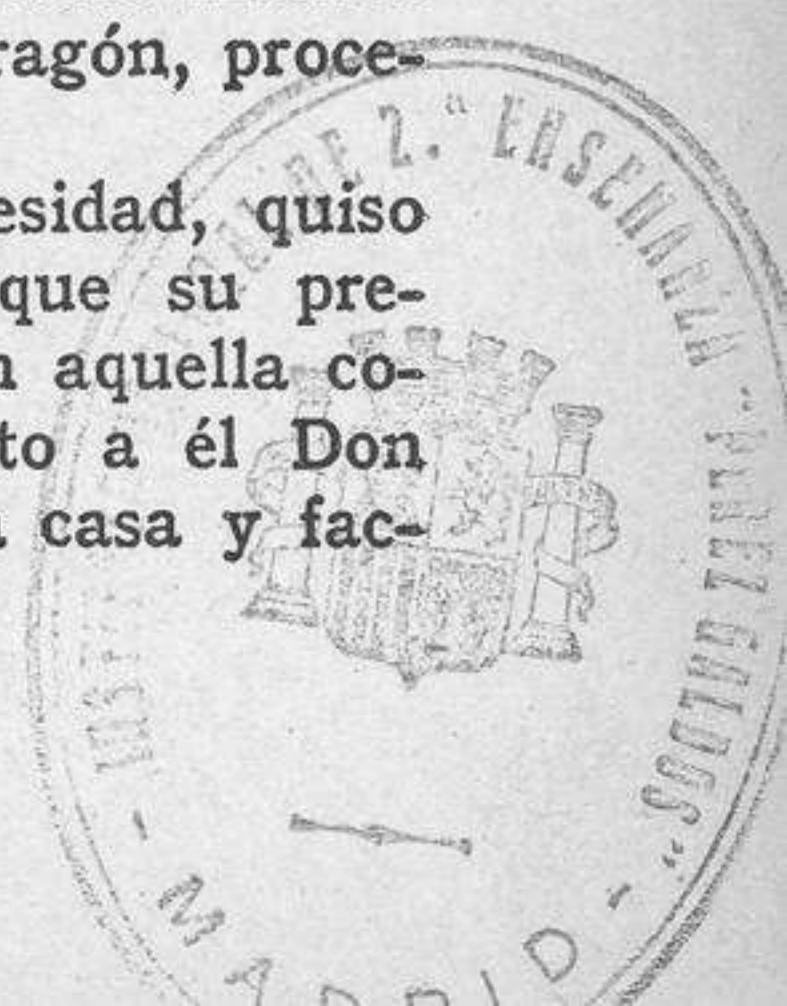
Lo único que, por ser público, era conocido de todo el mundo consistía en la clausura de la Casa de Comedias, en el doblar periódico de cuanta campana existía en Zaragoza, en los anuncios de solemnes honras en la Seo para impetrar del Altísimo el eterno descanso del malogrado heredero de la Corona de Francia y en las prevenciones relativas al luto de Corte que, llevado de su filial dolor, observaba el Monarca, vistiendo y haciendo vestir a cuantos de Palacio dependían trajes de paño negro con botones y ojales de lo mismo, corbata

y vueltas de Cambray con dobladillo de un dedo, espada negra, sombrero con toquilla de humo y medias de lana.

Resuelto, sin embargo, el activo buscón a penetrar el misterio de lo que sucedía en la regia morada y a recoger cuanta información pudiera ser útil a Casilda, preocupada a la sazón por varias cartas de Mosén Vicente en que el Rector de Bañeres explicaba las razones que de momento le impedían acudir a su llamamiento, decidió, apenas vióse libre de la férula de Doña Eufrasia, apelar al Abate Don Artal de Luna en la seguridad de que ninguna otra persona estaría enterada de cuanto sucedía en Zaragoza como aquella cotorra inteligente, superficial y divertida.

Pero como decididamente el palacio de la plaza de San Felipe siempre había de proporcionar alguna sorpresa a quien traspasaba los umbrales de su portón, apenas dentro del anchuroso y artístico patio dióse cuenta Anselmo de la presencia de una carroza de Grande, acompañada de varios lacayos y algunos guardias que le dijeron pertenecían nada menos que al Excelentísimo Señor Duque de Noailles, Teniente General de los Ejércitos de Luis XIV, sobrino de Madame de Maintenon, conquistador de Gerona y uno de los más ilustres e influyentes señores de Francia, quien se encontraba en el piso de arriba conversando desde hacía una hora con el dueño de casa, y no hacía muchos días que era llegado a la capital de Aragón, procedente de Perpignan.

Prudente por naturaleza y por necesidad, quiso entonces retirarse Castillo, juzgando que su presencia no podía ser grata al Bailío en aquella coyuntura; mas acertando a pasar junto a él Don Marcial Lumbreras, mayordomo de la casa y fac-



tótum de Don Artal, empeñóse el vejete en que subiera y aguardara la partida del huésped dentro de aquel cuartito reservado, bien conocido de la memoria del truhán, donde podía ver sin ser visto cuanto sucedía en el salón, seguro de que el Señor Abate le recibiría con el gusto de siempre apenas se viera libre de la visita ducal.

En efecto, conducido por el obsequioso Mercurio a través de complicados escondrijos, favorecedores de las entradas clandestinas, encontróse a poco Domingo de Triana en la reducida habitación que Don Artal calificaba con el nombre de *boudoir*, y, separando con precaución los pesados cortinones que disimulaban una de sus puertas, pudo contemplar la escena que se desarrollaba a pocos pasos de él entre el descendiente de los Osía y el Duque de Noailles, aunque no le fuera dable comprender todo lo que decían por expresarse ambos en francés y llegar truncas la mayor parte de las frases a sus oídos.

El exterior de Noailles, personaje que sólo aparecía por la Corte de Felipe V en circunstancias extremas, cuando se trataba de informar reservadamente a Luis XIV sobre lo que sucedía en España, para decidir alguna medida radical, no sorprendió a Castillo, pues respondía a la idea que del importante prócer habíase formado hacía tiempo, según las descripciones escuchadas a enemigos y amigos.

De cuerpo algo macizo, movimientos un tanto pesados, y vestir relativamente austero, como quien desea poner de manifiesto deliberada sencillez al final de una juventud borrascosa, el modo de hablar y los ademanes del Duque respondían a la intención de mostrarse siempre cual cordial camarada

sus alardes de amistad e innegables encantos de trato, adivinárase una ambición desenfrenada, una doblez oculta bajo la seducción de las palabras, y una indiferencia total respecto de lo que de un modo u otro no redundara en beneficio de su crédito como general o de su posición preeminente cerca de Madame de Maintenon y del propio Luis XIV.

Mas si la persona del Duque únicamente logró conquistar a medias la atención de Domingo de Triana, la insospechada gallardía de actitudes y el continente realmente noble de Don Artal en tan memorable ocasión dejóle petrificado de asombro, como si por vez primera, desde que le conocía, diérase cuenta del valor efectivo del infanzón y de la dignidad patricia que era capaz de revestir cuando las circunstancias o el lugar así lo exigían.

Discutiendo de par a par con su interlocutor, sin amedrentarse por los ademanes un poco bruscos con que el de Noailles acompañaba sus discursos; dejando a un lado remilgos y amaneramientos para mostrarse tal y cual cuadraba a un digno vástago de los ricoshombres aragoneses, hasta la voz parecía más enérgica que de costumbre en el cambiado Bailio, y su rostro y cuerpo, naturalmente bellos, lucían con mayor arrogancia por el aliento valeroso que los animaba en aquellos momentos.

La plática, que debió de comenzar en amistosos términos, había ido degenerando poco a poco en disputa, y ésta referíase indudablemente a las relaciones entre Francia y España y a los sacrificios que la primera exigía a la segunda en holocausto de las paces que procuraban concertarse, de acuerdo con Inglaterra. Tal al menos se entendía por las palabras y frases que Anselmo alcanzaba a comprender y traducir con mucho trabajo

—*Il faut faire la paix!* —vociferaba el sobrino

de Madame de Maintenon—. *Pourvu que Philippe V conserve l'Espagne et les Indes, quelque cession quelques suretés pour le commerce que l'on accorde aux ennemis, il doit s'estimer fort heureux: c'est un bel apanage pour une branche cadette!...*

.....

—*Je ne saurais mentir et il y aurait trop de verités a dire!...*

.....

—*Le roi, la reine et ceux qui les environnent sont toujours les mêmes; de petites raisons particulières les detournent du bien general...*

.....

—*Tout est dans l'engourdissement, dans la lethargie!...*

.....

—*On ne se fie qu'a cinq ou six miserables dont il n'y a ni lumières ni ressources a esperer...*

.....

—*Les espagnols sont ulcerés plus que jamais!...*

.....

Don Artal contradecía cuanto el Duque afirmaba, y defendía a sus paisanos acaloradamente, haciendo recaer sobre Francia la culpa de todo lo que estaba sucediendo, por su resistencia sorda a que se emprendieran nuevas operaciones de importancia, y su intención disimulada, pero evidente, de reducir la monarquía española.

La amistad de Luis XIV y sus sacrificios para sostener al Duque de Anjou en el Trono, motivaban los sarcasmos más amargos de parte del Abate de

Luna, quien, olvidándose un momento de todas sus inclinaciones y de su admiración por las elegancias de allende los Pirineos, para no sentirse sino español e insultado, exclamó de pronto, violentamente:

—*Les bienfaits de la France! Voilà Monsieur où il y aurait aussi trop de vérités à dire de notre part! Nous pourrions vous répondre que Sa Majesté très Chrétienne n'a cherché que son propre intérêt en soutenant son petit fils sur le trône; qu'il a évacué l'Italie sans la participation de Philippe V, qu'il a abandonné ce prince quand il a cru y voir son propre avantage, qu'il ne laisse à l'Espagne qu'une part dérisoire dans les conférences sur la paix et qu'il exige de nous par contre tous les sacrifices.*

.

La discusión no se prolongó ya mucho tiempo, pues el sagaz Noailles habíase dado cuenta de la inutilidad de su exploración cerca del Bailío de Santa Eufemia, y de que éste, lejos de mostrarse dispuesto a secundarle en sus propósitos, constituiría en adelante un obstáculo para cuanto se tratara de allanar en Palacio o entre la nobleza española, por lo cual, mudando de tono y acudiendo a sus artes de gran señor, hizo desviar la plática hacia otros temas menos serios, concluyendo por despedirse de Don Artal con muestras de verdadero afecto, y salir del salón acompañado hasta la puerta por el dueño de la casa, que en punto a cumplimientos podía codearse con el propio Luis XIV.

Una vez solo, no obstante, irguiéndose altanero el aragonés, sin necesidad ya de fingir cortesías para desahogar la legítima cólera que innundaba su pecho, permaneció frente a la galería por donde

acababa de desaparecer el falso amigo de España, y levantando repetida y enérgicamente el antebrazo en dirección al ausente, hizo a éste la higa, dos, cuatro, diez veces seguidas, con gesto varonil y castizo.

—¡Bravo!, ¡bravo! ¡Así es como me gusta ver a Vuestra Señoría! —exclamó Anselmo del Castillo entusiasmado, corriendo hacia el Abate para estrecharle entre sus brazos.

—¡Pero qué se habrá figurado ese cochamandrero fantasmón! —repetía Don Artal, trémulo aún de ira—. ¿Con quién se imaginaría que estaba hablando? ¡Atreverse a criticar en mi casa a Su Majestad la Reina, porque, muriéndose a chorros, aún mantiene firme a nuestro Soberano en no condescender con las exigencias del abuelo respecto de la paz! ¡Burlarse de los españoles, porque no nos sometemos a la degradante tutela del Cristianismo! ¡Defender en mi presencia que lo que aquí hace falta es un primer Ministro que nos meta en cintura, y que la situación variaría del todo si Felipe V se decidiera a tomar una manceba, aprovechando la presente enfermedad de su Augusta Esposa para recobrar su independencia! ¡No! ¡Si lo único que le faltó fué proponerme que yo le buscara la pájara entre la Real Servidumbre, para que el insulto fuera completo! ¿Y habría de quedarme yo callado ante semejantes desvergüenzas? ¡Bien puede dar gracias que recordé a tiempo la sangre de que procedo y no le mandé despedir por mis criados, como bien merecido lo tenía...!

Aquí llegaba el belicoso Abate en sus inverosímiles baladronadas, cuando apareció el discreto Mayordomo Don Marcial, para comunicar al oído de su Señor cierto recado, cuyo primer efecto con-

sistió en ahuyentar instantáneamente del rostro del Bailío toda expresión de energía, haciéndole murmurar con acento desmayado:

—Mira, no quiero verle. ¿Por qué le dijeron que estaba en casa?

Y como el confidente de sus secretos insistiera en hablarle reservadamente, añadió con mal humor.

—Bueno, que pase.

Luego, dirigiéndose a Anselmo, que parecía dispuesto a retirarse, manifestó suplicante:

—No, Minguillo; tú no te vayas, por favor. Quédate donde estás y no te mezcles en nada de lo que oigas. Así, viéndote junto a mí, acaso crea que estorba y abrevie la visita, o cuando menos no se meterá durante ella en demasiadas honduras.

Algo iba a añadir el contrariado Don Artal, pero no pudo, pues en aquel momento apareció en la puerta el Marqués Caracciolo, más sonriente y más atractivo que nunca, obligándole a marchar a su encuentro y recibirle con todas las frases que la buena crianza ha inventado desde hace siglos para complicar la vida, ocultando a los extraños nuestros verdaderos sentimientos.

Anselmo, que desde la noche de la Máscara sólo había vuelto a ver de lejos al seductor napolitano, y que ya se sorprendía de muy pocas cosas en el mundo, no se detuvo a fijarse si el engreído Marquesito aparentaba ignorar su presencia en la sala, o le reconocía con ligerísima inclinación de cabeza, limitándose a cumplir las órdenes del Abate de oír, ver y callar.

Más lo que sí llamó su atención desde luego, fué la nerviosidad y el cambio de actitud que se produjo en Don Artal apenas Caracciolo comenzó a hablar, mirándole fijamente a los ojos cual si pretendiera magnetizarle, así como el cuidado

con que el Abate procuraba rehuir la solicitud imperiosa de aquella pupilas, volviendo la cabeza a uno y otro lado mientras respondía al italiano y agitándose sin tregua en su asiento, lo mismo que si sintiera hormigueos o desazón por todo el cuerpo.

Hábil como pocos en el arte del parloteo, y envalentonado además, con la compañía de Castillo, pudo sortear al principio con bastante fortuna las insistentes preguntas de Caracciolo sobre política, asegurando que no era aquél su fuerte. La visita del Duque de Noailles, que acababa efectivamente de dejarle poco antes, había obedecido al deseo de charlar un rato e informarle de las novedades ocurridas en Versalles los últimos meses. El Duque de Vendôme salía poco de casa, tullido por la gota, y a nadie comunicaba sus impresiones sobre lo que sucedería en la Corte de Francia después de la muerte del Gran Delfín, cuya pérdida lamentaba sin cesar por constituir su mejor influencia cerca de Luis XIV. Alberoni era la prudencia en persona, y aunque hablara mucho, sólo dejaba escapar lo que le convenía. De Palacio, en fin, nadie sabía nada, pues Sus Majestades sólo veían a los servidores más íntimos y aun duraba la indisposición de la Reina...

Mal satisfecho el impetuoso Marqués con tantas evasivas, y dedicado a salirse con la suya, concluyó por aproximarse más al inquieto dueño de casa y colocar una mano sobre su hombro, mientras, aterciopelando la voz e inclinando el rostro hacia el del Abate, so color de hablar más quedo, murmuraba casi al oído de Don Artal:

—¡Qué reservado está el tiempo, carísimo, y cuanto cambio noto en vuestra persona! ¡Parece que no fuerais el de siempre! Dejemos, pues, a un lado, ya que os disgusta, el tema de los negocios

públicos, y vengamos al que sabéis ocupa todos mis días y todas mis potencias. ¿Qué noticias tenéis de Alfranca?... ¿Cuándo podéis llevarme a conocer al Señor Duque de los Cameros?...

¡Alfranca! ¡El Duque de los Cameros! Aquellas palabras mágicas despertaron más y más el interés de Anselmo, quien desde su rincón seguía las mudanzas en el continente de su amigo, convertido a medida que avanzaba la conversación en otro ser completamente distinto del que poco antes sostuviera tan valiente la causa de su patria contra el Duque de Noailles, como si al contacto con la seducción fascinadora que emanaba del Caraccio lo hubiera desaparecido todo el poder de resistencia que se encerraba en la proteica y desconcertante personalidad del heredero de los Luna.

Luchando en vano por substraerse al interrogatorio que se le imponía, e impaciente por escapar al yugo que, sin duda por razones especiales, había dejado de serle grato, balbuceaba Don Artal excusas que la firmeza de su interlocutor no admitía, insistiendo en sus demandas, con acritud que apenas alcanzaba a disimular el concierto de las palabras.

—En Alfranca no se recibe a nadie —manifestaba el Abate—. Ya os dije que apenas llegado el Duque cayeron enfermos de sarampión los dos niños pequeños, alcanzando después el contagio a los otros, de modo que hasta que pase la cuarentena es inútil intentar nada para ver a Su Excelencia, quien en esto, como en todo, sigue rigurosamente las etiquetas de Palacio, a las que nadie, ni siquiera su esposa, le haría renunciar. Yo mismo le he visto una sola vez desde que vino. Y por lo que toca a Doña Blanca, aun no he podido besarle las manos porque no se separa del lecho de sus hijos.

—La Duquesa de Sahagún, que no está en el mismo caso, recibirá los saludos de las personas que deseen presentarles sus respetos —insistía el napolitano.

—¡Ay, Marqués! —protestaba en falsete Don Artal—. ¡Ya se ve que sois nuevo en esta tierra e ignoráis las costumbres de nuestras casas, cuando se trata de duelos o enfermedades! Doña Serafina guarda todavía luto por su Señora Abuela, la Marquesa de Villarrubia de los Ojos, duelo que posiblemente se prolongará un año más, y no ha venido a Zaragoza sino las dos veces que la visteis de lejos. Por otra parte, vive en casa de sus amigos, acompañando a la Duquesa de los Cameros en la asistencia de su familia, como si fuese una hermana. Además de todo esto, lo singular de su situación actual obliga a la Niña de Plata a guardar mucha más circunspección que de costumbre, manteniéndola retirada del mundo y privándola de cultivar amistades con los buenos mozos que pueden comprometerla.

—¡Lo cual no impide —afirmó malignamente Caracciolo— que Su Excelencia sostenga relaciones con el ejército de Valdecañas, con algunos jóvenes Oficiales cuyos nombres me son conocidos y que hayan circulado por Zaragoza muchos comentarios de ciertos sucesos ocurridos en Brihuega durante la permanencia allí de ambas Duquesas!

—¡A quién no alcanzarán las salpicaduras de la calumnia! —contentóse en observar hipócrita el Abate, adoptando aire de víctima.

—¿Pero se sabe al menos algo positivo de la acogida que ha merecido en Roma la solicitud de nulidad de matrimonio con el Conde de Ecija? —interrogó apremiante el italiano.

—Muchos hablan aquí del asunto, aunque nadie

tiene informes directos, dada la interrupción de relaciones que persiste con la Santa Sede.

—Por lo que hace a los teólogos que aquí he consultado, no resulta desgraciadamente tan claro el problema como Doña Serafina imaginaba al principio. Y eso que su pleito cuenta con el apoyo de Palacio y de la Duquesa de los Cameros, cuya respetabilidad ha inclinado la opinión de la Corte de Felipe V a favor de la Duquesita.

—¡Son tan públicas las culpas del Conde de Ecija, y tan evidente la fuerza que se hizo a la Niña de Plata para que consintiera en la boda!

—De cualquier modo, el hecho es que están casados, y que si el matrimonio no se consumó fué porque Doña Serafina Enríquez rehuyó la compañía del esposo.

—¡También es un hecho que el esposo quería arrastrarla en su traición a Felipe V, y que las pruebas de tal traición constan en poder de las Autoridades borbónicas, por lo cual se justifica su permanencia en esta corte, mientras el de Ecija continúa proscripto y refugiado en Barcelona!

—¡Ojalá triunfe en su empeño y recobre pronto la libertad tan encantadora dama! —manifestó fervoroso el galán Marqués—. ¡De cuantas mujeres conocí hasta hoy, es la única que verdaderamente se ha entrado en mi corazón! ¡Qué belleza, qué distinción, qué conjunto de perfecciones!

—¡Eso sin contar con la fortuna! —agregó irónico el Abate.

—¡Por verla de cerca, por conquistar su simpatía, por sostener unos minutos de conversación con ella, daría yo todo mi caudal, sin guardar un solo ducado! —aseguró Caracciolo, dejándose llevar de la exageración propia de su temperamento meridional.

—Muy difícil me parece conseguirlo ahora. Sobre todo mientras continúe residiendo en Alfranca...

—¿Piensan acaso trasladarse a la ciudad cuando los enfermos estén restablecidos? —inquirió ansioso el Marqués.

—Por lo que toca a las Señoras no lo creo, pues ambas se encuentran perfectamente en el campo, y más ahora que principia el buen tiempo. Pero al Duque le gusta rodearse de personas que le entretengan, y, como hace todo al revés de las demás personas...

Antes de terminar la frase Don Artal, volvió a aparecer en el salón con precipitado paso el Mayordomo Lumbreras, cuyo enrojecido semblante y desusada agitación declaraban a simple vista que algo de muy extraordinario sucedía en el mundo para interrumpir así la compostura habitual del regordete personaje.

—¿Que hay?, ¿qué me quieres? —preguntó alarmado el Abate.

—Nada, nada—masculló perplejo el depositario de los secretos—. O por mejor decir, sí... un recado del Señor Canónigo Don Julio Alberoni, para ser transmitido inmediata y exclusivamente a Su Señoría...

Dichoso por aquella diversión que ponía fin a la embarazosa entrevista, y bendiciendo el ingenio del insubstituible acólito, siempre hábil en sacarle de cualquier situación comprometida, hizo Don Artal ademán de levantarse para conversar con su fámulo, mas adelantándose rápido el Caracciolo y pasando su brazo por la cintura del Abate, en afectuosa demostración de confianza, impidióle moverse, acompañando su familiar gesto con festivas carcajadas y cariñosas palmaditas en las rodillas que acabaron de hacer perder toda su serenidad al impresionable dueño de casa.

Inmóviles cada cual en su sitio, tanto Anselmo como el veterano Lumbreras, contemplaban filosóficamente la escena, en espera de órdenes, hasta que Don Artal, tras de dirigir a Castillo una mirada imploradora de supremos perdones, murmuró vencido:

—Bueno, hombre: suelta el mensaje, puesto que ya estás viendo que nos encontramos entre íntimos.

Sin mostrar el menor asombro y con la docilidad propia de los de su ralea, manifestó entonces Don Marcial ante sus asombrados oyentes:

—Se trata según parece de un notición recién llegado por un correo extraordinario de Versalles, que anuncia la muerte del Señor Emperador, hermano del Archiduque Carlos, ocurrida el 17 de Abril, es decir, tres días después de la del Gran Delfín y de la misma enfermedad que Su Alteza Real.

La importancia de semejante nueva, que hacía cambiar en un momento los destinos de Europa, dando margen a toda clase de conjeturas para el porvenir, causó tal impresión en el Abate de Luna y en sus compañeros, que durante varios segundos ninguno de ellos se decidía a pronunciar palabra, sobrecogidos, cada cual a su modo, por la ineluctable fatalidad de los decretos providenciales.

La expresión, no obstante, de vivísima contrariedad que se dibujó en el semblante del Marqués Caracciolo al escuchar tan sorprendente información; el ademán despreciativo y colérico con que se apartó inmediatamente de Don Artal, y algo de repulsivo y de feroz a un tiempo que, a manera de relámpago, descompuso unos segundos la impenetrable armonía de sus facciones de Arcángel, bastaron para descubrir al observador Anselmo todo el peligro y la doblez que se escondían en aquel per-

sonaje, prototipo de la tentación, del engaño y de la sensualidad egoísta.

¡Sí!, ¡no cabía duda! ¡Aquel gallardísimo aventurero, salido Dios sabe de dónde y transformado por obra de su audacia en pródigo Marqués y burlador profesional, era seguramente un espía y un traidor de los más temibles, enviado acaso por la Corte de Barcelona o la de Turín con algún fin, cuyo alcance no podía determinarse, aunque cualquier cosa fuera de temer dado el atrevimiento y las eminentes cualidades del sujeto!

XVIII

La desaparición del Emperador de Alemania, alma de la coalición contra los Borbones, en circunstancias tan imprevistas, constituyó un verdadero golpe de teatro que tuvo el poder de cambiar rápidamente la escena del mundo, alterando la posición de casi todos los personajes que figuraban en ella.

Grandes y chicos, cuantos suspiraban por la paz en los diferentes países de Europa, comenzaron, apenas circulada la noticia del fallecimiento de Leopoldo II, a formular teorías sobre lo que podía suceder si el Archiduque Carlos, como parecía descontado, resultaba elegido sucesor del Imperio, pronunciándose casi unánimemente por la cesación de hostilidades y el reconocimiento de los derechos de Felipe V a reinar en España, una vez elevado su contrincante al solio de los Césares.

Por lo que tocaba a Zaragoza, no resultaría aventurado afirmar que ningún suceso de la guerra impresionó a sus habitantes como aquél, que parecía constituir el principio del fin, ya que a nadie le pasaba por la imaginación pensar que Carlos III aspirara por un momento siquiera a reunir en su cabeza las Coronas de Alemania y España, preten-

sión a la que sus mismos aliados se opondrían con todas sus fuerzas.

Lo que no pudo evitarse, sin embargo, fué que apenas conocida la nueva, se desataran las lenguas y se exteriorizaran las pasiones, convirtiéndose la capital cesaraugustana en un verdadero avíspero, donde todo el mundo se juzgaba autorizado para emitir opinión, y las invenciones más diversas encontraban quien las sustentase como verdades inconcusas.

Anselmo del Castillo, que se movía como una ardilla por todas partes, asomando las narices a cuanto rincón conocía, y descendiendo desde las reuniones de los claustros o las tertulias oficialistas hasta las tabernas y los lupanares, con objeto de formar una idea general de lo que se sentía y se pensaba sobre el porvenir, convencíase más y más, a medida que profundizaba en sus investigaciones, de que no erraba su insigne maestro el desequilibrado Don Jaime de Centelles al sostener meses antes por boca del célebre Tácito la necesidad ineludible de dar entrada a la Parca en el pleito de la sucesión española, como el único medio de conseguir una sentencia firme que pusiera fin a las luchas en que se desangraban los pueblos, ya que sin aquel recurso quizá la tarea de pacificación hubiere resultado imposible.

La mejor prueba de que tal era la primera consecuencia que se apresuraban las gentes a deducir de la muerte del hermano del Archiduque, reflejábese no ya en las caras largas de sus ocultos partidarios, ni en las conversaciones alborotadas de los barrios populares, sino en la disminución del interés con que instantáneamente comenzaron a considerarse las cosas de la guerra, y en el anuncio oficial, a mediados de Mayo, de que no se intenta-

ría la empresa de Barcelona por aquel año, substituyéndola con la de Tarragona o con la que el Duque de Vendôme considerara preferible; añadiéndose, como consecuencia de tal variación, que tampoco acompañaría Felipe V al Generalísimo, permaneciendo junto a la Reina, cuya salud, lejos de mejorar, seguía inspirando serios temores en Palacio.

Al mismo tiempo, la atención universal, traspasando las fronteras, dirigíase a Versalles, donde ya casi nadie ignoraba que se sostenían activas negociaciones con Inglaterra, para apartar a esta Potencia de la liga de los Aliados.

Fingiendo secreto y recomendando reserva, que nadie guardaba, susurrábase de unos oídos en otros que se aproximaban novedades increíbles, pues la fuerza de las circunstancias exigiría casi seguramente grandes sacrificios por parte de España, si pretendía llegarse a un concierto eficaz, y que los delegados de la Reina Ana reclamaban Gibraltar, Menorca, varias concesiones en América y el privilegio del asiento de negros que Francia disfrutaba en las Indias, aparte de las compensaciones que sería menester otorgar al futuro Emperador, a Holanda y al Duque de Saboya, en pago de la paz, compensaciones que representarían el abandono por parte de Felipe V de todas las posesiones italianas y mediterráneas de sus antecesores, con excepción de Mallorca, y la ratificación de la cesión de Flandes.

Tan colosal liquidación de herencia, sólo comparable a la del Imperio Romano, que a raíz del testamento de Carlos II, y hasta después de la batalla de Villaviciosa, pareciera a los españoles, como le sucedió a Castilla, una fantasía risible de loco o una burla sangrienta de los enemigos de la Casa de Borbón, principió, no obstante, a tomar

cuerpo y a ser discutida públicamente por militares, eclesiásticos y seculares, apenas fallecido el Emperador de Alemania, moviendo a tratar en todas partes las ventajas efectivas que ofrecían a España tantos dominios lejanos, y a estudiar si verdaderamente convenía seguir combatiendo para conservarlos, o si no sería preferible renunciar a ellos, eliminando así todo motivo de guerra en los tiempos venideros.

Aún quedaban, como era natural, numerosos personajes, singularmente los que menos habían perdido en las pasadas luchas, que continuaban firmes en sus intransigencias, y maldecían a todas horas de la funesta política de Luis XIV, oponiéndose tenazmente a ceder al enemigo una vara de tierra o una prerrogativa de la Corona; mas la sola disposición a cambiar de criterio, poniendo en controversia el litigio, demostraba bien a las claras el cambio de los tiempos, la decepción universal que la variable conducta de Francia producía en el espíritu de la nación y el ansia, cada día más apremiante, de ver libre por fin de extranjeros, amigos o enemigos, el territorio de la Península, donde todo el mundo mandaba como en país conquistado, y ningún natural tenía derecho a protestar ni a conseguir satisfacción de sus ofensas.

El optimismo tradicional, además, de la nación española, así como su inveterada fe en que la Providencia no abandonaría del todo en aquel trance a la hija predilecta de la Iglesia, dejaba algunos resquicios de luz que permitían mantener vivas muchas ilusiones.

Todos estos argumentos, unidos al irrefutable de que el Rey era el único Juez competente para ceder o cambiar su patrimonio hereditario, fueron empleados por Doña Matutina Fernández de Solís en la

entrevista que se dignó conceder al emisario de su sobrina Casilda, dos semanas después de conocerse en Zaragoza la muerte del Emperador, aprovechando la tregua que en la enfermedad de la Saboyana conseguían la ciencia y los cuidados de dos médicos aragoneses, Don Domingo Guillén y Don José Suñol, llamados a la Real Cámara para examinar a la ilustre paciente.

El buen humor reinante en las casas de Peralada con motivo de la mejoría de una princesa tan universalmente querida como Doña María Luisa Gabriela, cuya existencia resultaba preciosa en aquellas circunstancias, reflejábase por todas partes, y en especial por la Camarería Mayor, donde se acogía a propios y extraños, reanudándose sin esfuerzo alguno aquella vida de chismorreos y aventuras, siempre cara a los familiares de las Reales Personas.

—¡No hay ninguna Soberana en el mundo que pueda compararse con nuestra Señora! —declaraba Doña Matutina al convencido Anselmo, tratándole ya con naturalidad y sin tiesura —. ¡Qué constancia! ¡Qué fuerza de voluntad! ¡Cómo ha sabido disimular la gravedad de su estado delante del augusto esposo! ¡Y qué manera de tenérselas tiesas con el Duque de Vendôme y con el de Noailles, cuando se trataba de responder las cartas de Francia! ¡Los españoles no sabrán todo lo que vale esta Princesa hasta el día que la pierdan!... ¡Entonces verán la diferencia, comparándola con la que venga!...

— Por de pronto — corroboró Castillo — ya se la considera como la mejor Reina que hayamos tenido, después de Doña Isabel la Católica.

— Por supuesto — añadía respetuosa la Azafata — que, en cuanto a modelo de fidelidad conyugal, pocos monarcas y pocos maridos podían

compararse tampoco con nuestro Señor, que se ha hecho digno de universal alabanza por el esmero e interés con que ha asistido a Su Majestad, durmiendo todas las noches en su mismo lecho, hasta que, por formal mandamiento del Padre Confesor, accedió a mudar su cama a la pieza inmediata.

A las discretas preguntas de Anselmo sobre el grado de fundamento que merecían los rumores circulantes respecto de probabilidades de paz, contestó deferente la Solís:

— Acaso se exagera en las proporciones que se les da. Pero, efectivamente, parece que esta vez van bien encaminadas las negociaciones. Desaparecido el obstáculo de los Marlboroughs, y mudado el Gobierno de Inglaterra, era de presumir que la Reina Ana se inclinaría del lado de los acomodados, por lo cual ninguno de los de acá nos sorprendimos cuando se nos escribió que desde principios de año habíanse iniciado inteligencias secretas desde Londres a Versalles. La cuestión estriba en que todos cedamos un poco en nuestras respectivas pretensiones, para llegar a un acuerdo; y en eso estamos ahora, sin perjuicio de ensayar otras vías más directas con objeto de conseguir el mismo fin.

— ¿Otras vías? — preguntó intrigado Anselmo.

— Sí — confió expansiva la Azafata —. Hoy me coge en un día que necesito desahogarme con alguien, y voy a seros del todo sincera, para que mi sobrina no ignore nada de lo que sucede. La muerte del Emperador ha inspirado a nuestro piadosísimo Monarca la idea de escribir directamente al Archiduque, proponiéndole las paces con ocasión de su elevación a la púrpura imperial...

— ¿Y esa carta...?

—¡Aún no ha tenido contestación, pero la esperamos por momentos!...; así estaremos al cabo, además, de los propósitos que animan al futuro César, quien no ha de ser tan tonto que suponga que los Aliados van a consentir la restauración de la monarquía de Carlos V, en beneficio exclusivo de su persona.

— ¡No! ¡Eso a nadie se le puede ocurrir siquiera! — aseguró Anselmo.

— ¡Allá veremos! ¡Son tan difíciles de penetrar las intenciones de los Príncipes! ¡A veces las cosas más justas y las compensaciones más naturales les parecen exceso de ambición o insolencias inadmisibles!...

El gran Píscator de Sevilla, que había oído comentar en diversos círculos, y especialmente en la imprenta de los Roca, el rumor de que la Camarera Mayor pretendía una pequeña soberanía independiente en los futuros tratados, como recompensa a sus grandes servicios a la Casa de Borbón, creyóse en el caso de manifestar a la criatura de Ana de la Tremoille.

— No dirá Vuestra Señoría eso por lo que atañe al establecimiento de la Señora Princesa de los Ursinos, pues donde quiera que yo he oído tratar el asunto, nadie se ha atrevido a opinar en contra, juzgando justificadísimas las aspiraciones de Su Excelencia.

Lisonjeada en extremo por aquellas palabras que penetraron directamente en su adicto corazón, Doña Matutina decidió franquearse más, y manifestó confianzuda:

— Nadie que tenga idea de la justicia puede expresarse de otro modo al hablar de tan gran señora. ¿A quién sino a ella se debe la permanencia de nuestros Soberanos en España y todos los buenos

sucesos que durante la guerra hemos presenciado? La firmeza de la Saboyana, la constancia de Felipe V, la abnegación de los españoles, ¿hubieran podido manifestarse de la manera que se han manifestado, sin los consejos y la inteligencia de la Camarera Mayor? El último triunfo de la rendición de Gerona, que tan hinchado tiene al Duque de Noailles, ¿a quién se debe, ni a quién se le ocurrió la posibilidad de la hazaña, sino a Su Excelencia la Princesa? ¡No! Por mucho que los Borbones hagan para favorecerla, nunca le pagarán bastante, pues a ella le deben realmente la Corona de España... Y, después de todo, ¿qué representa una pequeña soberanía en Flandes para un Monarca que se desprende casi de media monarquía, con tal de asegurar la tranquilidad del resto de sus vasallos?

— Representa tan poco — confirmó entusiasta Castillo — que el solo reparo que se pone al asunto es la modestia de las pretensiones en una persona que podría, si quisiera, obtener cuanto deseara en España.

— En España no le conviene — rectificó Doña Matutina — porque, además de que resultaría odiosa la concesión, podría ofrecer serios inconvenientes en el futuro. Nadie sabe lo que puede pasar el día de mañana, y la vida de las criaturas, aun de las más excelsas, está pendiente de la voluntad del Creador, como acaba de ponerse en evidencia con la reciente enfermedad de Su Majestad la Reina. ¿Quién puede prever que no se repita tal desdicha, y que otra vez no resulte funesta, enlutándonos a todos? Y si tal sucediese, y dada la juventud de nuestro Monarca pasara éste a segundas nupcias, ¿quién le puede asegurar a la Camarera Mayor que continuaría en su puesto y

que seguiría desempeñando el papel que ahora desempeña? ¿No puede ocurrir que la nueva Reina, envidiosa de su reputación, tratara de derribarla del favor por toda clase de medios? ¿Y en qué situación se encontraría entonces la Señora Princesa, vieja ya, pobre y abandonada, puesto que es notoria su actual ruina y el desinterés que siempre ha demostrado respecto de sus negocios propios, desde que pisó esta tierra? Por eso es indispensable prevenir ahora todas las contingencias y procurarle un retiro decente, cuya seguridad aparezca garantizada por todas las Potencias signatarias de los tratados...

En aquel momento hizo irrupción en el cuarto una de las Camaristas de Palacio, muy revoltosa y de no mal parecer, llamada Doña Margarita de Angulo, a quien la Azafata distinguía especialmente, y que Anselmo conocía por haberle servido varias veces de intermediaria para sus recados a la Solís, gustando bastante de su desenvoltura y de las proporciones corpóreas que le distinguían entre sus compañeras.

Dirigiéndose a Doña Matutina, comenzó la de Angulo a conversar en secreto con Su Señoría, hasta que ésta, dirigiéndose a Castillo, exclamó, recobrando su tono autoritario de costumbre:

— Disculpad, hidalgo, si me veo forzada a haceros esperar en ese retrete, que ningún másculo profanó hasta ahora, como diría nuestra amiga Doña Mayor de Flón, mientras recibo la visita de alguien que no debe veros salir de mi cuarto, y a quien no puedo negarme a escuchar. Margarita de Angulo os acompañará en tanto que yo despacho al importuno, y así tendré tiempo de haceros después algunas prevenciones que considero útiles para la persona que aquí os envía.

XIX

Precedido de la apetitosa Camarista, penetró Anselmo en la pieza contigua, que era una especie de corredor, a lo largo de cuyos muros, y alineados como militares en revista, figuraban, sobre sendas armaduras de mimbre, los trajes de gala de la Reina Doña María Luisa, a más de otros adornos y accesorios pertenecientes a la Augusta Señora, que Doña Matutina, en calidad de Azafata, tenía la obligación de cuidar con el esmero y la prolijidad inherentes a su cargo.

Ceremoniosos y rígidos cual si asistieran a un besamanos, aquellos vestidos amplios y un tanto ajados, que la claridad de un ventanillo colocado en lo alto del pasadizo iluminaba sólo a medias, producían un efecto extraño y melancólico, como de algo extático, solemne, muerto, contribuyendo a realzar tal impresión la circunstancia de carecer de cabeza los inmóviles maniqués, y de observarse un orden tan intachable en el arreglo de la formación, que a la legua delataba no haber sido movido nada de su sitio desde hacía tiempo, a causa de la persistente gravedad de la insigne Saboyana, quien, desde su llegada a Zaragoza, apenas si abandonara el lecho.

No obstante los vaivenes de aquella Corte andariega y escasa de recursos, los había de todas clases y de todos colores, componiéndose de basquiña, faldellín, jubón con aldillas o faldetas, y corpiño interior, aunque variando la forma de la saya, según era ésta abierta, cerrada o de *rastreo*, como entonces se llamaba a las de cola.

Cuando la basquiña era abierta, a estilo de baquero, permitía ver el faldellín o manteo, adornado de pasamanos y guarniciones; si de rastreo, descansaba la cola por el suelo, suspendíase de la cintura, dejándola suelta para poderla llevar en la mano, o se levantaba por detrás formando un *cogido*.

El jubón de faldetas consistía en un cuerpo abierto, o cerrado, de mangas lisas, sostenido por ballenas, que terminaba delante en punta, formando la famosa cotilla, y por abajo en unas faldetas redondas o cuadradas, de formas muy graciosas; si este jubón era abierto, guarneciase con dos tiras o solapas que permitían ver el corpiño interior, y si la cotilla no era abierta, lo figuraba, colocándose sobre aquella parte los *petillos* y joyas de perlas y diamantes, con que solían adornarse las grandes señoras.

—¡Muy favorecido debe de ser su merced de la Señora Azafata cuando le deja penetrar en esta *sancta sanctorum*, donde quizá ningún hombre ha puesto su planta desde que Palacio es Palacio! Bien es verdad que nos encontramos aquí de paso, así que, por una vez, puede hacerse la vista gorda y disimular etiquetas — murmuraba la parlanchina Margarita de Angulo, haciendo dengues y fingiéndose escandalizada por la presencia de Anselmo en tan sagrado recinto.

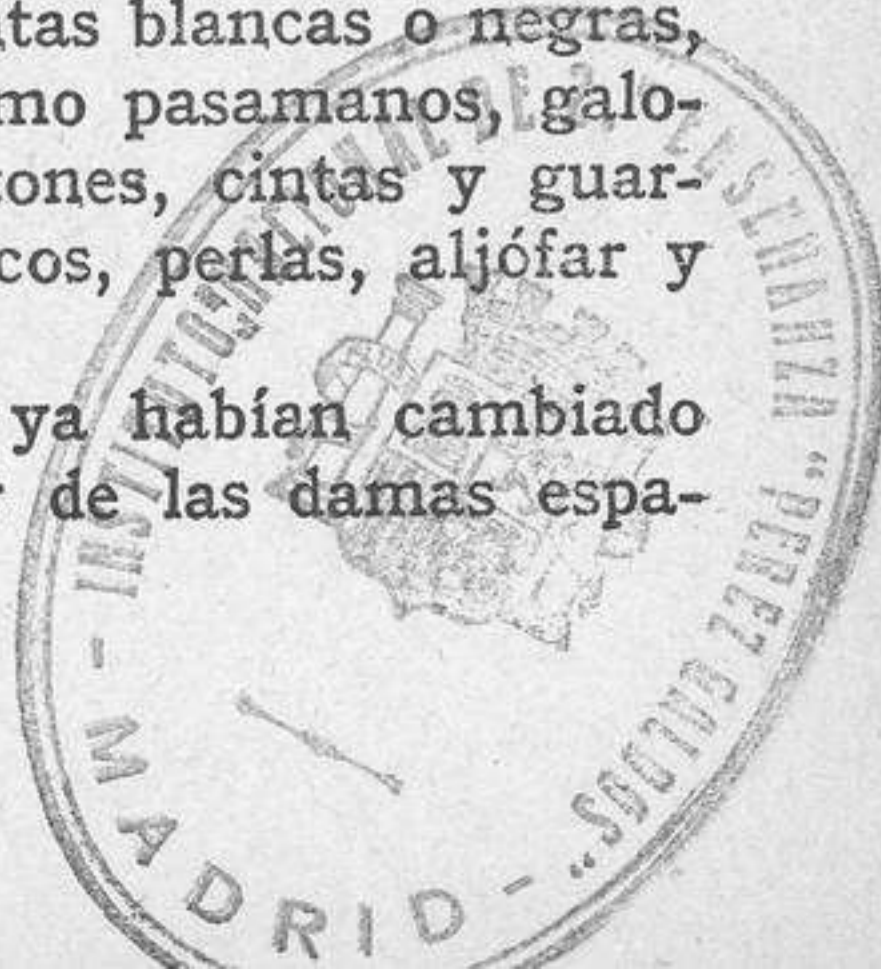
El gran Píscator de Sevilla recordaba, en efecto,

la severidad increíble de las leyes que regían la vida de las Soberanas, y que colocaban a las pobres Princesas en una categoría superior a la humana, privándolas de toda libertad, a fuerza de querer dignificar su existencia.

El aforismo palaciego de «las Reinas de España no tienen piernas», atribuído a la Duquesa de Terranova, zumbaba en los oídos del intruso mientras curioseaba distraído las galas extendidas ante sus ojos; y el cuento más reciente de la fuga del Duque del Arco, temeroso de ser condenado a muerte, después de haber salvado la vida de la Saboyana, recogiénola desmayada en sus brazos durante una cacería en que se desbocara el caballo montado por Su Majestad, contribuía a hacer saborear con más deleite al advenedizo la voluptuosidad de encontrarse, siquiera fuera por minutos, acompañado de una buena moza, en el sagrado de la intimidad de Doña María Luisa Gabriela de Saboya.

A pesar de las leyes suntuarias vigentes y de los apuros financieros que coartaban la inclinación al lujo de la primera esposa de Felipe V, y de su elegantona Camarera Mayor, casi todos aquellos vestidos estaban confeccionados con riquísimas telas de terciopelos lisos y labrados, o damascos, rasos y tafetanes brochados, glaseados y espolinados de oro y plata, con flores y ramajes de los mismos metales, o de sedas multicolores; consistiendo sus variados adornos en encajes de metal, pieles de marta o armiño, puntas blancas o negras, de seda, hilo o humo, así como pasamanos, galones, cordones, pespuntos, botones, cintas y garniciones de acero, vidrio, talcos, perlas, aljófara y piedras finas o falsas.

Las modas francesas, que ya habían cambiado totalmente el modo de vestir de las damas espa-



ñolas, comenzaban a trocar también el vocabulario de las costureras, introduciendo en él nuevos y desconocidos términos que, castellanizados a medias, incorporábanse al léxico corriente, para distinguir novedades o fruslerías importadas de allende los Pirineos, tales como los *falbalás* o *fazaloes*, que se usaban para guarnecer basquiñas y faldellines; los *pretantalles*, que consistían en telas de diversas figuras aplicadas en faldas y ruedos; las *cremonas*, que designaban una especie de collarín de encajes; los *fontanches* o *fontanges*, que eran un adorno de cabeza muy variado, y tantos otros que el capricho de una modista parisiense ponía en boga, y las señoras de la Corte de María Luisa apresurábanse a difundir con el mayor entusiasmo.

Anselmo del Castillo, a quien la acumulación de tanta prenda femenina, junta con el vago perfume que se desprendía de ellas y el ambiente primaveral e íntimo que se respiraba en la pieza, principiaban a subírsele a la cabeza, esforzábese por fijar la atención en todas aquellas vanidades, que constituían por sí solas otro mundo distinto del que su pobreza acostumbraba a frecuentar, mientras la sobreexcitada picardía de su imaginación, hacía fijarse con morosa delectación en la esclavitud que para las mujeres suponía el uso de la sofocante cotilla, capaz de impedir cualquier ejercicio o disimular cualquier agitación, y obligatoria en el Palacio de los Reyes hasta para las nodrizas encargadas de la lactancia de Príncipes e Infantes. ¿No había visto él, Anselmo, a una madre de familia, en Madrid, que presumía de elegante, dar el pecho a su hijo por una pequeña trampa o portezuela practicada en el peto de la misma cotilla, mientras la infeliz criatura apretaba inútil-

mente su rostro contra las inflexibles ballenas, buscando el calor del materno seno?

Nada tan significativo para reconstituir las costumbres de una época como el examen detenido de las prendas de vestir usadas entonces por hembras y varones. ¿Y quién era capaz de correr ni de saltar, ni de moverse desahogadamente, ni de pasar desapercibida o de huir, dentro de aquellas prisiones, inventadas adrede para favorecer una vida sedentaria de aparato y una tiesura de estatua?

Si con la cotilla privábase de movimiento al busto, estrechando, además, la cintura hasta límites inquietantes, los ruedos y ahuecaóres, herederos legítimos de los guardainfantes y mamparados, proscriptos desde hacía muy poco, concedían, en cambio, relativa soltura a la mitad inferior de los cuerpos femeniles, y aumentaban el tamaño de las larguísimas faldas con sus variadas armaduras, de todas las cuales podían verse muestras en el vestuario de la Saboyana, singularmente de los llamados ruedos de embudo, que parecían ser los favoritos de la graciosa Reina, por realzar la esbeltez de su cuerpo juvenil.

Y como si fuera poca tanta impedimenta, inventada tal vez en previsión de contingencias peligrosas, aún se descubrían colgadas en la pared voluminosísimas enaguas, fabricadas con lienzos engomados o almidonados, que sonaban al andar, y que por esta circunstancia llamábanse chillonas, o polleras ligeras y vaporosas hechas de tafetanes y sedas bordadas, más prácticas y menos incómodas para las personas aficionadas a moverse, sin temor a ser descubiertas por el ruido de sus faldas.

— Ahora que se ha iniciado la mejoría de Su Majestad, Dios la guarde, y que no tardaremos en regresar a Madrid — manifestaba confidencial Doña

Margarita de Angulo — seguramente que la Señora Camarera Mayor hará una distribución de muchas de estas prendas entre nosotras, para renovar, como es debido, el guardarropa de la Reina, que ya va quedando un poco anticuado, salvo un traje que aún no ha visto su merced, y que es el mejor que tiene nuestra Soberana, por lo cual se cuida con particular atención. ¡Véalo aquí...!

Y apartando la funda que lo cubría, mostró la camarista al asombrado Anselmo un maniquí colocado en el sitio de honor, sobre el cual lucía el más rico de los vestidos Reales que hasta entonces contemplara en su vida.

Componíase tal vestido de un tapapiés o brial de tisú, campo blanco con flores de oro galoneado de plata al canto; una basquiña y cola, campo encarnado con flores de oro y plata, galoneadas en consonancia, y un jubón de la misma tela con encajes de plata, flocaduras y trencilla igual en las mangas, que eran de las llamadas de estado, sujetas en las costuras de los hombros y caídas hasta el suelo.

— ¿Verdad que es digno de una Reina y que no cabe cosa mejor en su estilo? — ponderaba la locuaz Angulo, embelesada una vez más ante la magnificiencia del atavío —. Pues habéis de saber que, aparte del caudal que vale este traje, nuestra Señora lo aprecia de un modo especial por ser obsequio de su Augusto Abuelo el Rey Cristianísimo de Francia, que se lo envió de regalo cuando el nacimiento del Serenísimo Príncipe de Asturias, y por haberlo estrenado Su Majestad el día del bautismo de Su Alteza, proponiéndose vestirlo de nuevo cuando vuelva a entrar en Madrid. ¡En fin, si le tendrá cariño, que algunas veces hemos oído de sus augustos labios el deseo de que, si llega a

morir pronto, la amortajen con él para exponer su cuerpo en público...!

— Dígame — interrumpió Anselmo, que seguía el hilo de otros pensamientos muy diversos —. ¿Y como se las arregla la Princesa de los Ursinos para estar al tanto de las nuevas modas, con tantísimo trabajo como pesa sobre sus espaldas?

— ¡Eso nos preguntamos todas! — repuso adúlona la palaciega —. Porque lo más curioso del caso es que, según afirman las criadas francesas que acá llegan y el sin fin de Príncipes y títulos extranjeros que continuamente desfilan por Palacio, en ninguna Corte existe una Reina que vista con mejor gusto ni que se peine con mayor gracia que la nuestra. Su misma hermana mayor, la Señora Duquesa de Borgoña, ahora Delfina de Francia, dicen que no la supera en distinción ni en elegancia. Bien es verdad que Su Majestad es muy mujer y, además, sigue enamoradísima del esposo, por lo cual, aunque se encuentra mal de salud, disimula y se compone para no desilusionar al Rey, tiñéndose el rostro de carmín e inventando quisicosas para disimular su estado. ¿Veis en aquella esquina una capa parecida a las de los hombres, de terciopelo carmín con ribetes y alhamares de plata? Pues ésa se hizo según su idea para ocultar el último embarazo del Infantito que murió, y Don Felipe V la encontró tan seductora que la pidió se dejase pintar rebozada en ella, como lo acredita el retrato que aún debe de andar por el Buen Retiro.

—Lo que también debe de ser Su Majestad es muy friolera —observó Anselmo—, porque veo abundan los abrigos por todas partes.

Efectivamente, repartidos al azar, admirábanse palatines de piel de marta, seda y plumas, para

cubrir garganta y pecho; manteletas en forma de esclavina, con puntas larguísimas por delante; anguarinas o hungarinas forradas de piel de lobo; mantas pesadas de viaje para invierno y fabricadas de gasa o seda para verano; manguitos o estufillas con que resguardar las manos, y un sin fin de mantillas o mantillones de cabeza y talle, de todas formas y especies.

— Todo cuanto advertís —confió la Angulo— obedece a las preocupaciones de la Camarera Mayor, que cuida de la Reina como si fuera su propia hija, y tiembla cada vez que la oye toser, lo cual ocurre por desgracia cada día más a menudo; si por la Señora fuera, andaría siempre descubierta, pues nunca se queja de frío, y siente, en cambio, tanto el calor, que a veces, cuando se despierta de mañana, encontramos las sábanas de la cama empapadas por el Real sudor.

Las anteriores noticias, tan poco tranquilizadoras sobre la salud de la Saboyana, que confirmaban los rumores circulantes de estar ética Su Majestad, impresionaron bastante a Castillo, quien, como la mayoría de los españoles, simpatizaba con la valerosa Reina, y estaba, además, convencido de que Doña María Luisa constituía el único apoyo eficaz cerca de Felipe V para que éste no desmayase en el gobierno de sus súbditos.

Temeroso, no obstante, de que si pedía más detalles sobre el estado de la Soberana desconfiara su ladina acompañante, cerrando la boca a otras confidencias, prefirió desviar el curso de la conversación, y, descubriendo sobre una tabla media docena de figurillas vestidas maravillosamente y luciendo graciosas cabezas de cera, peinadas cada cual de modo distinto, interrogó simulando curiosidad:

—¿Qué quieren decir esas muñecas tan preciosas colocadas sobre la mesa? ¿Acaso gusta Su Majestad, o el Príncipe, de jugar con ellas?

—¡Qué disparates se os ocurren! —protestó entre carcajadas Margarita de Angulo, acentuándose la simpatía con que desde un principio consideraban sus ojos al picarón, más limpio y afeitado aquel día que de costumbre—. ¡Miren que preguntar si Su Majestad juega todavía a las muñecas! No...; esas figuras son los modelos que mandan desde París la Señora Delfina o la Señora Duquesa de Alba, con las nuevas modas y los peinados que se inventan en Versalles, para que nosotras los copiemos aquí, pues tal es la obligación de las damas *tocadoras*. Reparad en este primero donde se dispone el cabello en varios tirabuzones, cada uno de los cuales tiene su nombre, y entre los que se esconde una armazón de alambre para sostener el conjunto. ¿No hacen lindísimo efecto las cintas y las agujas con cabeza de diamantes que sujetan los pliegues de linón? Pues ¿qué me decís del gorrillo que se prende en la cúspide? Ese otro que veis al lado es más severo y dirá muy bien con los cabellos rubios cenizos de Su Majestad, que precisarán ir levantados y recogidos a trechos con cordoncillos de perlas y anchos lazos encarnados.

—Muy parecido resulta al de más allá —manifestó Anselmo, acercándose a la Camarista, que no rehuyó tan peligrosa vecindad, y haciendo que contemplaba la cabeza de la muñequita, donde el pelo mostrábase recogido por una red de joyas y lazos color de rosa, mientras un velo flotante, desprendido de los bucles, bajaba hasta sujetarse por un lado en el hombro.

—A mí el que más me gusta es el último, aquel en que los rizos se esparcen por todos lados, ex-

cepto en la frente, para dejar lucir allí una piocha de pedrería.

—Ese —murmuró galante Anselmo, mirando audaz en los ojos a su interlocutora— es el que os sentará mejor el día que lo ensayéis.

—¡Ay, Jesús! —protestó sofocada Doña Margarita—. ¡No son tantos lujos para mi modestia!... Y ahora ya no sé que enseñaros más, pues la ropa interior estaría mal que la profanesen esas miradas tan indiscretas, y por lo que toca a medias y zapatos bastará decir que las primeras son de seda, bordadas en oro y plata, y los segundos de tacón alto y adornados con hebillas de esmaltes o piedras.

—Algunas medias serán de seda —susurró el buscón—, pero otras, y bien lindas por lo que contienen, parecen de algodón, bordadas con estambres de color...

—¿Cómo lo sabe?

—Porque acabo de verlas hace un instante.

—¡Habrá atrevido igual! ¡Baje por favor la voz, que si llegara a enterarse Doña Matutina nunca me perdonaría semejante infracción al decreto de lutos!... Aunque así podrá su merced afirmar que no todos los zapatos son descotados, pues también se habrá enterado de que los hay de bayeta, sin abertura, altos hasta el tobillo y guarnecidos con una franja...

—¡Cuán preferible resultaría poder admirar el mismo primor de pie, asomando desnudo por una chancleta sin talón, pero con un faralá rizado sobre el empeine, como aquellos que se descubren desde aquí... —farfulló encandilado Domingo de Triana, tropezando con una mano de la Angulo, que aparentó mostrarse de lo más ofendida por semejante libertad.

—¿Quiere guardar compostura el insolente? ¿O pretenderá obligarme a gritar para que vengan en mi socorro?

—¡Dejad, antes que lleguen, aplacar la sed que consume mis labios sobre esta piel que parece oler a flores! ¡Bien haya mi suerte en no encontrarla cubierta por ningún guante de dedos, ni siquiera por transparentes mitones!

—¡Le repito que se esté quedo y que tenga presente dónde nos encontramos! ¡Cualquiera diría que nos conocíamos desde mucho tiempo atrás, o que mi ligereza le había dado motivo para faltar al comedimiento en la forma que lo está haciendo!

—¿Qué necesidad existe de tiempo para los corazones, cuando éstos se comprenden desde el primer momento?

—¡Acabaréis por hacerme sonrojar!... ¡No!, ¡no!... ¿Estáis loco? ¿Qué os ha dado para portaros así de mal, y tan pronto?...

—Me han dado en el alma vuestra donosura y vuestra gracia, y vuestras perfecciones sin fin, que admiraba desde hace mucho tiempo...

—¡Pretenderéis hacerme creer que me conocíais antes que la Señora Azafata nos pusiera en comunicación!...

—¡Desde el día que llegó la Corte a esta casa, en que os vi bajar del coche, sólo sueño con vos y con este momento...!

—¡Que loco tan grande!

—¡No hay locura que no esté dispuesta a cometer por complaceros!

—Bajad al menos la voz, que en estos caserones viejos todo se oye desde donde menos se piensa.

—Nada temáis. La puerta está cerrada.

—Pero Doña Matutina tiene orejas de tísica y

además es un lince para adivinar cuanto sucede a su alrededor.

—¡Nos callaremos entonces y será mejor!...

—No, no; seguid hablando, y el eco de vuestras voces tranquilizará la suspicacia de Su Señoría.

—Nada se me ocurre decir en presencia de tanta hermosura.

—¡Preguntadme algo!

—¿Me querréis algún día, la mitad de lo que yo os estoy queriendo desde hace seis meses?

—¡Eso es peor, y me sofocaría aún más de lo que estoy si respondiera lo que pienso!... En fin, ¡qué hemos de hacerle!; ¡conversaré yo por los dos!... ¡Ah, los hombres, los hombres!... ¡Siempre los mismos!..., egoístas, aduladores, embusteros...

Y levantando la voz, esforzándose por disimular sus impresiones, continuó Margarita de Angulo perorando, como si contestara las preguntas de su osado compañero:

—No; las alhajas de Su Majestad se encuentran en poder del guardajoyas, así que os quedaréis sin verlas... Sí, son muy hermosas y entre ellas se pueden admirar collares, cintillos, piochas, broches y adornos de pecho, sin contar los relojes, cajas, sortijas, brazaletes y cinturones; pero aunque las tuviéramos aquí y las vieseis, sería imposible que os dierais cuenta de la importancia del tesoro que representaban antes, cuando la Reina vino a España, pues las principales han desaparecido para no volver jamás. El primer envío a Francia tuvo que hacerse desde Burgos, cuando la Corte abandonó Madrid, y gracias al producto de su venta pudo atenderse a los gastos más urgentes de la guerra. El segundo lo he presenciado yo en Valladolid el año pasado, y con él fueron casi todas las que quedaban de tiempo de los Austrias,

a más de mucha plata labrada, que los judíos de Bayona tomaron en prenda... Las que ahora usa Su Majestad son las que trajo de Turín y las que le regaló su Augusto esposo al casarse... De cualquier modo no hay por qué afligirse, pues si las cosas se arreglan y por fin se hace la paz, ya se encargará el tiempo de susbtituir cuanto se perdió, convirtiendo a la Reina de España en la Soberana más lujosa de Europa... ¡Todo llega en este mundo cuando menos se imagina!..., ¡todo!..., ¡todo!...

XX

El inesperado triunfo en aquella conquista, tan valientemente llevada a término en las propias barbas de Doña Matutina Fernández de Solís, y la indulgencia que desde entonces siguió dispensándole la Azafata de Su Majestad, sirvieron al gran Píscator de Sevilla, no sólo para procurarle sabrosos ratos con la Camarista, derretida por las gracias del buscón, sino para frecuentar casi a diario el Palacio de los Gigantes, donde tan cómodo era conseguir cuanta noticia pudiera interesar a la castellana de la torre del Gállego.

Gracias, pues, a tales facilidades logró enterarse Casilda del proceso de la negociación intentada directamente por Felipe V cerca del Archiduque, que terminó de un modo brusco con la devolución, sin abrir, de la carta del Rey Católico, por parte del ensoberbecido Carlos III, más confiado que nunca en el triunfo de su causa, con las perspectivas de la futura Corona imperial.

Asimismo supo la sobrina de Don Jaime el estado de agitación que reinaba en Barcelona con motivo de tales sucesos; la confianza y alegría de los emigrados castellanos en aquella corte, por considerar ya resueltos todos sus problemas veni-

deros con la elección de Carlos III como heredero de su hermano; el arribo de nuevas fuerzas alemanas, que, unidas a las que ya había conseguido reorganizar Starhemberg, adelantaban por todo el país a la espera de la ofensiva de Vendôme; las preocupaciones de los catalanes ante la probabilidad de que su querido Archiduque tuviera que abandonarles pronto, para empuñar el nuevo cetro, y la incredulidad generalizada en Barcelona sobre posibilidades de paz, siempre que no se encarara ésta a gusto completo del futuro Emperador y salvaguardando en absoluto la existencia de las libertades del Principado.

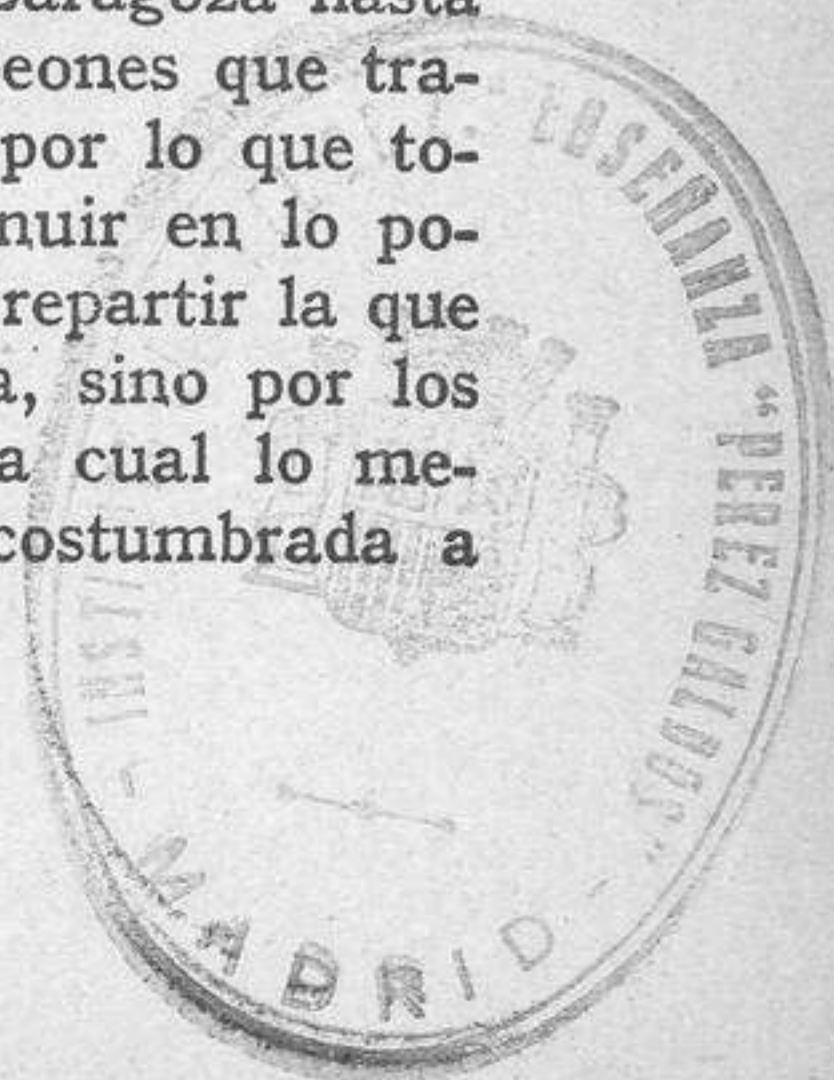
Todas estas novedades, unidas a la evidente falta de interés con que se consideraba en Versalles la guerra de España, a la inacción de las tropas borbónicas cuando más indicado parecía el tiempo de emprender operaciones, al desconcierto reinante en materia de aprovisionamientos y administración militar y a la serie interminable de intrigas que se reanudaron en Zaragoza apenas iniciada la mejoría de la Reina, daban harto que pensar a la reflexiva Casilda, contribuyendo más y más a fortificar en el espíritu de la joven aquella repugnancia que las luchas políticas le produjeran desde niña, junto con el convencimiento de que si las negociaciones entabladas cerca de los ingleses por Luis XIV fracasaban, la contienda fratricida en que España se veía envuelta perduraría por muchos años aún, con las mismas alternativas que hasta entonces y sin producir otros resultados que el aniquilamiento definitivo del país.

Desgraciadamente, sin embargo, para la curiosidad de la Señorita de Solís y el regodeo de Domingo de Triana, no transcurrió mucho tiempo sin que la desenvuelta Margarita de Angulo par-

icipara muy en secreto a su galán que, después de grandes discusiones, y en vista de que el Rey ya no pensaba salir a campaña, habíase resuelto en Palacio huir de los calores estivales de Zaragoza y trasladarse la Corte al pueblecito de Corella, situado en la frontera navarra, con objeto de que la convaleciente Soberana pasara allí el verano respirando buen aire, y ensayase aquellas aguas, que los médicos estimaban tan buenas como las de Barez para el completo restablecimiento de su preciosa salud.

En efecto, no obstante las críticas que tan insólita jornada suscitó, especialmente por parte del Duque de Noailles, cuyo mal humor y tendencias a censurar cuanto Sus Majestades resolvían comenzaba a procurarle muchas antipatías en Palacio, pronto se confirmó el rumor, principiándose a adoptar las providencias necesarias para llevar a cabo el viaje, que ofrecía serias dificultades, tanto por el estado de debilidad en que aún se encontraba Doña María Luisa como por la pobreza del lugar y la imposibilidad de alojar en él al pequeño ejército que componía el séquito de Sus Majestades.

A fin de remediar lo primero, se dispuso una carroza en que la Saboyana pudiera ir acostada como en su cama durante todo el trayecto, mandando además componer el camino desde Zaragoza hasta Las Casetas por varias brigadas de peones que trabajaban noche y día en la tarea, y por lo que tocaba a lo segundo, resolvióse disminuir en lo posible la comitiva de los Soberanos y repartir la que les acompañase no sólo por Corella, sino por los lugares vecinos, acomodándose cada cual lo mejor que pudiera, como gente ya acostumbrada a semejantes incomodidades.



Aun así, y para dar idea de lo que representaba entonces la casa de una Reina, cuando se reducía a lo más estricto, sin contar con los Guardias ni tener que ver para nada con la Casa del Rey, conviene reproducir la lista de criados que Doña Margarita de Angulo, hecha un mar de lágrimas por contarse entre ellos, comunicó a Anselmo estar nombrados al fin de acompañar a Su Majestad en la jornada, cuya partida se fijó el 12 de Junio:

La Camarera Mayor con las Señoras de Honor, Azafata, Tenienta de Aya y Camaristas, cobrando diariamente Su Excelencia 130 reales de vellón por la *mesilla*.

El Mayordomo Mayor, Conde de Santisteban del Puerto, con los mismos gajes.

Los mayordomos Conde de San Juan y Marqués de Gastañaga.

El confesor de S. M., Padre Baltasar Rubio.

Un Capellán de Honor y un Ayuda de Oratorio.

Don Juan de Goyeneche, Tesorero de la Reina, un contador, dos Oficiales de Tesorería y un escribiente del Oficio de Contador.

Don Juan Bello, Guarda de Damas, y otro llamado Juan de Diego Vallejo, para el cuidado del Príncipe.

Don Juan Martínez de Escobar, Repostero de Camas.

Dos Monteros de Cámara.

Don Gaspar Alcalde, que servía los Oficios de Cava y Cerería.

Don José de Basabilbeytia, los de Salsería y Frutería.

Don Antonio Diez de la Vega, los de Furriera.

Don Jácome Bombet, los de Tapicería.

Don Clemente Hidalgo, Ayuda de la Guarda Joyas.

Cuatro escuderos de a pie.

Don Juan del Campo, Comprador y Guardamanjier, que servía la Busería y Potajería.

Don Juan Silverio del Aguila, Maestresala del Estado de Damas.

Juan Biban, Jefe del Ramillete; dos cocineros de servilleta, cuatro mozos de oficio; Pedro Chate layn, Cocinero de Servilleta; siete sirvientes de cocina; Cayetano Balsant, Ayuda de la Cocina; un panadero de boca y veedor de viandas.

Cuatro lavanderas almidonadoras y D.^a Ana de Castro Palomino, Lavandera de boca.

El Primer Médico; Don Miguel Sere, Médico de familia; un cirujano y un sangrador.

Don Enrique Bazet, Ayuda del Oficio de la Furrriera, un Migier de vianda y un portero de cocina.

Juan Bidal de la Faste, Sastre de Cámara; Guillermo Lastre, zapatero de S. M., y Doña Ana Arnaud, costurera.

José Merantes, aposentador de caminos; Juan Bautista Baz y Sicardo, Alguacil Mayor del Bureo.

Dos barrenderas de retrete, María Bernarda y Jacinta Sánchez.

Don Nicolás Fontin y Pedro del Bado, porteros del cuarto chico.

Blas Pérez, de la portería de criadas.

Monsieur de Abobille, con seis criados de portería y siete criadas de portería.

Manuel Rincón, ayuda de la botica.

Dos mozos de aguador.

Don Juan Antonio de Apezteguía y Don José de Velasco, Caballerizos de Su Majestad.

Don Juan de Hualde, Furrier de la Caballeriza, y ochenta y seis personas más pertecientes a la misma.

—¡Y pensar —gimoteaba Margarita de Angulo— que con este mundo de gente no ha de tener una

con quien hablar en confianza mientras dure la jornada, y que acaso regresemos directamente a Madrid sin el consuelo de verte y de despedirme de ti!

Anselmo, menos pesimista y enemigo por temperamento y hábito de las aventuras largas, procuraba consolar a la Camarista ofreciéndose a visitarla en Corella y asegurándole mil veces que tampoco tardaría mucho por su parte en reintegrarse a la corte madrileña, único asiento digno de su persona y méritos.

—Ya veis, amiga querida —repetía el picarón, tratando de hacer su voz lo más persuasiva posible—, que Zaragoza está muy próxima de la raya de Navarra, y que por acá quedan muchas Autoridades y casi todos los Grandes y Personajes que vinieron acompañando a Sus Majestades, así que puede decirse no transcurrirá día en que dejen de emprenderse viajes para allá, convirtiéndose el camino de Corella en una especie de romería obligada para los buenos súbditos de Sus Majestades.

—¡Eso dices ahora! ¡Eso dicen todos! —insistía lacrimosa la experimentada Angulo—. ¡Pero ya verás qué pronto me olvidas en cuanto dejes de verme! Gracias que me he enterado de que en el poblacho donde vamos a enterrarnos existe un Convento de Carmelitas Descalzos y otro de Religiosas Benitas, y acudiré en demanda de consuelo y de perdón por mis muchas faltas, mientras tú te diviertes aquí con esas pelanduscas que te gustan tanto.

Lo cierto era que Anselmo, habituado a su libertad y a su vagancia, sentía únicamente a medias la separación de la grey palatina; y que lo mismo que a Castillo, aunque por otras causas, le sucedía al pueblo de Zaragoza, con excepción de

los paniagudos del nuevo Gobierno, o los admiradores incondicionales de Don Melchor de Macanaz.

En realidad, los seis meses de permanencia de los Soberanos en la capital de Aragón, período caracterizado por tantos y tan variados sucesos, habían contribuido muy poco a la identificación de la soberanía y sus relapsos súbditos, mortificados éstos desde un principio por las pesadas contribuciones que se exigían a sus esquilmados bolsillos y profundamente doloridos después, en lo más recóndito de sus corazones, por la brusca institución del nuevo régimen, dentro del cual observábase el firme propósito de hacer imposible en el futuro todo movimiento de protesta.

Quizá la vida retirada que durante aquel tiempo guardó Felipe V, los rigores del luto decretado a raíz de la muerte del Gran Delfin, y, sobre todo, la larga enfermedad que desde su llegada tuvo presa en el Palacio de los Gigantes a la popular y simpaticuísima Saboyana, privaron a la Corona de sus mejores elementos para impresionar el alma franca y ruda de los aragoneses, ganándoles para siempre a su causa, como sucediera en Madrid y en Castilla, gracias a la habilidad de la Reina y de la Princesa de los Ursinos; pero lo cierto fué, que, sin faltar un momento a la corrección aconsejada por las circunstancias, e interesándose de veras por la salud de Doña María Luisa, cuyo restablecimiento causó gran regocijo en la ciudad, ni Soberanos ni vasallos acabaron de compenetrarse, perdurando los prejuicios que ambos mantenían recíprocamente en contra, y que las aclamaciones y el entusiasmo de los primeros días fueron disminuyendo poco a poco hasta perder toda espontaneidad, no tardando en ser substituída por un afán, disimulado apenas en la mayoría de los cesaraugustanos, de volver a la

vida normal y de verse desembarazados pronto de tanto figurón desdeñoso y tanta boca exigente o hambrienta como congestionaba la ciudad.

Aún se engalanó ésta el 4 de Junio para celebrar la fiesta del Corpus, a cuya procesión dignóse asistir Felipe V, vestido de negro, y una vez más residentes y forasteros presenciaron boquiabiertos la ostentación de aquel suntuoso desfile, que principiaba con el tradicional despejo por la escuadra de gigantes, seguida de la danza de los gigantillos y enanos a caballo o a pie, y continuaba con la interminable formación de Gremios y Confraternidades, enarbolando insignias y estandartes; las Comunidades religiosas y el clero de las Iglesias parroquiales, portadores de muchos cuerpos y simulacros de Santos, fabricados de plata blanca o dorada; el Ilustrísimo Cabildo, cirio en mano, luciendo, no obstante el calor, riquísimas capas cargadas de bordados, y escoltando el Terno de la Santa Iglesia; las músicas de las Capillas de los dos Templos Metropolitanos; los Infanticos de la Seo; y para remate de la piedad, y coronación de tanta pompa, conducida en andas argentíferas, resguardada bajo suntuosísimo palio, cuyas varas sostenían los personajes más conspicuos del Reino, rodeada de luces y aureolada por nubes de incienso, la maravillosa Custodia Máxima, el recuerdo soberano del Arzobispo Don Hernando de Aragón, la obra portentosa de Damián Forment y Pedro Lamaison, con sus cuatro cuerpos, sus dos varas de altura, sus cuarenta columnas, sus admirables esculturas, sus diez y seis arrobas y sus innumerables piezas de purísima plata.

Mas todavía en esta ocasión, que tan fácil hubiera sido congraciarse por última vez con la humillada Zaragoza, arreglóselas de modo el nieto

de Luis XIV, o las personas que le aconsejaban, para dejar descontentos y amargados al pueblo y a las Autoridades cesaraugustanas, con un pos-trer desaire, revelador del desdén que le inspira-ban las tradiciones seculares de sus antepasados.

Era costumbre inveterada en la capital de Ara-gón el día de la Procesión del Corpus, que, reuni-da en la Lonja toda la *Ciudad* (como entonces se llamaba a su Ayuntamiento), marchase aquélla en dos filas, con sus mazas levantadas, al templo de la Seo, donde se incorporaba al cortejo, lle-vando velas de a libra y ocupando el primer lugar detrás de la Custodia, hasta que una vez acabada la función restitúíase en la misma forma a su casa, donde, por ser tiempo caluroso, teníaes el Mayor-domo prevenido un refresco de horchata y agua de canela, con bizcochos, chocolate y dos libras de dulces para cada uno de los Caballeros Regidores.

A tal solemnidad concurrían desde tiempos de los Austrias, los Virreyes, llevando a su mano de-recha al Jurado en Cap y a la izquierda al Zalme-dina, seguidos de los demás Jurados con sus gra-mallas, acompañados de los Tribunales sin ca-pas, siendo tan vidriosa la susceptibilidad arago-nesa para defender aquellas prerrogativas, que aun se recordaba entre los setentones la victoria conseguida el año 1745 sobre Felipe IV, con mo-tivo de hallarse en Zaragoza Su Majestad en com-pañía del Príncipe Don Baltasar Carlos el día de la procesión; pues empeñado el Embajador de Alemania en ocupar el primer puesto después del Monarca, y tercios los Representantes de la Ca-beza de Aragón en defender sus fueros, la vís-pera de la fiesta presentóse en la casa de la Ciudad el Proto-Notario de Aragón, de orden del Rey, para notificarles la decisión soberana recaída so-

bre el litigio, consistente en que el Príncipe de Asturias ocuparía la derecha de su Augusto Padre, y el Jurado en Cap la izquierda, siguiendo las demás Autoridades Municipales por su orden y antigüedad, antes que ningún otro Cargo o Dignidad, como constaba en el Registro de Actas de dicho año.

Menos comprensivo Don Felipe V de la conveniencia de realzar la autoridad de los Municipios, a fin de mantener vivo el respeto de sus subordinados, o deseoso de imponer una vez más su absoluta voluntad de conquistador a los inermes aragoneses, decidió que, para evitar cuestiones de preeminencia y etiqueta, se abstudiese la Junta de la Ciudad de asistir a la Procesión, y así lo escribió secamente el secretario Don José Grimaldo a los interesados, dándoles como único pretexto el de haber resuelto Su Majestad ir en dicho acto, como así lo hizo efectivamente, acompañado de toda la Corte y de los Grandes de España residentes en Zaragoza.

Ni una palabra de protesta, ni una representación siquiera mereció tamaño desvío al Ayuntamiento que con carácter definitivo funcionaba ya desde el 24 de abril, en reemplazo de la Junta Provisional de Gobierno que recibiría a los Soberanos a su llegada, y que se componía de los Regidores Marqués de Campo Real, Don Juan Ferrer de Valenzuela, Don Bruno de la Balsa, Don Jacinto Pérez de Nueros, Don Martín de Altarriba, Don Jerónimo de Oro, Don Gaspar del Corral y Don Jerónimo Torrellas, siguiéndose considerando como Corregidor titular al benemérito Don Juan Jerónimo de Blancas, prisionero en Barcelona, donde se le asistía con su salario cual si estuviera presente, y como Secretario a Don Agustín López Cabezas,

substituído interinamente por Don Pedro Miguel Semper, Cronista del Reino de Aragón.

Bien es verdad que aquellos honorables señores, elegidos cuidadosamente para desempeñar el oficio que se deseaba, no acababan de representar la verdadera opinión del pueblo zaragozano, ni podían compararse con los esforzados varones que les precedieran en las responsabilidades de sus altos cargos, reduciéndose el objetivo de sus funciones a obedecer sin réplicas cuanto el Conde de Montemar les ordenaba, a gestionar la exoneración de algunas gabelas extraordinarias junto con el permiso de cobrar ciertos impuestos nuevos, y a suprimir, por último, cuanto de comprometedor pudiera conservarse en el Archivo de la Casa de la Ciudad contra Felipe V y su gobierno, o a favor del Archiduque, destruyendo libros de actas correspondientes a determinados años y alterando otros en forma que sus páginas despistaran a los observadores venideros sobre lo ocurrido en Zaragoza durante aquellos agitados tiempos.

Pero si las autoridades de nuevo cuño sancionaron con su silencio la exclusión en el cortejo del Corpus de la representación más genuina de Aragón, no sucedía ciertamente lo mismo a los habitantes de la misma, quienes en todos los tonos quejábanse del insólito hecho, comentándolo por lo general desfavorablemente, y buscando y leyendo con verdadera fruición las sátiras y los pasquines aparecidos en tal oportunidad, algunos de los cuales inútil es añadir que respondían a la inspiración de Domingo de Triana y procedían de la zahurda de Samuel Roca, aunque carecieran de nombre de autor y de pie de imprenta.

Bajo estos auspicios, delicada todavía la ilustre Doña María Luisa Gabriela, cubierto el horizonte

político de brumas, y sin saberse a mediados de junio cuándo principiaría la cacareada campaña ni qué objetivo se propondría en ella el Duque de Vendôme, salió de Zaragoza, lento y solemne, el cortejo de los Reyes, camino de Corella, con más aspecto de entierro que de viaje victorioso, acompañando a las Majestades durante las primeras leguas, no sólo el Generalísimo Luis de Borbón, el Duque de Noailles, los Jefes Militares y cuanto personaje de campanillas residía en la Capital de Aragón, sino una lucidísima embajada del Cabildo Metropolitano, y el Ayuntamiento en pleno, deseoso de patentizar la adhesión cesaraugustana a la dinastía reinante y la inquebrantable fidelidad con que la ciudad estaba siempre dispuesta a recibir todos los mandatos de su único Señor y dueño Don Felipe V de Borbón. La descripción de la anterior partida, realzada con toda clase de detalles por Anselmo del Castillo en la torre de Centelles y la mención de haber creído vislumbrar entre el revoltijo de coches, carrozas y furlones a los Duques de los Cameros con la Duquesita de Sahagún, hizo recordar una vez más a Casilda la necesidad de establecer algún comercio con los huéspedes de Alfranca, de quienes tan poco sabían, no obstante los esfuerzos realizados por Domingo de Triana para forzar la consigna que prohibía a los extraños el acceso a la residencia ducal.

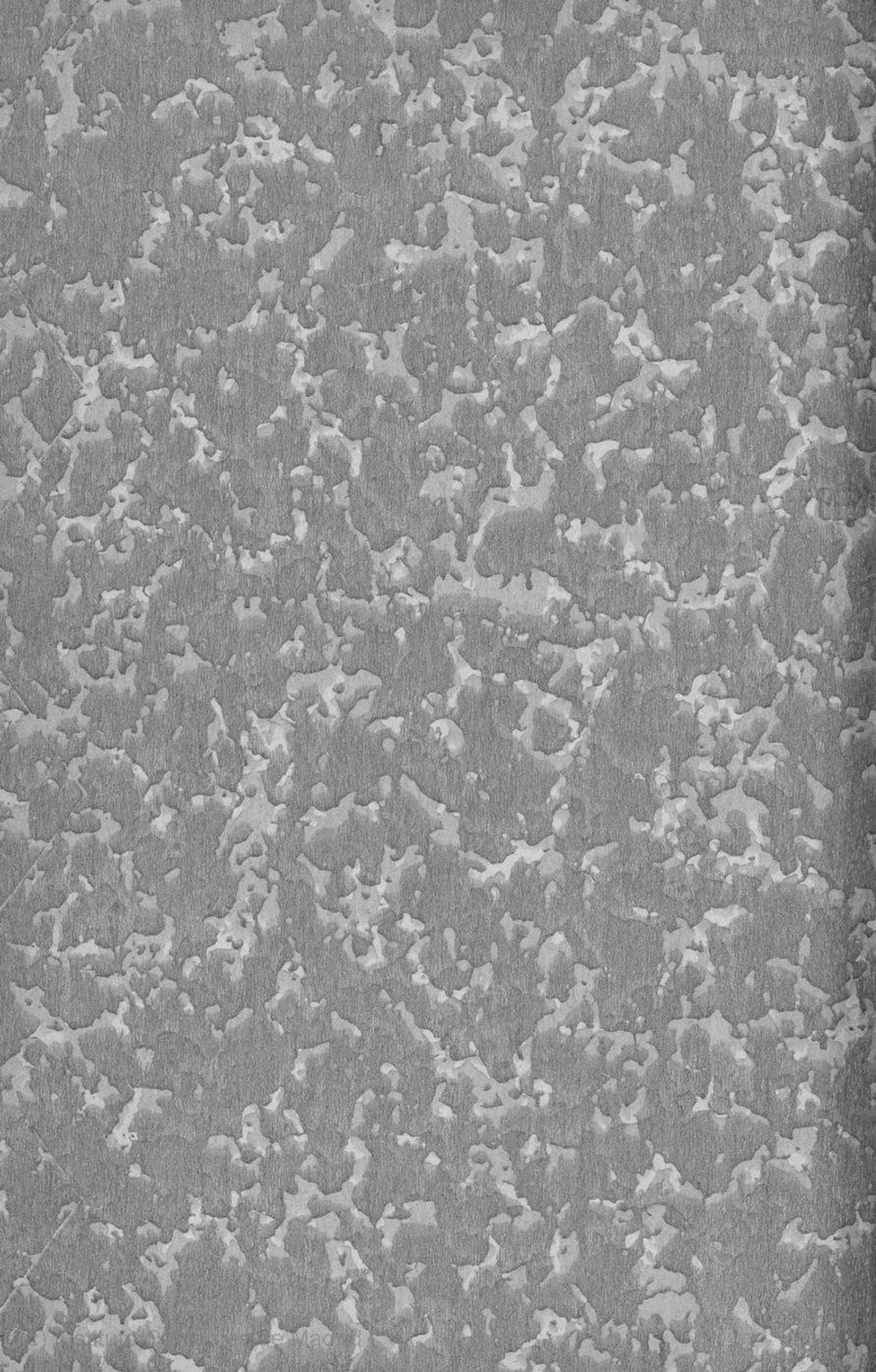
Cerrada en efecto a piedra y lodo ésta, primero por los rigurosos lutos de Doña Blanca y Doña Serafina, y después por las contagiosas enfermedades que atacaran a los hijos de la de los Cameros, habíale sido imposible a Anselmo introducirse en la fortaleza del Ebro, resultando asimismo fallidos cuantos esfuerzos intentara para entablar relaciones con alguna persona del servicio de Sus

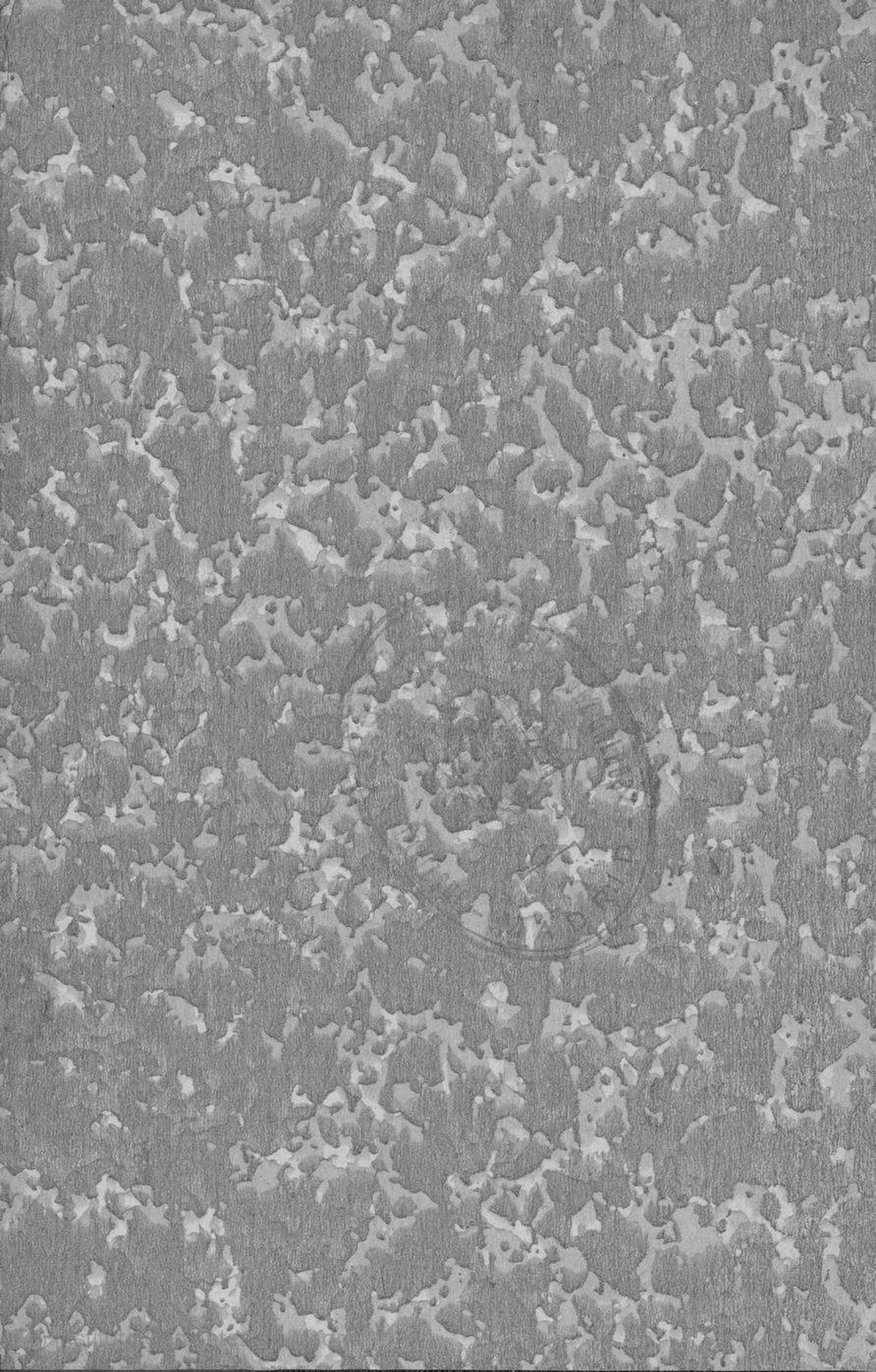
Excelencias, por ser rara la que salía de la posesión y hacerlo siempre a caballo o en coche los más significados de entre ellos.

El propio Abate Don Artal de Luna, que ardía en deseos de comadrear con Doña Serafina y saber por su boca todo lo referente a la instancia de nulidad de matrimonio con el Conde de Ecija, así como adivinar el curso de sus sentimientos por Don Fadrique de Córdoba, no había logrado mejor suerte hasta entonces, maravillándose cada día más de que el Duque, a quien divertían en extremo los cuentos, no le hubiera mandado llamar para enterarse de lo que se murmuraba por Zaragoza.

El azar, sin embargo, que parecía empeñado en seguir aquel año con mayor fantasía que nunca todos los sucesos del orbe, vino a deparar al impaciente buscón la oportunidad deseada, complaciendo los deseos de Casilda cuando menos los imaginaba Casilda, y en circunstancias que no hubiera podido prever su ingenio, a pesar de toda la imaginación y los recursos que le caracterizaban.









DANVILA

LAS MUJERES
FRATRICIDAS
DE ESPAÑA

EL CONGRESO
DE UTRECHT
I